
puzle de
sangre
Mario Martínez
José Payá

Todo puede suceder cuando nieva en Alicante, cuando nadie es quien dice ser y cuando dos asesinos, con sus víctimas a cuestas, tienen que unir sus fuerzas para escapar de la policía. A medio camino entre la novela negra y la farsa, Puzle de sangre es una narración descacharrante donde desfilan un asesino profesional que (casi) nunca falla, un escritor fracasado condenado a muerte, un robagallinas chapucero que (casi) nunca acierta, una exótica cubana hambrienta de dinero, dos hermanos estrafalarios y caraduras, una esposa falsamente desconsolada, unos policías locales muy avispados, un pringadillo del tres al cuarto, unos maletines repletos de billetes, un puñado de gitanos con muy mala baba y, en fin, un montón de personajes que cruzarán sus caminos, sus deseos y sus miedos durante un fin de semana gélido y sangriento. Tampoco faltan la crítica social y política, claro; ni las fiestas de Moros y Cristianos, por supuesto. Todo ello narrado con un ritmo vertiginoso que te dejará sin aliento y que te obligará a la inanición y el desvelo hasta que no alcances la última página. Una historia violenta y esperpéntica que no te dejará indiferente.



Mario Martínez
Gomis & José
Payá Beltrán

Puzle de sangre

ePub r1.0
NoTanMalo 22.12.16

Título original: *Puzle de sangre*
Mario Martínez Gomis & José Payá Beltrán, 2012

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2



A Mari Cruz y Ana

Sábado, 1 de febrero

1

Estaba terminando de lavarme cuando sonó el timbre; así que, puesto a descender a los infiernos guiado por Virgilio, acudí a abrir la puerta con la toalla entre las manos. Había estado lloviendo todo el santo día, y continuaba. A través del cristal esmerilado podía ver la silueta del individuo, bajo un paraguas. Juzgué que, siendo un poco más alto que yo, no alcanzaría el metro ochenta. Tampoco era tan joven —rondaría los cuarenta—, pero cuando uno, como el menda, está cerca de los sesenta, cualquiera nos parece un chaval. Al abrir la puerta y sonreír advertí la cara de sorpresa: yo hubiera actuado igual si un desconocido, con el torso cubierto solo por una camiseta interior de tirantes y con las manos envueltas en una toalla verde, me recibiera en una casa solitaria en medio de un paraje invernal semidesértico. Lo vi dudar y me anticipé.

—Hola. Alfonso Abellán —me presenté, con un par de cojones, y le tendí mi mano.

El tipo seguía en el umbral, con el paraguas abierto. Me hice a un lado y con un gesto lo invité a entrar. Me estrechó la mano mientras el paraguas goteaba sobre el suelo de gres.

—¿Qué tal? Yo soy Jaime Barceló —se presentó—. En un primer momento no lo había reconocido.

—Nunca nos habíamos visto antes —le dije, marcándome un farol.

—A veces veo su foto en el periódico.

Recordé *aquella* fotografía.

—Entonces era más joven… y distinto. Los archivos fotográficos de los periódicos no se renuevan con la frecuencia que debieran. Ya sabes, la crisis…

Le sugerí que podía cerrar ya el paraguas y dejarlo en un rincón; pero el tipo se aturulló en aquella acción tan simple. ¿Sospechaba

algo?

—Temí llegar tarde —se disculpó.

Yo no tenía muy claro a qué hora se había concertado la cita. Miré el reloj de la pared: las cuatro y media. El frío y el cielo encapotado me habían hecho creer que era más tarde.

Unos minutos después estábamos ya en el salón, sentados ante una mesa repleta de libros y papeles, sin necesidad de encender la luz, porque la claridad que entraba por los amplios ventanales era suficiente. Mientras dejaba que se acomodase, yo había aprovechado para subir al dormitorio y terminar de vestirme con una camisa cualquiera. En el hogar, un fuego nos colmaba de caricias y dotaba a la estancia (salón, comedor y cocina a un tiempo) de una sensación acogedora que invitaba a la conversación.

El fulano me recordó que había entablado amistad conmigo a través del teléfono: ambos colaborábamos como críticos literarios para un conocido periódico de la provincia. No solo los libros, también el cine nos apasionaba. Yo decía a todo que sí, asintiendo lentamente. El tipo me caía simpático: transmitía seguridad y bonhomía. La conversación fluctuaba entre novelas y películas, entre autores y directores, actores y actrices. Me sentía a gusto y supuse que él también. Ambos éramos bastante vehementes y cuando algo nos agradaba o nos disgustaba lo defendíamos o atacábamos alzando la voz. Paulatinamente, casi sin darnos cuenta, la tarde fue venciéndonos y la conversación, muy pronto, fue inclinándose hacia el género policiaco.

—¿Qué me dices de *El enigma de París*? —preguntó Barceló.

Era una novela del argentino Pablo de Santis. Lo cierto era que me había parecido una mierda pinchada en un palo, utilizando mi jerga habitual; pero le dije que la novela era algo estúpida.

—¿No te gustó nada?

—Nada, ni lo más mínimo. ¿A ti sí?

—No me pareció tan mala. Tampoco es una maravilla, pero creo que tiene algunos momentos brillantes.

Yo estaba lanzado; recordaba aquella novela especialmente porque me había sentido estafado cuando la leí. Le dije que me parecía un cúmulo sin sentido de pequeñas anécdotas curiosas que el autor había intentado vertebrar muy débilmente sin conseguirlo.

—Vamos, que De Santis no ha hecho nada por dotar de un poco

de coherencia el engendro —añadí—; porque eso es lo que a mí me parece: un auténtico engendro.

Podía haber repetido lo de la mierda y el palo, opté por un estilo más fino. Advertí que se ponía tenso. Supe que me había excedido con mis adjetivos: no me importaba nada, la verdad. Estaba en mi territorio, podía campar como me diera la gana. A esas alturas de la tarde ya todo me importaba un comino.

Hubo unos segundos de silencio. Recordé que me había comportado como un auténtico maleducado y no le había ofrecido nada de comer ni de beber.

—Perdona, tú —me disculpé—. Soy un pésimo anfitrión. No te he preguntado si te apetece tomar algo. ¿Un café?

—No, gracias. Nunca tomo café.

—Yo tampoco.

El tipo fijó la vista en la cafetera eléctrica que descansaba en el poyo de la cocina, al otro lado de la barra que dividía la estancia. Levantó la ceja izquierda; se lo había visto hacer durante toda la tarde.

—La cafetera no es mía —y no mentí—. A mi mujer le gusta el café. ¿No quieres tomar nada, entonces?

—Me da igual, Alfonso. Bueno, una infusión…, si puede ser.

—Te acompañaré.

Me incorporé de un salto y en pocos pasos estaba ya ante los cajones de la cocina.

—Veamos qué hay por aquí…

Abrí varios armarios hasta que di, ¡bingo!, con unas cajas llenas de sobres.

—¿Qué prefieres? —Comencé a enumerar, conforme los iba colocando sobre la repisa de la cocina alineados—: manzanilla, poleo, tila, salvia, tomillo…

—Salvia estará bien.

—Dicen que es relajante.

—Entonces la salvia estará bien —zanjó.

Guardé el resto de cajas. Yo también tomaría salvia. Me costó un poco de tiempo dar con un cazo donde calentar el agua. Lo encontré al fondo de uno de los cajones inferiores.

Barceló se levantó y se acercó a los ventanales. Ambos aguardábamos tranquilamente a que hirviera el agua.

—¿Este jardín es tuyo? —me preguntó.

—Sí, pero ya ves: no tengo tiempo para cuidarlo, viajo mucho —mentí.

No respondió. Era absurdo intentar piropear el jardín: era un basurero, cualquiera podía apreciar que hacía muchos meses, tal vez años, que nadie lo cuidaba. Los yerbajos se habían adueñado de la plaza y solo la sombra de un chopo de tamaño considerable parecía plantarles cara.

Cuando el agua hirvió, preparé las infusiones y volvimos a la mesa.

—Han dado otro Óscar a Daniel Day-Lewis —dijo él.

—Todavía no he visto la película —me disculpé.

—Tampoco yo. —Bebió un sorbo de salvia, no sin antes haber soplado sobre la taza—. Por cierto —añadió—, ¿sabes quién es Daniel Day-Lewis?

—El hijo de un poeta inglés.

—De un poeta irlandés —rectificó mi invitado. ¿A que iba a ser un sabihondo tocapelotas?—; pero que vivió y trabajó en Oxford gran parte de su vida.

Lo cierto es que me importaba una mierda de quién demonios fuera hijo el dichoso Day-Lewis —tampoco él me entusiasmaba mucho—, ni mucho menos si había estudiado en Oxford o en los Salesianos. Por mí, como si era analfabeto y trabajaba de chapero los fines de semana.

—¿Pero sabes quién fue Cecil Day-Lewis?

¡Y dale! ¿Se había echado algo en la salvia sin que yo me diese cuenta? El tipo se estaba poniendo ya un poco pesado y comenzaba a tocarme los cojones.

—Un poeta —dije.

—Y también un autor de novelas policiacas.

Me había sorprendido, la verdad. No me lo esperaba. Después de una sarta de topicazos el tipo se había sacado un as de la manga. ¡Coño! Me había dejado con la boca abierta.

—Nunca oí hablar de él —dije por decir algo y porque era un modo de disimular mi sorpresa.

—Day-Lewis y Nicholas Blake ¡eran la misma persona!

—¡Joder! —Se me escapó, pero no era para menos. Estábamos hablando del creador de Nigel Strangeways, del autor de esa novela

genial que fue (y sigue siendo) *La bestia debe morir*.

Hubo un tiempo muerto en nuestra conversación y mi invitado aprovechó para levantarse del sillón y acercarse al fregadero. No me gustó nada el silencio. Tomó un vaso y lo llenó de agua del grifo, bebió con fruición, apurándolo de un trago largo y sonoro; luego depositó el vaso sobre el mármol y cogió un cuchillo de tamaño considerable que escurría junto al fregadero. Lo hacía todo en cámara lenta, como en la moviola aquella de la tele de hace no sé cuántos siglos. Me cagué vivo.

—Tengo que hacerte una pregunta, Alfonso —dijo y se me acercó lentamente.

Yo observaba el cuchillo que sostenía entre sus dedos. Se sentó de nuevo y depositó el arma sobre la mesa. Esperaba la pregunta y, quizás, algo más; pero Barceló no decía nada. Con un dedo hacía girar el cuchillo lentamente. No me miraba a mí. Observaba algo inexistente más allá de la ventana, en el jardín húmedo y descuidado, tal vez entre las ramas desnudas del viejo chopo.

—Tengo que hacerte una pregunta —repitió.

—¿Y bien?

—¿Tienes una pala a mano?

Confieso que no me sorprendió: una vez metido en faena, y tal y como había discurrido la tarde, ya todo era posible.

—No lo sé, pero creo que no… Yo también he estado buscándola antes de que llegaras tú —añadí.

Sonrió. Y entonces, en el fondo de sus ojos, columbré un brillo que me hizo hablar, un acicate que espoleó mi lengua y me obligó a confesar la verdad. Vi en su mirada una muestra de complicidad.

—Tampoco hay ninguna azada ni nada con lo que poder cavar un hoyo —dije—. He buscado por toda la casa y nada. ¿No ves cómo está el jardín? Hecho un asco, hace años que nadie lo cuida.

—Igual que Comala, ¿verdad? —dijo mi visitante, sin dejar de dar vueltas al cuchillo. El jodido me estaba examinando de literatura.

—¿Comala? ¿Te refieres al pueblo de *Pedro Páramo*?

—Sí. Si no eres un buen crítico, al menos estás bien informado. Comala: el lugar de los muertos, donde la vida se eterniza con todos nuestros pecados y las almas salen de la tierra para cogernos por los pies y hundirnos en el fango de la historia.

¡Coño con el melón! Me había salido metafísico, el tío. El tono de la perorata no me tranquilizó lo más mínimo.

—No es mala esa lectura. Pero si dejases de mover el cuchillo de los cojones, a lo mejor te tranquilizabas y pensabas en algo más romántico y decadente. ¿Qué te parece *El jardín de los Finzi Contini*?

Barceló hizo un gesto de contrariedad. Le había pillado con mi talante más académico. Me miró con un deje de ironía, el muy cabrón, y dejó de mover el cuchillo. Puso sus ojos ante los míos y esbozó una sonrisa fría: el mismo tipo de sonrisa congelada que había visto muchas veces durante los últimos años. Le sostuve la mirada y aproveché el momento de confianza para ponerme en pie y colocar mi mano sobre su hombro.

—Por favor —le dije—, ¿te importaría venir conmigo?

Hizo ademán de afianzar el arma, pero lo detuve.

—Mira, macho, es mejor que dejes eso. No te hará falta.

Obedeció sin rechistar. Salimos del salón cruzando la cocina y, a través del corto pasillo, llegamos al pie de la escalera.

—Está arriba —dije.

El tipo no contestó. Tampoco yo había esperado que lo hiciese: me seguía como un cordero, o como el turista que se deja conducir por el guía en una visita a un museo. Todo resultaba de lo más normal dentro de aquel lío de cojones, de aquella escena de Ionesco.

Subimos la escalera y, en el primer rellano, doblamos a la derecha y nos internamos en otro pasillo. Me detuve ante la segunda puerta a mi izquierda. Sentía detrás de mí su presencia y aquello, lejos de amedrentarme, me producía una especial seguridad, como si estuviera ahora más arropado que al comienzo de la tarde cuando llegué a la casa. Entonces ya llovía.

Abrí la puerta. No fue necesario encender la lámpara porque las cortinas estaban descorridas y la última luz de la tarde todavía se filtraba por las ventanas, a pesar de los goterones y de las manchas de sangre que ensuciaban los cristales. Aquello era un auténtico pifostio, como la enfermería de la trena después de una reyerta.

—Te presento a Alfonso Abellán —dije. Y señalé el cadáver que yacía sobre la cama deshecha, boca abajo, vestido con una camisa que antes había sido beis y en la que ahora destacaban unas manchas rojas.

El tipo se limitó a sonreír. Asintió lentamente, como si fuera precisamente una cosa así lo que iba a encontrarse. Durante unos segundos los dos permanecimos en silencio.

—Jaime Barceló está en el maletero de su coche —dijo él.

—Vaya…

La lluvia no cesaba y la noche iba ganando la partida. Cada vez teníamos menos tiempo.

—¿Y no hay ninguna pala?

—No.

Hubo una pausa.

—Pues estamos jodidos.

Viernes, 31 de enero

2

No me resultó difícil dar con él: estaba acodado en la barra del *pub* Ardenti, en un rincón, ante un vaso medio lleno de vodka con tónica donde bailaban una fina rodaja de limón y un par de cubitos casi derretidos. Pasaban ya de las once de la noche y estaba bastante borracho. Poco a poco fui acercándome. Tenía los ojos irritados y los labios caídos, la barba de varios días y la pesadez de párpados propia de los ebrios. Reposaba en un taburete y apoyaba los dos brazos sobre la barra. Junto a su vaso descansaba un plato de panchitos a medio comer.

Soy un gran admirador de Chandler, aunque en ocasiones no logro comprender totalmente sus tramas. Me atrapa, en cambio, el ritmo lento y cadencioso de su prosa, las largas oraciones impropias de los anglosajones (¿será la traducción?) que se deslizan por las páginas de sus novelas como una serpiente, llenando todos los espacios, cubriendo cada grieta del papel, ocupándolo todo como un líquido vertido en un terreno seco y resquebrajado. Me hubiera gustado comenzar este relato imitando *El largo adiós*:

> *La primera vez que le eché la vista encima, en el interior del pub Ardenti, en la calle Castaños de Alicante, Jaime Barceló estaba borracho.*

Pero hubiera falseado la realidad: no era la primera vez que lo veía (llevaba más de dos semanas siguiéndolo), y tampoco la primera vez que lo veía borracho.

Había recibido la llamada una tarde lluviosa, sobre el puente Eiffel de Gerona, a comienzos de enero.

—¿Luis? ¿Hablo con Luis? —Era una voz femenina y, bajo las palabras, se percibía el nerviosismo.

Desde luego no era mi verdadero nombre; pero a él había

recurrido en múltiples ocasiones.

—¿Con quién hablo? —pregunté. Siempre cabía la posibilidad de que alguien se hubiera equivocado de número; pero algo me decía que no era así.

—¿Es usted Luis? —insistieron desde el otro extremo.

Aparté el móvil de mi oreja y contemplé la pantalla. La llamada provenía de una cabina telefónica. No había ninguna duda: era a mí a quien buscaban.

—Sí, soy Luis. ¿Con quién hablo?

—Necesito… —Dudaba. Escuché un cuchicheo en un segundo plano. La mujer consultaba con otra persona. Creí reconocer una voz más grave. Nunca me dirían sus nombres, al menos por teléfono —. Quiero que mate a mi marido.

Había sido directa. Noté un suspiro de alivio mientras esperaba mi respuesta.

—¿Cómo ha conseguido este número?

De nuevo los cuchicheos, las consultas. Oía la otra voz, pero no alcanzaba a entender lo que decía.

—¿Es necesario responder? —preguntó.

—No, señora, es simple curiosidad. Comprenderá que a este número no suele llamar mucha gente preguntando por Luis.

Silencio.

—Me lo dio un amigo.

—¿Qué amigo?

—Un amigo que lo consiguió a través de otro amigo.

—Entiendo.

No iba a insistir. ¿Para qué? Ella tenía mi número de teléfono y me había llamado. Ahora solo podíamos continuar con la transacción comercial. Di la tarifa de rigor.

—Conforme —respondió. Con ponerle un poco de imaginación alcanzaba a contemplar a su acompañante asentir con fuerza y convicción.

Luego les informé de las instrucciones para el pago por mi trabajo. La voz, al otro extremo, se había calmado. Hablábamos de negocios; los sentimientos eran ya secundarios. Le dije que trabajaba solo y sin prisa. Ella aceptó. Le expliqué que debía entregarme una serie de datos sobre la víctima. Me hizo saber que el trabajo se llevaría a cabo en Alicante. Le di un apartado de

correos de Madrid donde tenía que remitir el *dossier* y un adelanto por las molestias: un tercio del importe final.

Unos días después recogí el sobre. Jaime Barceló era un pobre infeliz que, al parecer, no tenía ganas de divorciarse. Su mujer había conocido a otro, tal vez igual de infeliz, pero más novedoso. El tipo tenía cuarenta y cinco años y trabajaba como profesor de Literatura en un instituto de un pueblo de la montaña alicantina. Llevaba una vida de lo más monótona y rutinaria: trabajo y familia. No tenían hijos; tanto mejor. No es que no hubiera aceptado el trabajo, pero seguro que al apretar el gatillo me hubiera dolido por los pobres chiquillos. Mejor así.

El *dossier* —un par de folios escritos a ordenador que contenían los horarios y algunos datos de escaso interés— vino acompañado por una fotografía de la víctima. No me gusta llamarlos *objetivos*, es demasiado impersonal. La foto había sido tomada durante alguna celebración porque, al fondo, se apreciaba la silueta de otras personas e incluso, colgando del techo, algunos globos de colores. La esposa me refería las salidas y entradas del marido. No iba a matarlo en su pueblo. Convulsionaría demasiado a la gente. Seré un asesino, pero tengo mis sentimientos y entiendo que no hay razón para molestar más de lo necesario a nadie. Además, yo no tenía ni pajolera idea de dónde estaba Biar. De todos aquellos datos (fecha de nacimiento, horarios de trabajo, amistades, etc.) solo uno servía para mis propósitos: todos los viernes, después de las clases, el tipo conducía hasta Alicante y pasaba la tarde allí. A la vuelta, ya de noche, sería sencillo deshacerme de él y simular un accidente.

El primer viernes después de recibir la información lo seguí desde la puerta del instituto de Biar. Conducía un Renault Laguna blanco. Paró en un restaurante junto a una gasolinera, a la sombra del Maigmó, y comió. Como el local estaba lleno, conseguí sentarme a una distancia prudencial y ocultarme.

En Alicante aparcó el coche en el *parking* subterráneo de Alfonso el Sabio, y yo también. No fue difícil seguirlo en su paseo por la ciudad. Primero se dio una vuelta por El Corte Inglés, donde se paseó por la sección de libros y películas. Hojeó algunos —sobre todo en las mesas de novedades—, luego recorrió los pasillos donde se exponían los DVD. No compró nada, no habló con nadie, no preguntó nada.

Ya en la calle, cruzó la acera y se metió en un bar. Pidió un vodka con tónica que se bebió con considerable ligereza. Eran solo las cinco y media, y estaba a punto de anochecer.

La siguiente parada fue en Fnac. Otro vistazo a los libros y a las películas. Compró dos películas cuyos títulos no alcancé a distinguir. Fuera, frente al edificio de la Diputación, se tomó otro vodka con tónica en un pequeño bar. Eran casi las siete de la tarde.

Su rastro me llevó con paso firme, a pesar de las dos bebidas, hasta la librería 80 Mundos. Nuestro hombre era un cliente habitual, porque fue recibido con un estrechamiento de manos por un sujeto que salió desde detrás del mostrador. Tras los saludos, Barceló comenzó a recorrer los anaqueles y las diversas mesas colmadas de volúmenes. Entré y lo imité. Tardó casi media hora en decidirse a comprar. Durante ese tiempo preguntó y consultó con el dependiente que lo había saludado (quizás fuera el dueño). Al final se quedó dos libros de la editorial El Acantilado —uno de Zweig, cuyo título no alcancé a ver, y *El mandarín* de Queirós—: tenía buen gusto, aunque algo ecléctico, porque añadió al lote una novela policiaca de Fred Vargas en edición de bolsillo. A mí no me dio tiempo a comprar nada, y lo lamenté.

Estaban a punto de dar las ocho cuando salió de la librería (y yo tras él) con su compra. Parecía contento, porque silbaba una melodía que intentaba parecerse al *Moon River* de *Desayuno con diamantes*. La reconocí, a pesar de lo mal que sonaba, porque tengo buen oído: no es jactancia. Descendimos hacia la plaza de los Luceros y, cuando la sobrepasamos, continuamos hacia Doctor Gadea. Se detuvo ante la puerta de una pizzería, consultó el reloj y entró. Yo me apoyé en una palmera y contemplé cómo se sentaba en una mesa donde ya había otros dos individuos. Hice tiempo fumándome un cigarrillo. Barceló había depositado la bolsa de los libros encima de la mesa y los mostraba. Los otros los tomaban, los hojeaban. Los tres hablaban gesticulando exageradamente. Me decidí a entrar.

Se estaba caliente allí. Pedí una mesa junto a la de mi futura víctima y el camarero me preguntó si iba ya a cenar. Observé que el tipo y sus amigos consultaban la carta. Yo también iba a cenar, claro. No me alargaré más en la descripción de lo que sucedió aquella tarde y el resto de la noche. Los retazos de la conversación

que escuché fueron suficientes para construir la «historia de los viernes». Barceló era un escritor frustrado, como sus dos acompañantes. Cada viernes se citaban para cenar y hablar de libros leídos y de libros que, quizás, nunca llegarían a escribir y, sobre todo, nunca conseguirían publicar. Daba un poco de pena escuchar sus comentarios lapidarios sobre obras grandiosas de la literatura, sus críticas a los autores que ya estaban en la cumbre, sus quejas y lamentos ante las editoriales que preferían memeces del calibre de *El código Da Vinci* antes que la buena literatura (la que ellos aseguraban escribir). Yo imaginaba a su abnegada esposa abriéndose de piernas bajo (o sobre) el amante mientras el cretino de su marido se lamentaba de los editores sin escrúpulos. No me negarán que aquello no resultaba patético. Desde el primer momento me uní anímicamente a su causa: yo no escribo (Dios me libre de ello, como de la policía), pero tampoco mi trabajo es reconocido; de hecho, su principal característica reside en el anonimato. Podía comprender la frustración de aquellos hombres.

Tras la cena se desplazaron a la calle Castaños, al *pub* Ardenti, donde los tres cofrades siguieron lamentándose, criticando, alabando y consolándose recíprocamente mientras trasegaban más de dos copas. La conversación se animaba porque, al parecer, Jaime Barceló colaboraba eventualmente con alguna reseña literaria en el diario de la provincia. Ante el periódico *Información*, los tres debatían sobre la conveniencia o no de los comentarios vertidos. Alrededor de la medianoche, se quedaba solo. Sus dos amigos abandonaban el *pub* sujetándose el uno al otro. Entonces, el profesor y frustrado escritor dejaba la mesa y se acodaba en la barra para tomarse un par de vodkas más.

La primera noche podía haberlo matado ya, cuando se dirigía tambaleándose hacia el *parking* mientras buscaba las llaves del coche, o en el momento en que, ya sentado y con el motor en marcha, bajaba las ventanillas y resoplaba. No me gusta precipitarme y, además, el tipo había comenzado a caerme bien. Pero, si no lo mataba yo, lo más seguro es que algún viernes por la noche se rompiese la cabeza contra algún árbol o se despeñase a la altura del Maigmó. Por eso debía hacer mi trabajo cuanto antes, no fuera que el alcohol y la carretera me impidiesen ganar un poco de pasta.

Una semana después comenzó este relato que habíamos dejado en la barra del *pub* Ardenti, mientras yo intentaba acercarme lo más posible a Barceló y él comía lentamente panchitos salados y bebía breves tragos de vodka con tónica.

—Hola. —No hay mejor presentación.

Me miró pero no respondió al saludo. Quizás no me había visto: sus ojos debían de estar cubiertos por un velo etílico.

—¿Qué tal?

Ahora sí pareció despertar y mirarme. Me había sentado y estaba acodado en la barra.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Si había querido ser agrio y arisco, no lo había logrado. Las palabras surgieron de una boca pastosa y el tono, lejos de atemorizar, movía a la risa. Todo el mundo sabe que a los borrachos nunca hay que tomarlos en serio.

—Me suena tu cara, creo que te he visto antes —le tuteaba porque tenía solo unos pocos años más que yo. Mis afirmaciones eran ciertas; pero él no sabía dónde había visto su rostro con anterioridad—. ¿No escribes en el periódico? Creo haber visto tu cara en el diario, ¿puede ser? —mentí.

No hay mejor sistema para congraciarte con un fracasado que hinchar su autoestima, darle unto a su vanidad. No erré el tiro.

—Escribo, sí —dijo sonriendo ya—. Pero mi foto no aparece en el periódico.

—Pues no sé, a mí me suena de algo tu cara. —Hice una pausa —. ¿Te importa si te acompaño? —No le di ocasión a negarse—. ¿Escribes?

Llamé al camarero y pedí una cerveza. Él apuró su vaso de un trago largo y pidió otro de lo mismo. Estaba tan borracho que a esas alturas ya le daría lo mismo. Me tendió la mano y dijo llamarse Jaime Barceló; mentí y me presenté como Luis. Entablamos conversación sobre libros y escritores. En unos minutos ya parecíamos amigos de toda la vida: ¡hay que ver lo que une la cultura! Mientras hablábamos tomé otra cerveza; y él, otro vodka. Las palabras surgían cada vez más lentas y trabadas. En ocasiones yo asentía, pero no sabía muy bien qué me había dicho. Tuvimos varios encontronazos porque yo debía negar y, en cambio, afirmaba (no había escuchado lo que él había preguntado), y viceversa; entre

cofrades, las riñas son breves y terminan ahogadas en alcohol. Como regla general, procuro no simpatizar con los encargos de mis clientes: es mejor no arriesgarse a tener remordimientos. Sin embargo, Barceló me parecía un tipo tan insignificante, tan desvalido, tan patético, que no entendía muy bien por qué su esposa (y el amante de esta) habían decidido darle boleto. No me pagan para buscar explicaciones, sino para apretar el gatillo y solventar supuestos problemas. Eran casi las dos de la madrugada, y se lo hice saber.

—Tendré que irme a casa —dijo, o creo que entendí.

—Mañana es sábado, no hay que madrugar. —Cuanto más desiertas estuvieran las calles, mejor haría mi cometido.

—Tengo una cita.

—¿Una cita? —Salpimenté la cuestión con una entonación pícara, pero el pobre cretino ni siquiera la captó.

—Con Alfonso Abellán.

Incluso a través de su borrachera debió de advertir mi cara de sorpresa.

—¿No sabes quién es?

—Ni idea.

—¡Coño! ¿Un tío al que le gusta leer y no conoce a Alfonso Abellán?

Me encogí de hombros.

—Es crítico en el *Información*. —Llamó al camarero—. Oye, ¿tienes por ahí el periódico de ayer?

—Busca en ese montón. —Y se alejó para atender a otros clientes.

El tipo se puso a buscar entre los ejemplares que se amontonaban en un extremo de la barra. Seguía hablando:

—El tío con la pajarita, ¿no te suena? Es cojonudo, escribe de la hostia.

Al fin encontró el diario que buscaba (creo) y comenzó a pasar las hojas hasta que se detuvo en un suplemento cultural, en las páginas centrales. Me señaló una foto junto a un nombre y un artículo escrito a una columna. Había poca luz en el bar, pero alcancé a distinguir a un señor entrado en años, sonriente y medio estrangulado por una pajarita.

—Mañana he quedado con él —me dijo—, no lo he visto en mi

vida, salvo en las fotos de sus artículos; pero llevamos hablando por teléfono más de cinco años, cada mes.

—Curioso. —No había una palabra más a propósito.

—Mañana por la tarde, después de comer, hemos quedado en Pinoso, nos veremos en su casa.

—¿Dónde?

—En un pueblo de aquí… Pinoso. Vive allí, en el campo.

Cerró el periódico y apuró el vaso. Me dijo que ya era hora de irse. Terminé mi cerveza y salimos juntos. Hacía frío y la llovizna era persistente y molesta. Caminamos —es un decir: él iba tambaleándose, mimbreándose como un junco— hacia el *parking*. Estaba tan borracho que no extrañó mi presencia ni la casualidad de tener el coche en el mismo aparcamiento. Tuve que sujetarlo un par de veces para que no se cayera como una marioneta a la que se le ha roto algún hilo.

Ya en el *parking*, ante la máquina que cobraba los *tickets*, tuve que ayudarle a introducir el importe por la ranura. Seguía hablando de libros y autores; yo le respondía con monosílabos y lo alentaba a continuar. Podía notar el peso de la pistola en el bolsillo interior de mi chaqueta. Lo seguiría con el coche y a la salida de Alicante lo obligaría a detenerse: bastaría con un tiro en la frente, lo volvería a cargar en el vehículo y lo estrellaría contra algún árbol, o lo dejaría caer por un terraplén, asegurándome de que el coche se quemase.

Pero muy pronto comprendí que Barceló no podría salir por su propio pie de Alicante en aquel estado; quizás no pudiese abandonar ni el *parking*. Estaba ya metiéndome en mi coche, había dejado la chaqueta en el asiento de atrás, y observaba cómo mi objetivo no atinaba a abrir su vehículo.

—Tendré que llevarte hasta tu casa —dije.

—Puedo conducir —afirmó.

—No, no puedes. Estás muy borracho.

—No vivo en Alicante.

—No importa.

Me dio las llaves y ocupó el asiento del acompañante.

Ya lo he dicho antes: el tipo me caía bien. Por supuesto, resultaba patético: con su más que incipiente calvicie, sus ojos hinchados e irritados y soltando una sarta de tópicos sobre la literatura y sus creadores. No era degustador de poesía, por suerte,

porque, de serlo, lo hubiera liquidado en ese momento.

—Coetzee… Ese sí es grande, el hijo de puta —dijo.

—¿Te gusta?

—Es cojonudo. ¿Tú has leído *Desgracia*?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada…, ni fu ni fa. —No tenía necesidad de mentir. A pesar de la oscuridad que reinaba en el interior del coche, pude sentir su mirada de indignidad. Podía mirarme como le viniese en gana: dentro de unos minutos estaría muerto—. Lo que no consigo todavía explicarme es cómo pudieron darle el Nobel a un tipo que solo llevaba escritas diez novelas. Cosa de política, seguro.

—Porque son rematadamente buenas, ¡joder!

Imaginé que la proliferación de palabras malsonantes se debía al alcohol. A mí, la verdad, Coetzee nunca me había parecido nada del otro mundo. Claro que yo no era más que un asesino y no entendía de literatura; solo era un tipo que compraba y leía novelas según el tiempo de que disponía en cada desplazamiento. Tren Valencia-Madrid: algo ligero como *Seda* de Baricco o *La leyenda del Santo Bebedor* de Roth, por ejemplo. Vuelo Madrid-Londres: *El capitán y el enemigo* de Greene. Vuelo París-Chicago, con escala en Washington: *Bartleby y compañía* de Vila-Matas y menos de un centenar de páginas de *El incidente del perro a medianoche*, que no terminé porque me pareció una gilipollez como la copa de un pino y que dejé en el asiento del avión. De esta guisa elegía mis lecturas: tampoco hacía daño a nadie.

—Coetzee es un genio, te lo digo yo —continuaba exaltado, emocionado.

—¿Por qué? —Antes de matarlo tenía la oportunidad de que un crítico literario (aunque mediocre) me explicara los logros de Coetzee, que yo no advertía por ninguna parte: oportunidades así no se presentan siempre.

—Las historias que cuenta y cómo las cuenta… —Hizo una pausa. No sé por qué, pero supe que no encontraría palabras para explicar la supuesta genialidad del sudafricano. Siempre sucede así: algo nos entusiasma sin razón aparente; no hay datos objetivos para nuestras preferencias. En mi caso, por ejemplo, no sabría explicar muy bien la razón por la que siempre he preferido el tiro en la

frente al disparo en la nuca; simplemente optamos por algo, y ya está.

Durante unos segundos reinó el silencio. Salíamos ya de San Vicente, pasaban pocos minutos de las tres de la madrugada. Cuando definitivamente perdiésemos de vista las luces de la ciudad, lo mataría.

—¿Has leído *Desgracia*? —continuó.

—Sí. —Ya me lo había preguntado y yo ya le había respondido. Es lo que suele pasar con los borrachos: al final resultan pesados.

—Pues esa es la gran novela del siglo XXI. Te lo digo yo.

«… Que estuve en Mallorca», pensé rememorando una antigua canción. En fin, hay que joderse, lo que hay que oír: si *Desgracia* es la gran novela de este siglo, ¡vaya mierda de literatura nos espera! Ojalá mi acompañante se equivocara.

—¿Te gustó el *El último encuentro* de Sándor Márai? —pregunté.

Iniciábamos las primeras cuestas del Maigmó. Estábamos solos en la carretera. Barceló no había respondido a mi pregunta: tenía los ojos medio cerrados y su cuerpo se inclinaba peligrosamente hacia delante. Se había dormido. Era el momento. Levanté el pie del acelerador y el coche sufrió una breve sacudida al aminorar la velocidad.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás frenando?

No estaba dormido.

—Creí que te habías dormido.

—No, solo pensaba. —Hizo una pausa. Opté por volver a acelerar y el coche, con un mínimo brinco, recuperó la velocidad—. ¿Y a ti? ¿Te gusta Márai?

—No lo sé. Solo he leído *El último encuentro*.

—¿Y qué te pareció?

—He sido yo quien te lo ha preguntado —dije.

¡Y entonces me di cuenta de que no tenía la pistola! La había dejado en la chaqueta, y esta dormía en el coche, en el aparcamiento de Alfonso el Sabio. Tendría que improvisar: no sería la primera vez. Era absurdo regresar a Alicante; Barceló, que ya no estaba tan borracho, sospecharía. Esto es lo que suele pasar cuando me pongo a hablar con alguien: pierdo el rumbo. Claro que un individuo como yo, que no tiene vida social ninguna, ha de aprovechar todas las oportunidades. Decidí detener el coche en la

cuneta, en un camino rural.

—¿Por qué paramos?

—Estoy cansado —dije—. No me has dicho si te gusta o no te gusta *El último encuentro*.

Detuve el coche y apagué las luces. Mi acompañante no se alteró ni lo más mínimo: nunca pensé que una excusa tan absurda fuera tan efectiva; también él estaría muy cansado.

—No me gusta —dijo al fin—, ¿y a ti?

—Tampoco. Me parece que el argumento es muy pobre para alargarlo doscientas páginas.

—¡Eres el primer tío que me dice que no le gusta esa novela! Creí que era un bicho raro. A mí también me parecen unas alforjas demasiado cargadas para un viaje tan corto. Chesterton hubiera escrito un relato cojonudo con menos…

—De hecho ya escribió más de uno.

Calló. A pesar de la oscuridad, noté que cerraba los ojos. Se estaba durmiendo. Era el momento de hacerlo salir del coche con una excusa absurda y romperle la cabeza con una piedra. Seguía lloviendo. No caía con fuerza, pero era como un murmullo húmedo que terminaba mojándolo todo, *calabobos* lo llamábamos en mi tierra. Lo cierto es que tampoco a mí me apetecía salir del coche, que todavía estaba calentito. ¿Y qué hacer luego con el cadáver? ¿Y con el vehículo? Sobre todo si uno está sin chaqueta y a setecientos metros sobre el nivel del mar, en pleno invierno y bajo la lluvia.

Sábado, 1 de febrero

3

Seguía lloviendo cuando abrí los ojos. Eran casi las diez. También me había dormido. La cabeza de Barceló reposaba contra el cristal. Hacía frío. Salí a echar una meada a pesar de la lluvia. Cuando regresé —aliviado, pero mojado—, mi compañero ya estaba despierto.

—Me dormí —dijo, como si yo no me hubiera dado cuenta.

—Y yo también.

Abandonó el vehículo. De espaldas, orinando, lo tenía a mi merced; pero ya estaba clareando y, de cuando en cuando, un coche pasaba silbando por la carretera. Era demasiado arriesgado. En menos de media hora el tráfico sería más intenso.

Abrió la puerta del lado del conductor, donde yo estaba.

—Creo que ya me toca conducir a mí —dijo.

Asentí y le cedí el sitio. Me dio las gracias, dijo que le había salvado la vida —¡el muy cretino!—, que se hubiera roto la crisma si hubiera intentado conducir bajo los efectos del alcohol (un eufemismo para decir que tenía una trompa de órdago). Se ofreció a devolverme a Alicante, es lo menos que podía hacer. Así que iniciamos la marcha de regreso: los dos vivitos y coleando. Hay días en que las cosas vienen de una manera un tanto especial: aquel había sido uno de ellos. Me dejaría en el *parking*, y yo no podría hacer nada hasta la próxima semana, siempre contando con que bajase, claro, porque estábamos en pleno invierno y a lo mejor el tipo prefería quedarse en su pueblo, calentito junto a la chimenea encendida y a su infiel mujer. Tenía que arriesgarme; no perdía nada.

—¿Puedo ir contigo a ver a ese crítico?

Me miró de reojo (la vista fija en el tráfico que había comenzado a ser más denso al llegar a San Vicente), pero con asombro.

—¿Le importará si te acompaño? Comemos en Alicante y luego vamos a Pinoso.

Seguía en silencio. Sopesaba mi propuesta: al fin y al cabo yo era un tipo al que acababa de conocer. Sí, le había salvado la vida aquella noche (¡había que ser gilipollas!), pero no dejaba de ser un desconocido, un desconocido «salvador».

—Sí. Bien, no creo que pase nada —concluyó—. Tan pronto como lleguemos a Alicante llamo a mi mujer y le digo que no voy a comer —dudó—. ¡Y si se enfada, que se joda!

Era un cretino patético, y no digo más.

La comida discurrió entre libros y escritores, como era de esperar. No voy a alargar este relato con la retahíla de obras maestras que me citó y de pestiños indigestos que me hizo jurar que nunca iba a leer. Decidimos que lo más conveniente sería desplazarnos con los dos coches hasta Pinoso, y allí yo dejaría el mío en el pueblo y subiría al suyo. Parecía leer mi pensamiento.

A las dos y poco estábamos ya en Pinoso. Dejé el coche en una calle poco transitada, a las afueras. No creo que nadie me viera subir a su vehículo: la gente estaría comiendo. Esta vez sí había cogido la pistola. Abandonamos el pueblo y cruzamos la carretera que venía de Murcia. Conforme tomábamos los desvíos y los caminos de tierra, Barceló ejercía de cicerone y repetía las instrucciones que había recibido de Alfonso Abellán días atrás, por teléfono. Muy pronto perdimos de vista la silueta monótona y llana del pueblo, y también los chalés que se alzaban a ambos lados al comienzo del camino. Estábamos solos.

—¿Puedes parar un momento, por favor? —le pedí.

—¿Qué ocurre?

—Necesito mear.

—No tenemos que estar muy lejos, ¿puedes aguantar?

—Si pudiera no te lo diría —insistí.

Detuvo el coche en medio del camino. No venía nadie. Bajé y me alivié. Luego abrí la puerta, pero no entré.

—Oye —dije. Tenía que hacerlo bajar—, tienes un golpe detrás. Una de las luces está rota.

Lanzó una maldición mientras abandonaba el coche. Seguía

lloviendo. Cuando advirtió que las luces estaban bien, su rostro dibujó una mueca de asombro y de incomprensión. Disparé a la frente, mirándole a los ojos. La pistola tenía silenciador y el disparo sonó como una ventosidad (perdón). Cayó de espaldas, erguido, y salpicó de barro la puerta trasera izquierda. No me costó ningún esfuerzo cargarlo y meterlo en el maletero: pesaría poco más de setenta kilos y yo pasaba de los noventa. El tío era precavido y guardaba un paraguas allí. Lo cogí; él ya no iba a necesitarlo. ¿Y ahora qué? Imposible estrellar el coche a plena luz del día. Quizás fuera mejor cavar una fosa y deshacerme del cadáver lo antes posible, pero ¿dónde encontraba yo una pala un sábado por la tarde, y lloviendo? El camino era tan estrecho que no podía girar el vehículo sin arriesgarme a encallar en alguno de los bancales que delimitaban la vía. Distinguí entre la lluvia, bajo el paraguas, un grupo de árboles a unos quinientos metros —varios pinos, algún chopo—, y también el tejado rojo y ocre de una casa. Ya que estaba enfangado hasta las rodillas, lo mismo me daba terminar de ensuciarme. Tenía que ser la casa de Alfonso Abellán, seguro que tendría una pala: cavaría dos hoyos en lugar de uno. Además, los críticos literarios, por regla general, siempre me habían tocado las pelotas.

Eran casi las cuatro y media cuando aparqué frente a la casa. Había luz dentro. Guarecido bajo el paraguas pulsé el timbre. Me abrió la puerta un viejo con camisa de tirantes y una toalla verde entre las manos. Había estado lavándose. No se parecía en nada al tipo de la foto, al de la pajarita que aparecía en la página del diario *Información*. Otra cosa no, pero para recordar caras y voces soy el mejor.

—Hola. Alfonso Abellán —me dijo, y me tendió la mano.

¿Qué podía hacer yo? El vejete mentía, pero otra vez me había dejado la pistola en la chaqueta, y la chaqueta en el coche. Se estaba convirtiendo ya en una costumbre asquerosa.

—¿Qué tal? Jaime Barceló —mentí, y le estreché la mano que me ofrecía.

4

—Verás, Susana, ¿cuántos años hace que nos conocemos tú y yo?

Susana Francés no respondió y el cabo Cristóbal Valdés, de la Policía Local de Biar, continuó:

—Lo que quiero decir es que no voy a descubrirte nada nuevo, ¿verdad?

—Estoy muy asustada, Tolín.

La familia (su madre, sus primos, sus hermanas, los pocos tíos que todavía le quedaban) y los amigos de siempre seguían llamándole Tolín, a pesar de tener más de cuarenta años y de pesar diez arrobas.

—Nos conocemos desde que tenemos uso de razón, ¿verdad? —Cristóbal Valdés se removió en su sillón giratorio—. Fuimos juntos a la escuela ya en el parvulario, Susana. Así que hace ya cuarenta tacos que nos conocemos, ¿verdad?

La mujer aguardó en silencio. El cabo Valdés había sido siempre un pesado (¿verdad?), y desde que había conseguido vestirse con el uniforme de policía local todavía lo era más. Tolín el Plasta, recordó Susana que lo llamaban en el colegio. Y no solo por su carácter cansino y su conversación absurda y repetitiva. Era el Plasta porque una vez Vicente, el hijo del pastor, le había vendido una bolsa repleta de cagadas de cabra diciéndole que eran Conguitos a granel. El inocente de Tolín no se enteró de la broma hasta que no le hincó el diente a una de aquellas boñigas.

Al recordar aquello, Susana sonrió. El policía arqueó las cejas con cierto asombro. Nunca entendió muy bien la actitud de aquella mujer, claro que viniendo de una de las familias más ricas de Biar, la chica podía permitirse cualquier excentricidad.

—Mira, Tolín, no sé dónde quieres ir a parar. Será mejor que hables claro de una vez.

Sacó un pañuelo de papel y se limpió la nariz y los ojos.

—Lo que te quiero decir es que… En fin, tú ya sabes… —dudó, carraspeó, miró a través de la ventana hacia la plaza: la fuente, la fachada de la iglesia y la del ayuntamiento, la figura de una anciana con el rostro protegido por una bufanda negra caminando bajo el murmullo de la lluvia. Al fin se decidió—. No es la primera vez que Jaime no duerme en casa, ¿verdad?

—Verdad, pero…

La detuvo con un gesto y continuó:

—Mira, mujer, las melopeas de tu marido son *vox populi*. —Ahora estaba ya lanzado. Se había repantigado en el sillón, con las manos sobre su barriga cervecera, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio cerrados—. A él lo conozco desde hace casi tanto tiempo como a ti, si no más, porque su abuela vivía en la misma calle que yo y de pequeños jugábamos juntos. En fin, Susana. Estimo mucho a tu marido, pero no me negarás que se pasa todos los fines de semana como una cuba, ¿verdad? Juanito, el del bar, tiene reservado para él un rincón en la barra y una botella de vodka. Me dices tú ahora que ayer por la tarde se fue a Alicante, como todos los viernes, y que hoy todavía no ha vuelto, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Mira, Susana, no te enfades, no te lo tomes a mal, porque después de ¿quince años?, ¿más?, viviendo con él tendrías que conocer mejor a tu marido, ¿verdad?

—Él nunca ha pasado la noche fuera de casa —lo dijo de un tirón, temiendo que el Plasta no la dejase hablar.

El policía suspiró y cabeceó con resignación.

Además de ser una de las más ricas de Biar, Susana Francés había sido una de las jóvenes más apetecibles del pueblo. Y ahora, con sus cuarenta años, seguía siendo una mujer de bandera: elegante y altiva, con buena ropa y gusto para el maquillaje, una de esas mujeres que hasta para ir a comprar el pan se ponen tacones y caminan comiéndose el mundo. Por eso nunca llegó a entender cómo había ido a caer en brazos de Barceló. Que sí, que sería muy inteligente, con carrera universitaria y todo; que se creía un gran escritor, aunque nunca había ido más allá de escribir unos artículos ininteligibles en el diario *Información* y algún que otro cuento absurdo en el programa de fiestas. Pero Jaime Barceló siempre fue

un alma de cántaro, y Susana Francés, demasiada hembra para tan poco hombre.

Las mujeres siempre habían sido un misterio para el cabo Valdés —que seguía soltero y viviendo con su madre, una viuda que cada noche le dejaba, sobre la silla del dormitorio, la muda limpia y planchada para el día siguiente—: cuando eran jovencitas se iban siempre con el más tarambana y cabrón de todos; y de mayores elegían al más gilipollas. ¡Un misterio como una catedral!

—Admítelo, mujer. Aunque no quieras reconocerlo, sabes de qué pie cojea tu Jaime, ¿verdad?

Susana agachó la cabeza y se aguantó la risa. Estaba ya harta de las muletillas de Tolín, harta de toda aquella conversación absurda, harta de fingir que estaba preocupada cuando demasiado bien sabía ella que Luis, el tipo con quien habló por teléfono y al que envió el *dossier* (y parte del dinero), había hecho su trabajo. Lo que no podía soportar era la espera, la fingida angustia que tendría que representar a los ojos de todo aquel miserable pueblo lleno de pobretones hasta que encontrasen el cadáver de su marido. No había recibido todavía ninguna noticia. Eso era lo que no podía comprender: si Luis había cumplido su parte del trato (y ella creía que sí), era extraño que no hubiera contactado ya con ella: debería haber exigido su dinero; pero el teléfono permanecía mudo.

—Hoy es sábado y si no aparece, yo… ¿Qué hago ahora, Tolín?

El aludido levantó sus ciento veinte kilos del sillón (que se lo agradeció) y, con paso lento y movimiento de estómago, rodeó el escritorio y se quedó de pie junto a la mujer. Susana se alzó lentamente y se dejó sujetar por los hombros. Sentía los dedos gordos como butifarras del policía temblar ligeramente al sostenerla: el idiota de Tolín siempre la había amado, y todavía se ponía nervioso cuando se le acercaba tanto.

—Lo mejor será esperar. Estará durmiendo la mona en alguna cuneta o en alguna gasolinera.

—¿Tanto tiempo?

—Bueno… —dudó y tragó saliva—. A lo mejor no está solo…

La mujer dio un respingo y con una sacudida de los hombros se apartó del policía. Lo miró con los ojos irritados y la nariz roja, apretando los dientes.

—No me hagas mucho caso, Susana. Lo mejor será que vuelvas a

casa e intentes llamar a todos sus amigos. Yo voy a dar aviso a las comisarías de la zona, y también a la Jefatura de Alicante. Ya te avisaré. Tampoco puede habérselo tragado la tierra, ¿verdad?

5

—¿Has odiado a alguien sin llegar a conocerle? ¿Odiarle hasta el punto de desear verle muerto a tus pies, destripado, con el miedo dibujado en sus ojos, abiertos como platos?

El tipo, asido al volante, se limitó a girar la cabeza unos segundos para observarme. Esbozó una sonrisa que parecía decir «menuda pieza». Ni caso, como si no me hubiera percatado de su actitud elitista y canalla. Me importaba una mierda, la verdad.

—Yo sí, yo he odiado así. Durante quince años estuve deseando acabar con él.

—¿Me enciendes un cigarro? Están ahí, en la guantera —dijo.

—Quince años pensando en el puto individuo. Día y noche. Y en el trullo las noches son muy largas. ¿Y sabes por qué fui a dar con los huesos en la trena? ¿Lo sabes? ¿Lo adivinas?

—Oye —dijo el hombre echando una calada profunda al cigarrillo, expeliendo el humo por la nariz—, no hace falta que me cuentes nada. Yo te llevo hasta Monóvar, te dejo allí y eso es todo. ¿De acuerdo?

—¿No quieres saberlo, eh, listillo?

—No. Y no me llames listillo.

—Está bien —le dije. Punto en boca.

Había anochecido antes de dejar la casa y llovía con fuerza. El continuo oscilar del limpiaparabrisas me estaba mareando y, a pesar de la calefacción, empecé a sentir frío. Debí coger el anorak del difunto o una gorra, o un chubasquero, algo mejor que esta chaqueta cochambrosa. Te encuentras con el fiambre de un tío, te enseñoreas de su casa, la pones patas arriba para simular un robo y, luego, arramblas solo con la pistola y con el jodido móvil del individuo. A eso lo llamo yo hacer el gilipollas, con todas y cada una de las letras: gi-li-po-llas. Pero eso es lo que soy y no hay que

darle más vueltas: un gilipollas. Aquí el menda que conduce, por lo menos, se quedó con ciento cincuenta euros del bolsillo del muerto y cargó con algunos recuerdos: el televisor de plasma, el vídeo, una maleta con muchos DVD. Calderilla de mercadillo o para el ajuar de casa o, quién sabe, quizás un obsequio para la parienta, porque hay que tenerla contenta siempre. Aunque lo dudo. No veo yo a este chalaneando en un rastro. Tiene algo de clase. Pero no es muy listo. Al menos no tanto como se cree. Puestos a citar buenos «polars», ahí tenía al Jim Thompson para marcarse un farde, al Boris Vian escupiendo sobre las tumbas. ¡Menudo escupitajo le solté yo al tal Alfonso Abellán antes de dejarle caer en el agujero!

¿De dónde habrá salido este prenda con su muerto a cuestas?

—Tampoco tiene que parecer esto un velatorio —dijo aplastando la colilla en el cenicero.

—¿Un velatorio? —Me entró la risa. El tipo soltó también una carcajada mientras le miraba con guasa—. ¿Y de dónde coño venimos, eh?

—A partir de ahora de ningún sitio. —Volvió a ponerse serio. Tenía unos cambios de carácter muy bruscos—. Tú y yo no venimos de ninguna parte. De hecho, no nos conocemos. ¿Me has visto alguna vez?

—No.

—Pues eso.

En el fondo tenía razón. «Pues tanto mejor, membrillo —me dije —, tanto mejor».

—Si quieres hablamos del tiempo, como los ingleses. Yo soy Anthony Hopkins, un estirado profesor de Oxford, y tú *sir* Alec Guinnes, un poeta filósofo de Cambridge —me dije para volver a retomar la cháchara intelectual.

Pero el jodido no me respondió y continuó con la mirada fija en el agua que brillaba y corría por el asfalto, reflejándose en las luces de los escasos automóviles que pasaban por la carretera: cuatro gatos cada dos o tres kilómetros. De hecho, dado el escaso tráfico de la tarde, podía fingir que tenía ganas de echar una meada, bajar del coche, quitarle el seguro a la pipa y pegarle un tiro al menda este sin que se enterase ni Dios. Y a otra cosa, mariposa. Al menos habría matado a alguien esta perra tarde y tendría un buen pretexto para comerme el marrón cuando se descubriese el pastel. Pero no.

El Socio me estaba cargando, aunque no lo suficiente; nada comparado con el odio que sentí hacia Alfonso Abellán. Nada igual al odio que me hizo estallar contra Carlos de Arce aquella mañana, hace ya quince años, cuando se me revolvieron las tripas, me puse ciego y le machaqué el cráneo con aquella bola de cristal, recuerdo de París, hasta salpicarme la camisa, la cara, los zapatos. Y los calzoncillos. ¿Cómo mierda fueron a parar a los calzoncillos aquellas salpicaduras de su cerebro sin manchar siquiera los pantalones? Misterios de la vida: están las pirámides de Egipto, las piedras aquellas de no sé qué coño de sitio de Inglaterra y los sesos manchando mis calzoncillos sin ensuciar los pantalones. ¡Hay que joderse! Eso mismo dijo el mamonazo de Carlos cuando le pregunté con qué mimbres había llegado a la dirección del Banco Altamira, siendo un zoquete en el colegio, mientras el menda lerenda, «cuadro de honor», pescuezo preferido de las caricias del padre Ridruejo, se encontraba en el paro, con la madre enferma, suplicándole un puesto de conserje en su digno establecimiento, un mísero empleo de encargado para sacar los perros y los gatos a mear. «Misterios de la vida», me soltó el tío. Y encima se rio y puso esa cara de capullo que ponía ya en el colegio —no la había cambiado. Total, ¿para qué?—. Y me puso los mil duros encima de la mesa, a cámara lenta, sin dejar de sonreír como un cardenal, al lado justo de aquella horterada de bola de cristal. No me explico cómo no se rajó. Debió llenarse de nieve. La bola, digo. Por fuera, de sangre, al igual que la mesa y la foto de su señora, las paredes, la moqueta, la mañana pintada en la cristalera de su ventana y el rostro de la tía aquella, la secretaria, que irrumpió como si fuera una fan histérica de Julio Iglesias. Y tres o cuatro chupatintas. Hasta el segurata…, otro cantamañanas que cobró su parte. Tenía un ojo a la funerala y le habían pespuntado el labio por cuatro sitios cuando entró a declarar, por morse, a la comisaría. Me endosaron treinta años de chirona que se quedaron en quince.

¡Madre de Dios, cómo odiaba a Carlitos! Pero no fue un odio súbito, irracional, un pronto. Qué va, todo lo contrario: se había ido cociendo a lo largo de la vida en el puchero de mi sesera y lo mismo le hubiese matado de darme ese empleo de conserje. Venía de lejos. De la clara conciencia que siempre tuve acerca de su estupidez, de que era un mierda y un baboso, un energúmeno que no tenía

derecho a la vida. Unos odian a los animales; otros, a su suegra, a las películas de Woody Allen, a su mujer, a los ciclistas que se pasan (casi todos) por el forro de los huevos las señales de tráfico, a un vecino que no saluda en el ascensor, al tipo del tiempo de la tele que anuncia un pedrisco con la sonrisa en la boca. Yo siempre he odiado a los mierdas y a los prepotentes, a los que se instalan confortablemente en la vida para mirar por encima del hombro a los demás. A los capullos con suerte. Por eso odiaba tanto a Alfonso Abellán.

—Cuatro kilómetros para Monóvar —informó el Socio.

—Me dejas en un bar.

—¿No ibas a coger un autobús?

—Lo he pensado mejor, párame en un bar. Después ya veré lo que hago.

Hubo una pausa: la lluvia, el baile del limpiaparabrisas, las luces abriendo la noche.

—No me gusta la idea —insistió el tipo.

—Me importa un pijo lo que te guste o te deje de gustar. Tú me dejas en un bar… y santas pascuas. Si te he visto, no me acuerdo.

—No me gusta dar consejos. —Seguía sin mirarme, con la vista fija en la carretera mojada y los coches que venían hacia nosotros —. Y ya eres mayorcito para saber qué debes hacer, pero yo que tú me largaría de aquí todo lo lejos que pudiese.

—No te inquietes, sé cuidarme solo.

—Preferiría llevarte hasta la estación de Elda y que cogieses cualquier autobús o un tren. A lo mejor, con un poco de suerte, en tres o cuatro horas estabas en la otra punta de España.

—Y yo preferiría que cerrases esa bocaza. ¿No habías dicho que no te gustaba dar consejos? Pues eso.

Estuvimos un rato en silencio. Con disimulo introduje la mano en el bolsillo de mi chaqueta buscando la pipa, pero lo que encontré fue el móvil del muerto. La pipa estaba en el asiento, entre mis piernas; no me acordaba. El Socio la miró de reojo en ese instante y debió de pensar que yo era un novato. Se hizo el longuis y continuó con la vista puesta en la carretera.

—Era un chivato y por eso le metiste el cañón en la boca y apretaste el gatillo. Fue por eso, ¿verdad?

—Yo no he dicho que fuese un chivato. Si acaso un bocazas,

como tú.

—¿No lo cogerías durmiendo?

—Estaba despierto. Trasteando bajo el ordenador, liado con los cables de Dios.

—Lo cogiste por la espalda.

—Lo llamé por su nombre: «¡Alfonso Abellán!», le grité. Se volvió y se quedó de piedra al ver la pistola. Farfulló algo. Le dije lo que había ido expresamente a decirle: que era un escritorzuelo de medio pelo, un cobarde que abusaba de su posición y disfrutaba humillando a la gente. Que le había llegado su hora. Entonces le metí el tubo en la boca y ¡pumba!

—¿Le dijiste quién eras?

—Eso y algo más.

—Vaya —meditó el Socio—, para ser un artista celoso, eres algo raro.

—No soy un artista.

—Me lo hiciste creer con tus pamplinas literarias.

—Me limité a seguirte el rollo. —El tío me estaba resultando ya cargante—. Un rollo muy pueril, por cierto. No tienes ni puta idea de nada.

—Y tú eres el sabio Salomón, ¿no?

Que te den. En ese momento no tenía ganas de hablar. Estaba dispuesto a contarte algo, a darte una pista para que pudieses aprender sobre la condición humana, sobre cómo son los demás —yo, en concreto—, sobre lo frágil que puede ser la vida de un individuo, por muy seguro que se encuentre, si a otro se le mete en la cabeza que ya respiró bastante. Pero ya no tenía ningún deseo de dar más explicaciones, entre otras cosas porque comenzaba a dolerme la cabeza y las sorpresas del día me estaban ofuscando. Además, en ningún momento había pretendido contarle al Socio la verdad del asunto. Lo fácil, lo extraño que había resultado todo. ¿Tendría que haberlo hecho? Decididamente, no. Todo, desde el principio hasta el final, resultaba kafkiano, como sacado adrede de una mala película o de una novelucha. Y, la verdad, podría mosquearle. Tal vez, incluso, tratase de matarme y entonces tendría que ser yo el que le dejase tieso de un disparo, aquí, bajo la lluvia, pretextando una meada, como había pensado. Lo peor de todo es que todavía no odiaba lo suficiente al Socio. Y eso era lo más

extraño, porque el odio lo tenía en la boca del estómago, como un gato dispuesto a saltar sobre un gorrión. Pero era un gato congelado en posición de ataque, sólido como un corte de digestión que aguarda el alivio del vómito o la diarrea y que estaba yendo del frío anterior a un calor peligroso, nauseabundo.

—Si te encuentras mal podemos parar —dejó caer.

Afirmé con la cabeza. El Socio frenó casi en seco y eché mano a la pipa guardándola en el bolsillo, al tiempo que descendía del coche y me alejaba unos metros para echar el felino, convertido en una mezcla de salvia y bilis, sobre los charcos de la cuneta. Fue al entrar de nuevo al vehículo cuando, de pronto, el teléfono del muerto se puso a sonar con el himno del Real Madrid.

—No lo toques —dijo el Socio.

«¡Hala Madrid! ¡Hala Madrid!…».

—No pensaba hacerlo.

—Déjalo sonar.

—Eso hago.

Nos quedamos un rato en silencio escuchando la melodía del aparato hasta que cesó. Durante ese tiempo, hubiese dado mil euros por saber qué pasaba por la cabeza de mi compañero de viaje que, aferrado al volante, miraba fijo, sin pestañear, hacia la oscuridad de la carretera.

—¿Estás mejor?

Asentí con fuerza.

—Te han dejado un mensaje de voz —insistió.

—Ya.

El Socio arrancó el coche y apagó los limpiaparabrisas. Había dejado de llover cuando se vieron las luces de Monóvar; pero el frío seguía siendo intenso.

—¿No piensas abrir el mensaje?

—No.

—¿Por qué no destrozas el aparato y vas echando las piezas por la ventanilla?

—Tal vez luego, cuando me aburra y quiera darle alpiste a los gorriones.

—Eso es una prueba, tío.

¿Una prueba de qué? ¿De homicidio? ¿De homicidio, allanamiento de morada y robo? ¡Y una mierda! Era una prueba,

pero a esas alturas de la tarde no sabía exactamente de qué. Posiblemente de todo. Pero no era la única.

A las diez de la mañana había subido al autobús en Alicante. A las once y cuarto, a pesar de haberme sentado en la parte de atrás, más de uno de los veinte viajeros podía haber retenido mis facciones. A las doce, cuando el bus llegó a Pinoso y comenzó a llover, pregunté a una vieja —otro testigo más— por el camino de Reata, la partida donde vivía Alfonso Abellán. Y quién sabe si algún otro garrulo me vio caminar durante los tres kilómetros y pico que había hasta el caserío; o un guiri desde su ventana, sentado al lado de su setter; o una burguesita desde la cocina mientras preparaba la comida para el marido, que se rompía los cuernos trabajando para pagar la hipoteca del chalecito; o una niña pecosa y mocosa jugando con su perro, o su perro con ella. ¡Pruebas: a buenas horas, mangas verdes!

—¿Y tú qué coño llevas en el maletero? Solo te ha faltado meter el tresillo y la vajilla. ¿Eso no son pruebas?

El Socio guardó silencio. Pero algo me decía que no le había cogido por los huevos. Sabía su respuesta.

—Eso son los móviles, amigo —dijo al cabo de un rato—. El asesino o los asesinos entraron a robar. Se llevaron todo cuanto encontraron de valor en la casa. Despistará a los polis por un tiempo.

—Claro y, de paso, arreglas el apartamento de tu novia, ¡no te digo!

—De todo esto no quedará el menor rastro. Me gustaría que hicieses lo mismo con el móvil y la pipa. Sin arma no hay criminal.

La pipa. La pistola sí que podría armar un buen lío, me dije. Sobre todo si averiguaban quién era su propietario. No lo pude remediar y me entró la risa floja. De pronto comencé a sentirme mejor mientras el Socio me miraba de reojo, convencido de que viajaba al lado de un psicópata. Ya le daría yo psicópata. El menda tenía las manos más limpias que un bebé recién salido de la bañera. Si exceptuamos lo de Carlitos, claro. Pero por Carlitos ya había pagado.

Cuando dejé de reír estábamos cruzando Monóvar y entonces el Socio, sin venir a cuento, dejó la carretera que cruzaba la población y giró por una calle a la derecha y, después de repetir la misma

operación varias veces, aparcó en lo que parecía ser un polígono industrial desierto, habitado, de nuevo, por la lluvia que caía ahora más fuerte.

—Vamos a ver, tío —dijo poniéndose muy serio—. Esta es la situación. Hemos dejado dos cadáveres atrás. No nos hemos matado el uno al otro de puro milagro. Yo no sé nada de ti y tampoco tengo ningún interés en saber nada más, excepto que te has cargado a un sujeto llamado Alfonso Abellán de un tiro en la boca y lo has descerebrado. Solo has dicho que lo odiabas. No me importa. Por mí como si me hubieras dicho que lo querías hasta el punto de acostarte con él. Lo sé porque me lo has dicho, y ya lo estoy olvidando.

»Yo me he cargado a otro y si no recuerdas su nombre, mejor. Ni te va ni te viene este asunto. Nos hemos deshecho de los fiambres y cuando los descubran —porque al final siempre los encuentran, créeme— se armarán un verdadero lío. La hipótesis del robo puede despistarles aún más. Hemos tratado de limpiar las huellas. Pero yo no sé lo que hiciste tú antes de que yo llegase a la casa. No eres un profesional y estás fichado, eres un exconvicto. En cambio, yo trabajo de otro modo. No tengo antecedentes y sé desaparecer mejor que el hombre invisible. En resumidas cuentas: no me interesa tu compañía. Te saqué de allí para evitarme problemas. Quiero que se despida el duelo cuanto antes. Así están las cosas. Ahora te toca jugar a ti, ¿estamos?

Entonces volvió a sonar el glorioso himno del Real Madrid. «¡Hala Madrid! ¡Hala Madrid!…».

—¡Me cago en Dios! —dijo el Socio.

Lo dejé sonar. Otro mensaje de voz.

—¿Qué coño vas a hacer con eso?

—Me desharé de él —mentí.

—De acuerdo. —Hizo una pausa, tal vez esperase que yo dijera algo, pero me callé como una puta en Semana Santa—. ¿No vas a decir nada? Estoy esperando que abras esa boquita de oro que tienes y con la que me has estado dando el coñazo durante todo el viaje.

Por un momento, para acojonarle, estuve a punto de contarle la verdad. De decirle que cuando llegué a la casa de Alfonso Abellán todo salió a huevo. A huevo de mal, claro. La puerta estaba

entornada y en una hoja de papel clavada con una chincheta ponía:

> *Barceló, se fue la luz. No funciona el timbre. Pasa y llámame. Estoy arriba.*
>
> *Alfonso*

Así que entré. Llamé al tipo. Pero como si nada. Subí las escaleras y allí estaba, en el dormitorio, desmadejado sobre una silla, frente al ordenador. Se había pegado un tiro en la boca y había dejado los sesos en la pared. ¡Otra vez los putos sesos! Y me volví a pringar. No sé si cuando le ladeé la cabeza para mirarle la jeta destrozada, o cuando le di una patada en los huevos, o cuando registré el cajón de las pajaritas y lo moví sin darme cuenta, o cuando lo tiré encima de la cama para abrir con más facilidad la puerta del armario. Me pringué, eso fue todo. El muy cabrón me había ahorrado la faena. Y me encontraba fatal. Vacío por dentro. Casi diez años esperando el momento de cargármelo y todo ese tiempo se había escurrido por un sumidero hasta las cloacas. Huérfano. Así me sentí. Como si estuviese solo en la vida y en el mundo, y como si todo lo que yo creía hasta ese momento real y auténtico, de repente, hubiese desaparecido. No existía el pasado ni el mañana, solo un recuerdo borroso de la cárcel. Y eso había sido ayer mismo. ¡Pero una mierda le iba a contar yo todo esto al Socio!

—Vale —le dije—. ¿No quieres líos, verdad?

—Tú lo has dicho. ¿Necesitas algo de dinero?

—Puedes metértelo por el culo… A lo mejor hasta te gusta.

Lo cierto es que no tenía la menor idea de qué podía hacer. Y se me ocurrió una parida.

—Mira —le dije—. Yo bajo del coche, voy ahí, a ese portalón de enfrente, y abro el móvil. Me llevo la pipa. Si intentas largarte, disparo y se jode tu tranquilidad. Escucho los mensajes, vuelvo y me llevas a la estación de autobuses de Elda. Lo que tú querías, ¿te vale así?

El Socio lo pensó un momento.

—Bien.

Y bajé, llevando en una mano el móvil y en la otra la treinta y ocho. Corrí unos metros bajo la lluvia y me situé bajo el alero de una fábrica de repuestos, mostrando el arma al Socio. Miré el otro

trasto: había tres mensajes de voz. Abrí el primero y al escuchar aquello una luz se encendió en mi cerebro. El segundo iluminó todavía más mis neuronas. Me encantaron aquellos sollozos. El tercero me devolvió la vida. Respiré hondo y crucé la calle de nuevo hacia el automóvil. Allí me di cuenta de que Dios existía y de que, precisamente en ese momento, estaba dándose un paseíto por la provincia de Alicante. El Socio estaba escuchando las noticias en la radio. No pude dar crédito a lo que oía. Una bomba había estallado en el aeropuerto de Alicante a las seis de la tarde y los vuelos estaban cancelados. La excitación se apoderó de todo mi cuerpo. Entré y me senté con toda la cachaza que pude fingir.

—He cambiado de opinión —dije, y vi cómo el otro levantaba su ceja izquierda—. Quiero que me lleves lo más cerca posible del aeropuerto de Alicante.

—¡Tú estás loco, tío!

Y arrancó el coche.

6

Algo tenía que haber pasado para que el viejo cambiase de opinión. Pero que él quisiera meterse en la boca del lobo —podía imaginarlo: coches de policía por un tubo, ambulancias, artificieros, el ejército, los bomberos, el *sursum corda* y un rebaño de periodistas y fotógrafos— no quería decir que yo tuviera que transigir. El viejales tenía la pistola entre las piernas y seguía con el móvil en la oreja, escuchando yo no sabía muy bien qué, pero algo gracioso, porque no hacía más que reírse.

Lo bueno de la situación era que él no sabía quién era realmente yo. Tal vez tuviera alguna remota idea de mis capacidades, pero su orgullo lo cegaba de tal modo que le resultaba imposible ver con claridad. Otro hubiera advertido inmediatamente que estaba muerto, que no iba a llegar a ninguna parte —ni a la estación de autobuses de Elda ni al aeropuerto de Alicante—. Debía de ser la cárcel: tantos años entre rejas atrofian y anquilosan los reflejos de cualquiera. Y además, todo hay que decirlo, tampoco parecía despuntar por su inteligencia.

—Tengo que parar antes de llegar al aeropuerto —dije.

Apagó el teléfono y me miró con aquella expresión de ratón, frunciendo los labios, alzando las cejas, como si pretendiera saltar sobre mí. Le hubiera hundido la nariz de un puñetazo, quitado la pistola y descerrajado dos tiros en el vientre antes de que se hubiera dado cuenta; pero no era mi intención ensuciar el coche. Tenía que estar limpio, al menos, hasta que llegáramos a un lugar seguro.

—¿Para qué coño tienes que parar tú, macho?

Era así. Un robagallinas de medio pelo al que se le llenaba la boca de insultos. Tenía la clase donde yo los remordimientos.

—Tengo el maletero hasta arriba de objetos robados. No puedo llegar así al aeropuerto, y menos con todo el pitoste que habrá allí

montado.

Pareció pensarlo. Me gustaba cuando se ponía nervioso.

—Bueno, dime, ¿qué hago? —Le metí prisa.

—¡Coño, déjame pensar, rediós!

Habíamos salido ya a la autovía y circulábamos en dirección Alicante. Las luces de Novelda y las de Monforte del Cid iban quedando atrás. La lluvia era cada vez más débil; la noche se hacía más oscura conforme íbamos devorando kilómetros. La carretera giró a la izquierda y un cartel anunciador me dio la idea. El Sabio seguía en silencio, pensando, imagino que exprimiéndose las meninges para dar con una solución imposible: cómo podría ayudarme a descargar la mercancía asiendo la pistola y el teléfono. Interrumpí sus reflexiones.

—Ahí delante podemos parar. Es un sitio tranquilo, y más a estas horas. En el Arenda Golf.

Por el rabillo del ojo vi su asombro. Me miró como si creyera que estaba de broma.

—¿Arenda Golf? —dijo—. ¿Y eso qué coño es?

—Hay un campo de golf más adelante, antes de subir la cuesta. Y una urbanización enorme donde no vive casi nadie y podremos deshacernos de todo esto.

El tipo no parecía muy convencido.

—¿Un campo de golf en Alicante? ¿Aquí?

—¿Es que en la prisión no leías el periódico?

—El periódico lo utilizaba yo para limpiarme el culo… ¡Sobre todo cierto periódico y ciertas páginas de cierto autor!

Tampoco tenía yo muy clara la razón de su enfado, pero prefería no echar sal en las llagas. Intenté tranquilizarlo. Le conté que de un tiempo a esta parte los campos de golf habían comenzado a proliferar como las amapolas en los ribazos.

—¿Pero aquí, a la subida del Portichol? —El Sabio no parecía muy convencido—. Esto es un secarral.

—Y qué quieres que te diga. Parece ser que es condición *sine qua non* que no haya agua para plantar un campo de golf.

—Pues lo deben de regar con los meados.

—Más bien con billetes de 500 euros.

Hablando, nos encontramos con el cartel del desvío. No había mejor modo de hacerle ver que no mentía que enseñándoselo, así

que tomé la salida y me planté en la puerta de la urbanización.

—Lo que te decía —le comenté—. La campiña inglesa en el desierto levantino a golpe de talonario.

—¿Tú sabes que algunos días nos cortaban el agua en Fontcalent? —Era una pregunta retórica, y no respondí.

Encendí la luz del interior y vi su rostro. Parecía preocupado, como si estuviera a punto de llorar al imaginar a los tipos aquellos paseándose por el *green* con sus palos y sus zapatos de domingo, mientras ellos en la cárcel debían afeitarse en seco porque no tenían agua ni para mojar la brocha; pero sostenía el teléfono y seguía teniendo la pistola entre las piernas. Me encogí de hombros. Esta no era mi provincia ni mi tierra: los problemas de cada cual se los tenía que solventar uno solo.

Me interesaba más conocer el contenido de los mensajes del teléfono que la pistola —porque yo ya tenía una, y porque tampoco sabía muy bien cuántas balas podían quedarle a la suya en el cargador—, así que, mientras conducía, había ido trazando un plan que implicara un riesgo mínimo y que concluyera con la posesión del móvil. También había barajado la posibilidad de cargarme a mi accidental socio o dejarlo vivo y que se buscase la vida él solito. Al final me pudo el lado sentimental y decidí que, si no era realmente necesario, el Sabio iba a salvar su viejo pellejo. No me importaba que me delatara: tampoco sabía nada y mi rostro, la verdad, no es de los que llaman la atención por ningún motivo en especial. Incluso cabía la posibilidad de que alguien se tragase toda su historia; o de que, haciendo alarde de una camaradería especial y de un sentimiento de honor entre colegas, no me delatase. Pero todo eso era secundario, porque yo ya había decidido perdonarle la vida.

—Mira —le dije—. Vamos a entrar ahora en la urbanización, con las luces apagadas, porque hay alguna que otra farola y porque cuanto menos nos hagamos notar, mucho mejor. Iremos dejando todo lo que robamos en los contenedores que vayamos encontrando.

El viejo calló y tomé su silencio como una afirmación. A un lado de la calzada, junto a unas farolas, localicé un grupo de contenedores. Dirigí el coche hacia allí: ahora venía lo más delicado.

—Cuando pare el coche, sales y dejas una cosa fuera… Lo que

quieras, eso da igual.

—No. —La negación sonó dura, intransigente—. No me fío. Bajaré del coche y tú te irás y me dejarás aquí solo, más tirado que una mierda de perro.

Detuve el coche junto a los contenedores, puse el freno de mano y me encaré con él.

—Estamos juntos en esto, ¿vale? —Deseaba que mi voz sonara seria y firme, quería dar la sensación de que estaba todo bajo control.

—No voy a bajar del coche —insistió.

—Bien, entonces iremos así hasta el aeropuerto y… ¡que sea lo que Dios quiera!

Lo vi dudar. Tampoco a él le gustaba llegar a El Altet con el maletero repleto de objetos robados de una casa donde había dos fiambres medio quemados pudriéndose en un hoyo.

—¿Quieres conducir tú? —le insistí—. A mí me da igual, yo dejaré las cosas en la calle.

—No. —Pero esta vez la negación sonaba poco firme, como repleta de vergüenza. Tenía la cabeza agachada sobre el pecho—. No sé. Estuve quince años en el puto trullo y no sabía conducir antes… Y allí tampoco tienes muchas oportunidades de practicar.

Mejor… imposible. Arranqué el coche y esperé: le tocaba mover ficha. Se ocultó la pistola en el bolsillo derecho del pantalón. Seguía teniendo el móvil en la mano izquierda. Por un segundo lo contempló como si no supiera muy bien qué significado tenía aquel objeto.

—Me llevo la pipa, socio —me amenazó—. Y como vea que haces algo raro, cabrón, ¡te mato!

Aprobé mientras lo invitaba a abandonar el coche y a comenzar el reparto de objetos robados. Se guardó el móvil en el bolsillo delantero de los pantalones, descendió del vehículo, abrió el maletero y cogió la bolsa llena de DVD, que metió dentro de un contenedor.

Maldije en silencio, porque no era tan tonto como aparentaba. Pero de nuevo la suerte vino al rescate como el Séptimo de Caballería. El coche, con el maletero abierto, avanzó un centenar de metros hasta hallar otro grupo de contenedores; el viejo caminaba junto al vehículo. Cuando detuve el coche, le hablé:

—Dejaremos aquí la pantalla de plasma.

Escuché una maldición. Debía de pesar lo suyo. De repente, la puerta del otro lado se abrió y apareció el rostro sudoroso del Sabio.

—La puta tele pesa una tonelada… Y además, al apoyarla en la cadera me he metido el móvil en los huevos. ¡Me voy a cagar en algo!

Yo me contuve la risa para no empeorar las cosas. El viejo sacó el teléfono del bolsillo y lo dejó caer en el asiento, así, como si tal cosa, como si una voz divina a la que no había convocado le hubiera dado instrucciones o lo hubiera convertido en un redomado gilipollas.

—¡Voy a enviar la tele a la puta mierda! —gritó y cerró de un golpe seco y fuerte.

Antes de que la luz interior del coche se apagara, pude ver —casi sin creérmelo— el móvil sobre el asiento. Entonces ya estaba todo hecho: el viaje de mi socio terminaba en el campo de golf. Puse el freno de mano y abrí la puerta.

—Déjame echarte una mano.

Entre los dos sacamos la condenada pantalla y avanzamos lentamente hacia los contenedores. Entonces di un fuerte tirón hacia arriba y contemplé el rostro del viejo al ver cómo la pantalla se le venía encima. Primero le golpeó la barbilla y luego, al caer, le aplastó el pie derecho. La inercia hizo que él también cayera hacia delante, rodando sobre la pantalla, que se hizo añicos. No podía perder ni un segundo. Corrí hacia el coche, entré de un brinco y solté el freno de mano. El vehículo salió escopeteado, con la puerta del conductor y el maletero abiertos. Escuché las maldiciones y los gritos, el ruido de cristales y el sonido de un cuerpo que intentaba levantarse sin conseguirlo, entre bolsas de basura y restos de un televisor. El tipo no sería tan sumamente estúpido como para disparar porque, de hacerlo, las luces de las casas comenzarían a encenderse y muy pronto se encontraría solo, sin medio de transporte, con una pistola humeante entre los dedos y rodeado de ojos fisgones; no me equivoqué. El Sabio no disparó, antes de doblar hacia la derecha pude ver que conseguía incorporarse e iniciaba una pequeña carrera, se detenía y seguía con su retahíla de insultos y maldiciones.

Detuve el coche a la salida de la urbanización, a casi un

kilómetro de donde había abandonado al viejo. Tiré el resto de electrodomésticos —un vídeo y un reproductor de DVD— y cinco vestidos de señora, que tenían que costar lo suyo, en un bancal y, fuera del coche, observando por si el Sabio aparecía, me dispuse a escuchar los mensajes de voz.

«Rafa, mi amol, no me gustaría que t’enfadaras y que hisieras una tontería», era la voz de una mujer con marcado acento sudamericano o caribeño. «Procura sosegalte y comprendel que ni Alfonso ni yo vamos a volvel…, que no nos vas a vel ya nunca más, mi Rafa. Son cosas que pasan. Chao». Fin del primer mensaje. El teléfono pertenecía a un tal Rafa; entonces…, el tipo al que el Sabio le había volado los sesos, ¡no era Alfonso Abellán! No me extrañó que el viejo se descojonara cuando escuchó los mensajes: un huevo de años pensando cargarse a un tío y cuando le revienta la cabeza resulta que se ha equivocado.

El segundo mensaje me obligó a apoyarme en el coche. Era de nuevo la voz dulce y melodiosa de la mujer cubana —o venezolana o colombiana, quizás—: «Tu helmano Alfonso no lo sabe polque si lo supiera no lo consentiría. Estos años fueron buenos desde que me sacaste de allá, por eso he desidío compensáltelo. En la casa de Bial, en el almario de l’habitasión d’arriba… Hay una pequeña compensasión. Un besaso, mi amol, y chao». Me olía a dinero.

¿Biar? ¡Vaya casualidad! El finado Jaime Barceló era de allí. Entonces caí en la cuenta de que no había avisado a su esposa para comunicarle que el asunto estaba ya resuelto. Convendría decírselo, porque quizás pasaran unos días hasta que la policía —o quien fuese— encontrase el cadáver. Aprovecharía para ir a Biar, preguntaría, observaría y luego, discretamente, se lo haría llegar. No sería la primera vez que hacía algo semejante. Además, me acercaría por la casa a la que se refería la cubana y buscaría «en el almario de l’habitasión d’arriba».

Como no quería arriesgarme a que el Sabio apareciera de nuevo

con su pistola, subí al coche y arranqué. Cuando salí a la autovía, escuché el tercer mensaje. De nuevo era la misma voz femenina, pero esta vez se escuchaba un molesto ruido de fondo, una algarabía, un murmullo de personas y, de cuando en cuando, la megafonía de un aeropuerto informando sobre la inminencia de los vuelos. Por ese motivo, el Sabio había decidido acercarse hasta El Altet. «Rafa, mi amol, te llamo antes de subil al avión. No hagas ningún disparate, piensa que la vida sigue…». Una voz de hombre irrumpía vehementemente: «¡Cuelga ya, mujer!». «Es tu helmano, Alfonso, mi amol, es tu helmano», seguía ella. «¡Que cuelgues ya, coño!». «Se va a ponel muy triste y es capás de hasel una locura…», insistía la mujer. «¡Que le den a mi hermano! ¡Cuelga ya!». Fin del mensaje.

En un segundo, lo vi todo tan claro que tuve que detener el coche en el arcén porque la luminosidad de la verdad me estaba cegando. El muerto era Rafael, el hermano de Alfonso. Este le había quitado a la mujer y ahora se iban, a saber dónde, pero muy lejos. ¡Y era posible que el cornudo se hubiera volado él solito la tapa de los sesos! Recordé la expresión ratonil del Sabio, el nerviosismo y el temblor de su labio superior, la mirada de recelo, la sensación que tuve desde el primer momento de que no daba la talla, que no tenía arrestos suficientes para despachar a nadie: ¡se lo había encontrado ya muerto, seguro! ¡Y encima un muerto que ni le iba ni le venía! ¡Había que ser merluzo!

Me reí tanto que se me saltaron las lágrimas.

7

Dentro del mal fario general del día, tuve suerte. Yo siempre he tenido un punto de favor con la diosa Fortuna. Tal vez porque soy algo enclenque, más bien bajito y, desde luego, nada guapo, la Suerte siempre me ha echado una manita. Si alguien está tratando de pensar que tres lustros en chirona no es, lo que se dice, «tener suerte», bueno, le aseguro que pasar ese tiempo entre rejas y poder salir sin haber perdido la chola es algo que se parece bastante a la suerte.

A lo que íbamos, que cuando me da el punto cojo carrerilla y me tienen que grapar los labios para impedirme hablar.

Podía haber echado a correr detrás del hijo de puta del Socio vaciando el cargador contra el coche, armando un cirio de cojones entre el vecindario. Pero no soy Harry el Sucio. Lo mismo no le hubiese dado y necesitaba la pipa llena. Me cagué en todo lo cagable y di gracias por no haber caído en el barro. La chatarra del vertedero impidió que mi aspecto fuese algo más impresentable que el de uno al que se le ha escacharrado el automóvil y ha caminado un rato, bajo la lluvia, en busca de un teléfono para llamar a un taxi o una grúa.

Bajo la colina estaba el Arenda Golf. Localicé el sendero que llevaba a la carretera y me dirigí hacia el club social o lo que coño fuese aquel local de amplios ventanales iluminados que servía de entrada a la urbanización. Mientras caminaba, pensé que continuaba sin odiar al Socio y que la suerte siempre estuvo de mi parte: en el trullo, cuando me hicieron encargado de la biblioteca; en mi culo, que salió tan virgen como entró; en el gitano Carrascosa, que se puso a mis órdenes como el perro de un pastor alsaciano y se dedicó a contener a los de su tribu para que nadie intentase subírseme a la chepa; en mis esclavos, el Fando, Tomasín,

el Florito, buenos chavales, alumnos disciplinados, cortitos de mollera, eso sí, ¿para qué negar la evidencia?, pero buena gente. Tan solo me jodía que el Socio supiese ahora tanto como yo y se estuviese partiendo de risa pensando que había pasado el día con un chapuzas de medio pelo. Me jodía, pero no me inquietaba. Cosas de mi intuición, de la suerte, de mi cerebro, que no paraba, siempre zumbando como una locomotora sin freno; escrutando, en fracción de segundos, el pasado, el presente, todo lo que podía suceder. Igual que la mollera del conde Mosca, el personaje de Stendhal, urdiendo tramas y conspiraciones maquiavélicas para salir del peor de los embrollos. ¡Qué bueno era el jodido de Stendhal! ¿Lo habría leído el tonto del haba del Socio? Lo mismo sí; al tipo se le veía muy culto y muy puesto; aunque con algunas lagunas. Claro que quizás no había tenido la misma suerte que yo, ser bibliotecario en la trena —con todo el tiempo del mundo y nada mejor que hacer que leer en lugar de matarse a pajas— es una situación que ya quisieran muchos para sí.

El cerebro era mi salvavidas. Tic-tac,
tic-tac,
siempre echando humo. En el test que me hicieron los loqueros de Fontcalent quedó muy claro: «Posee usted un coeficiente intelectual muy superior a la media», escribieron en el informe. ¡Vaya descubrimiento! Eso lo había sabido yo de siempre, como sabía que volvería a vérmelas con el Socio, más tarde o más temprano, y que allí, en el club social o lo que fuese, todo saldría bien.

Y salió. Salió de puta mierda para el Genares, que se quedó con el brazo colgando. Y cojonudo para el Luciano, Juanito el Bolas y el menda lerenda.

Al Genares le dejamos en el bar de unos colegas, en un desvío de la carretera de Elche. No íbamos a llevarle al puticlub del Rebolledo que había sugerido el Bolas, enfrente justo de Fontcalent. Un tarado, el Bolas, pero con dos cojones. Fue él quien eligió el buga, un BMW. No quería llegar a casa, dijo, con una mierda de coche, ni liarla con un taxista que, o bien se habría negado a llevarnos, o bien se habría tenido que conformar con una somanta de hostias a la hora de cobrar la tarifa y sin el jornal para su parienta. El Bolas siempre fue un chuleta, amigo del farde y del peligro, un tarado violento; pero legal y respetuoso con la inteligencia del prójimo.

¿Para qué había que amargarle el día y la vida a un pobre taxista, si siempre había algún fantasmón que se dejaba el cochazo de diez millones a huevo? Yo seguía siendo muy antiguo, la verdad: a mí no sé cuántos miles de euros no me decían nada, pero diez kilos ya tenían otro aspecto.

El Bolas se llevó un alegrón del carajo al reconocerme en el aparcamiento del club social cuando me topé con la panda, de «permiso de fin de semana» (tenemos un aparato judicial cojonudo, ¿para qué negarlo?), en la oscuridad y me disponía a preguntarles por un teléfono. Se partió el culo de la risa. Y el Genares, gitano fino de los Carrascosa, y el Luciano, asaltador de cajas de ahorros en el ámbito rural, «el moderno Curro Jiménez», como se presentaba en el patio del talego. Mucha risa y mucho abrazo, y palmadas en la espalda de las que hacían daño, y apretones de manos que te hacían polvo las falanges de los dedos. Iban curdas, medio ciegos. Olían a coñac, como el mostrador de una bodega, y llevaban encima, todavía, el tufillo de la jaula.

—¡Coño, coño, coño! —dijo el Bolas, que era muy religioso y quizás por eso citaba a la Santísima Trinidad—. El mismísimo Libros en persona.

—¡Joder, qué casualidad! —apuntó el Genares.

—El mundo es un pañuelo, viva la madre que nos parió. Un beso, Libros, un besazo para tu hijo Luciano.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé sorprendido.

Pero, a los dos segundos, la sorpresa se había disipado. ¿Acaso no esperaba que todo saliera bien? ¿No estaba con ese pálpito, a pesar de toda la mierda de la jornada? En menos de dos segundos estaba al corriente de la situación. O sea: que los camatas y los tipos que miraban desde el interior del club social estaban más que moscas; que mis colegas habían parado a repostar, nada más salir del trullo, y acababan de montar un número de la virgen; que si el Bolas decía que no quería presentarse mañana (dentro de unas horas, cuando amaneciese) ante su prole con el coche de su hermano, un desvencijado Fiat; que si quieres arroz, Catalina.

—¿Adónde va mi Libros? —preguntó el Bolas, llevándome cogido por los hombros, moviendo la cabeza hacia los colegas que se internaban en la zona oscura del aparcamiento.

—Estoy en un lío de padre y muy señor mío —dije apelando a la

solidaridad etílica y religiosa del tarado.

—Tú no tienes ningún lío estando con los colegas. ¿Lo sabes, Libros? Ni una mierda de lío. ¿Verdad, socios?

—Tengo que ir urgentemente al aeropuerto de El Altet.

—Hostia, Libros, tú estás loco. ¿Sabes la que se ha armado allí? —dijo el Genares.

—Sí, pero tengo que ir, macho. Es cuestión de vida o muerte.

—Es que nosotros vamos para Valencia, a la casa de este —comentó el Luciano señalando al Bolas—. Ya que no pudimos salir para Año Nuevo nos ha dado el punto de comernos mañana para desayunar las uvas con su parienta y con unas jays que nos van a chupar la polla a cada campanada.

—Ya ves, Libros, un antojo como cualquier otro —puntualizó el Genares.

—Íbamos, Luciano, íbamos —sentenció el Bolas—, porque a nosotros nos da lo mismo ir por Fuente La Higuera que por Benidorm. ¿O es que no te tirarías esta noche a una guiri rubia, con las tetas de una vaca holandesa? El Libros es un colega y se le lleva donde quiera. ¡Y santas pascuas! —Ya lo había notado yo, al Juanito le había entrado la vena religiosa y estaba sembrado—. ¿A que sí, mi Libros?

Asentí. El resto fue cuestión de minutos. El ventanal, de pronto, se despejó. Pero nadie vio salir a un gilipollas francés armado con un palo de golf. Así que, cuando el Bolas abrió el BMW en un plisplás y ya estaba sacando la chispa del arranque, el franchute, surgiendo como un fantasma entre las sombras, maldiciendo en gabacho, ya le había roto el hombro al Genares, que se había puesto de pantalla, en plan Cassius Clay, y que lanzó un aullido de dolor que ni el hombre lobo americano en Londres. Un grito que tuvo la virtud de quemarle los huevos al Luciano con adrenalina hirviendo. Este soltó el puño como un ariete e impactó en el cuello del gabacho, arrojándolo al asfalto, mientras el palo caía en manos del Luciano. Yo, por aquello de la solidaridad, le metí un puntapié en la entrepierna con más fuerza de la que pensaba. Sentí, a través del zapato, que le rompía algo y que le dejaba inútil para la reproducción. Mientras el Luciano le daba un repaso brutal con el palo y el tío se quedaba más tieso que una momia, el menda había cargado con el Genares metiéndolo en el asiento de atrás del buga

y, al grito de «¡En marcha!», el Bolas, como un auténtico Fitipaldi, hacía rechinar las ruedas en el asfalto, se colaba por la rotonda y entraba como un rayo en la autovía.

—¡Al Topolino! —ordenó el Bolas.

—Ni se te ocurra —dije yo—. Por Fontcalent ni de coña.

—¡A El Rifirrafe! —intervino el Luciano—. El Paco tiene «gracia» para el asunto de los huesos rotos.

El Genares no dijo ni Pamplona. Se había desplomado sin conocimiento sobre la ventanilla y había echado hasta la primera papilla de su vida, llenando el vehículo de un olor agrio a coñac número cinco.

Una vez aparcados frente a El Rifirrafe, un tugurio perdido entre una maraña de caminos secundarios, en el término de Elche, bordeados de palmerales, el Luciano entró en el local y salió con el Paco, una especie de púgil de lucha libre americana, de poco más de uno sesenta de estatura, ataviado, el tío, solo con una camiseta de manga corta de Lacoste y unos vaqueros apretados para combatir el frío de la noche. Cuando llegó a nuestra altura, introdujo la cabeza por la ventanilla y echó una ojeada al Genares, componiendo un gesto de contrariedad o de disgusto.

—¿Tenéis pasta? —preguntó al Luciano.

El Luciano, por toda respuesta, le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó unos metros más allá del vehículo. No me hizo falta saber de qué hablaban para comprender los pormenores de la conversación. Conocía de sobra los argumentos convincentes que estaba utilizando mi colega para que el cachas del Paco cargase con el herido: que si el Genares era sobrino del Yayo Carrascosa, y este era hombre agradecido; que el Luciano, terror de las cajas de ahorros, tenía pasta por un tubo para recompensarle; que si estimaba la decoración de su local y la salud de su madre, lo mejor que podía hacer era cuidar al herido, dejándolo como nuevo, y algún etcétera más por el estilo. En fin, a lo Vito Corleone: propuestas que no se podían rechazar. Cuando regresaron al coche, cargaron ambos con el Genares y lo introdujeron por una puerta, camuflada entre cajas vacías de cerveza, que daba entrada a una vivienda aneja al bar. El Bolas apagó el motor, salió del vehículo, abrió mi portezuela y me hizo un gesto para dirigirnos a El Rifirrafe. Mientras caminábamos, me ofreció un cigarrillo.

—Mala suerte, Libros. El pobre Genares no folla ni en Benidorm ni en Valencia. Su padrino, el Yayo Carrascosa, o lo mata a hostias o lo deshereda, o a lo mejor las dos cosas.

—Mala suerte —le respondí por decir algo.

Pero yo estaba dándole a las neuronas para conservar la mía. El Bolas me debía cartas a la parienta, alegaciones, información judicial, mucho folio mecanografiado y haber mantenido el pico cerrado cuando pinchó al Mantecas en las duchas o cagaba las bolas de chocolate en el retrete de la celda. Llevaba, además, una «mona» sentimental. Y eso, en un tarado violento, era señal inequívoca de mi buena suerte.

Ya dentro, en la barra del bar, mientras se tragaba un *gin-tonic* de Bombay azul, me soltó dos o tres besos explosivos en la mejilla y no paraba de darme la vara en torno a lo cojonudo que era yo y lo hermosa que era la camaradería, hasta que reparó en una tipeja con un par de buenas tetas que, sentada en una mesa junto a la puerta de los retretes, no le despreció una convidada. Hasta en eso la suerte estuvo de mi lado, porque su repentina ausencia me permitió escuchar, sin interrupción, el *Informatiu Especial* que Canal Nou estaba ofreciendo sobre los sucesos de la tarde. Era raro, la verdad, porque en ese canal únicamente hablaban de los logros de Camps, de la marcha futbolística del Valencia (y solo cuando ganaba) y de la nieve que muy de tarde en tarde caía en algunos pueblos de la Comunidad. Invertir unos minutos en el aeropuerto de Alicante era para darse con un canto en los dientes. O a lo mejor es que la cosa había sido realmente importante.

Los comentarios del presentador iban acompañados de imágenes algo borrosas. El Altet era un caos, aunque no había que lamentar ninguna víctima. Se buscaban dos artefactos más que podían hacer explosión, y la totalidad de los vuelos habían sido cancelados. Todos los viajeros habían sido desalojados del recinto y no podrían reanudar sus viajes hasta, al menos, veinticuatro horas después. Sumé dos y dos y me dio que el Abellán y su titi estaban en tierra. Y mi cerebro comenzó a echar humo mientras acariciaba la pipa en mi bolsillo con idéntico placer al que experimentaba, en la litera, las noches de la trena, con la panza llena, al palparme los huevos, pensando en la venganza.

¿Qué sabía yo del asunto? Bueno, estaba la foto en la repisa de

la chimenea de Reata, la casa de aquel cabrón. Una foto con el tipo «a una pajarita pegado»; Quevedo, Rostand, posando ante un todoterreno o una ranchera. ¿Qué sabía yo de vehículos? Nada. ¿El color? Rojo. Eso sí: rojo intenso. Y el tipo posando como ante un alazán o un pura sangre. El trasto tenía que estar aparcado en algún lugar del *parking* del aeropuerto porque desde luego no estaba en la casa de Pinoso. O tal vez en el aparcamiento de un hotel, si habían conseguido salir para pernoctar antes de que se reanudase el viaje. Y no en un hotel cualquiera, en un hotel de cojones, de mucho postín. Dinero. Mucho dinero. Nadie se larga con la querida sin mucha pela. Máxime si esta es la mujer del hermano. Nadie bien forrado, con una hembra que le haga perder la sesera, se va a hospedar en una pensión de mala muerte. Y menos si hay remordimiento de conciencia de por medio. Gran cenorra bañada con champán francés, y un polvo en una cama como una plaza de toros, con una tele con pantalla en cinemascope y tecnicolor. Un buen hotel. Y no muy lejos, por si mañana había que madrugar para regresar al aeropuerto. Un buen hotel por las cercanías. Otra vez mi cabeza iba a cien por hora…

Cuando el Bolas y el Luciano me dejaron a la entrada de Alicante, frente al hotel Gran Casino, como les indiqué, este último me acompañó hasta la puerta y metió la mano en mi bolsillo. Dio un respingo al descubrir la pipa, pero me dejó un fajo de billetes.

—¡Ahí tus huevos, Libros! La pasta es para que empieces bien el año y también va mi número de teléfono. Ya me lo cobraré, si puedo. Y si no…, pues bien empleado está, ¿verdad?

Agradecí el detalle y, aunque me moría de ganas por perder de vista a los dos elementos, aguardé hasta que pusieron el buga en marcha y, sin la más mínima precaución, dándole al claxon para abrirse paso, derrapando, salían a toda leche. Los saludé con un gesto de la mano y la sonrisa de un hijo que se despide de su madre antes de partir a enrolarse en la Legión.

Después, aprovechando el gentío que entraba por las puertas del hotel, pasé al vestíbulo, repleto de presuntos clientes, de maletas, botones y encargados moviéndose a toda leche, entre protestas, ruegos y reclamaciones. Todo el personal con el carné y el billete en

la boca. Me abrí paso hasta una esquina del mostrador de recepción y ¡bingo!: la suerte de la fea, la guapa la desea. Allí, junto a dos atribuladas azafatas, con su «pita, pita, pajarita», el mamonazo de Alfonso Abellán gesticulaba visiblemente enfadado. A su lado, destacando entre la marabunta, una tipa espectacular con pinta de sudaca. Un producto exótico, embutido en unos ajustados vaqueros, de esos en los que los sordos son capaces de leer en los labios, y un jersey de cuello alto. Mediría casi un metro ochenta y era capaz de convertir en verano la nochecita que hacía en la calle. Por unos instantes no pude apartar la vista de aquel monumento, de aquella belleza morena, de labios rojos y carnosos, que parecía algo cohibida y que no llevaba puestas las gafas de sol para protegerse, precisamente, de sus rayos. Mar de fondo, me dije. Pero no me dejé ni deslumbrar ni ofuscar. Así que fijé la vista en mi futuro muerto. Esta vez no se me iba a escapar.

8

Cuando dejé al viejo en el club de golf y escuché los mensajes del móvil, tuve muy claro que debía salir echando chispas hacia Biar. Seguía lloviznando: era una lluvia fina que parecía caer a cámara lenta, en silencio, como un murmullo que cubriera paulatinamente la luna del coche. Los limpiaparabrisas se accionaban automáticamente y el ritmo era lento, como si meditaran cada barrido sobre el cristal.

Al llegar a Villena tomé el desvío hacia Biar. Había un bar abierto junto a una gasolinera, a las afueras de la ciudad. Me comí un bocadillo de jamón, acompañado de una caña y de las imágenes y los sonidos del televisor. Era poco más de medianoche. En el informativo no dijeron nada del hallazgo de dos cadáveres en una casa de campo a las afueras de Pinoso; todos parecían estar pendientes del atentado en el aeropuerto de El Altet.

—Dicen que han sido unos moros —comentó el tipo que atendía el mostrador. Vestía un mandil que en otro tiempo habría sido blanco; ahora estaba cubierto de manchas multicolores y con tanta roña que se podía dejar de pie.

—¿No ha sido la ETA? —aventuré a decir para no llamar la atención. La gente recuerda más a los silenciosos que a los que conversan; y yo debía pasar desapercibido.

—¡Qué coño! Eso tiene que haber sido cosa de los moros de mierda… Como lo de Madrid, cuando reventaron los trenes. Los de la ETA no tienen huevos para hacer una cosa así… Además, entonces sí que se les caía el pelo. ¡Menuda salvajada! ¡Eso ha sido cosa de los moros!

A través de los cristales sucios del bar podía ver los surtidores de gasolina. Un empleado árabe llenaba el inmenso depósito de un tráiler. ¿Quién, a no ser un pobre emigrante, iba a estar pelando la

caña en el turno de noche?

—¿Ha habido muertos? —insistí mientras daba un trago a la cerveza para conseguir tragar el bocadillo de pan reseco (y sin apenas aceite) con un jamón más duro que el antebrazo de la momia de Tutankamón.

—No, pero de pura potra… Si llegan a hacerlo bien, no se salva ni el apuntador. Han dicho que habían puesto no sé qué animalada de kilos de goma-dos en unas mochilas. Las habían dejado en los aseos… los muy hijos de su madre.

—¡A los moros y a los negros hay que echarlos de España, joder! —gritó un parroquiano desde el otro extremo de la barra. Estaba borracho y se apoyaba en el mostrador de zinc para no desplomarse al suelo. Dijo algo más, pero no lo entendí.

Afuera, en una columna que sostenía la marquesina de la gasolinera, un termómetro señalaba dos grados bajo cero. Ahora el empleado magrebí estaba atendiendo a un todoterreno.

Rechacé un café, pero me bebí un vasito de anís para entrar en calor. Me esperaba otra noche ante el volante. Pedí la cuenta y mientras intercambiábamos el dinero y la vuelta pregunté por Biar.

—Está aquí cerca. A siete u ocho kilómetros, todo recto.

El tipo se limpió sus manazas en el mandil antes de darme el cambio.

—¿Ve usted el agua que está cayendo? —me advirtió—. Ándese con ojo porque en Biar es fácil que sea nieve.

Cuando salí del bar, el frío me golpeó el rostro como un puño de hierro. Lo acompañaba un viento atravesado que te cortaba las mejillas y te obligaba a subirte el cuello del abrigo.

Tan pronto como el coche pasó un pequeño puente —hacía varios minutos que las luces de Villena habían desaparecido a mi espalda—, las predicciones se cumplieron. Los limpiaparabrisas ya no luchaban contra la lluvia, sino contra unos copos de nieve que, a cada metro que recorría, se hacían más grandes, más espesos, más blancos. A juzgar por las luces y las siluetas iluminadas del castillo y del campanario, calculé que me separaban un par de kilómetros de Biar. Escuchaba cómo los neumáticos quebraban la capa de nieve y hielo. Me entró el miedo. A la izquierda vislumbré una avenida

ancha y amplia, delimitada por un puñado de naves industriales y varias decenas de farolas. Era un buen lugar para aparcar y pasar la noche; mucho mejor que quedarme tirado en la cuneta.

Estaba en el quinto sueño cuando el himno del Madrid me hizo saltar del asiento. Golpeé con la cabeza en el capó del coche y me cagué en la madre de Di Stefano. La luz verde del teléfono me indicaba que eran más de las cuatro y media. ¿Quién demonios estaría llamando a estas horas? Durante el tiempo que estuvo sonando —treinta o cuarenta segundos a lo sumo—, permanecí en silencio, aguantando la respiración. Estaba medio dormido y tal vez pensé que desde el otro lado de las ondas podían incluso escuchar mi aliento. Solo la débil luminosidad rectangular del móvil rompía la oscuridad del interior del vehículo. Afuera no se escuchaba nada, como si el mundo se hubiera ido de viaje sin avisarme. Al fin cesó el himno y surgieron unos sonidos parecidos a ventosidades de niña finolis: quien llamó había dejado un mensaje de voz. Abrí el aparato y escuché la misma voz sudamericana o caribeña que ya conocía de horas antes. «Sé que me estás escuchando —dijo la voz—; dime algo, pol favol. Pol favol, dime algo, cariñito. Dime algo, algo, algo… ¡Vete al carajo de mielda! No me impolta, huevón. Vuelvo contigo, ¿sabes? Voy pa casa, ya mismito, voy pa casa…».

Bueno, la cosa se ponía difícil porque si quería hacerme con el dinero del tal Rafael tenía que darme prisa.

Limpié el vaho de la ventanilla y haciendo pantalla con la mano miré a través del cristal. Caían unos copos como tortillas. Si la fulana quería llegar a Biar lo tenía crudo. A lo mejor con un poco de suerte hasta se rompía los cuernos con el coche. Lo que yo tenía muy claro es que esa noche —estuviese donde estuviese ella— no podría llegar a su casa.

9

A mí, de Bioy Casares me gustó siempre *El sueño de los héroes* y no tanto *La invención de Morel*; que le den mucho al simbolismo y a la fantasía de laboratorio. En *El sueño…* el protagonista perdía tres o cuatro días de su vida a causa de una melopea etílica y la consiguiente resaca. Ni flores. Días en blanco. O a la basura. Por mucho que el tipo se empeñaba en recuperar esa parte de su historia, no lo conseguía. Una auténtica tortura. Casares bordaba el dolor físico, no digamos el psicológico, de esa amnesia que se presentaba como un anticipo de la muerte. Un individuo obligado a recordar lo que no existe: como los años anteriores a la vida. Me cagué leyendo aquella historia porque, al cabo, era mi propia historia. Con la diferencia de que yo nunca le di al trago, ni a la marihuana ni, menos aún, al jaco. Mis días en el limbo, sin un recuerdo, siempre se debieron a la ofuscación. A darle, sin parar, al coco, obsesionándome con algún tema. Entraba en el bar de una idea, tomaba la primera copa, pedía una segunda y, enseguida, pasaba a la botella y acababa agotando todas las reservas del local. Y el efecto de la embriaguez podía durar lo mismo un día que una semana, que un mes o que un par de años. Después, todo se borraba para recordar solamente el instante en que comencé la borrachera. Todavía cuando quiero experimentar lo que es auténticamente el miedo, el terror que nos hace sudar y desear desaparecer del mundo, no tengo más que tratar de recordar esos tiempos vacíos. Me acojono. Tengo que dejarlo estar.

Pérez Losada, el loquero de Fontcalent, me quiso psicoanalizar. No lo mandé a la mierda porque me interesaba ganarme su confianza, hacerle ver que tenía un caso interesante entre las manos; de ese modo yo podía sacarle partido mientras le hacía creer que era él quien aprovechaba mi predisposición. Llegué a saber más

de Freud y de Jung que su puta madre. Mis amnesias no eran fruto de ningún remordimiento, complejo de Edipo o cualquier chorrada por el estilo. Se debían, siempre, a las jodidas prisas, a ese coeficiente intelectual que el burro de Losada nunca llegó a saber cuánto me pedía para alimentarse.

Por eso duermo tan poco. Pero en esta ocasión, me quedé frito. Cuando Alfonso Abellán subió a la habitación 215 con la parienta, me dejé caer en el rincón de un sofá del vestíbulo, junto a una gorda, e hice esfuerzos sobrehumanos para no dormirme. Sin embargo, a pesar del trasiego de gente protestando, yendo de un lugar a otro o tratando de encontrar un hueco donde pasar la noche, caí, como un clásico, en los brazos de Morfeo.

Y soñé. ¡Joder que si soñé! Soñé, como siempre, un cúmulo rápido de verdades y mentiras, de puros deseos y escurridizas realidades; pero con tanta suerte que las pilas del odio volvieron a cargarse en ese estadio, sin reposo, de la duermevela. Como todos, fue un sueño lógicamente absurdo.

La verdad estaba en los hechos irreversibles de aquel examen en la universidad. Pero la universidad no era real. Los pasillos eran la hostia de largos, casi interminables, como los techos, que se perdían en un cielo de galerías carcelarias. Los maderos —tipos como armarios, con las venas del cuello a punto de echar a correr— también eran reales, al igual que el instante en que me quitaron las esposas, a las puertas del aula, y la mezcla de inquietud e impaciencia que me devoraba por dentro, haciéndome sudar la gota gorda. El aula, en cambio, era un escenario puro Dalí. Y entonces vi claramente la trampa y entendí su naturaleza. Eso era lo primero que debía haber argumentado ante el tribunal: «No hablaré en un cochino decorado surrealista», para continuar explicando a aquellos energúmenos que no era ajeno a las doctrinas de Breton y que solo respondería a sus preguntas en el estado diáfano de la vigilia. ¡Qué claras se ven las cosas en los sueños! Estaba seguro de que, de haber hablado de ese modo, todo hubiese ocurrido tal y como esperaba. ¿Por qué no lo entendí así en aquel momento? Misterios del sueño, porque yo sabía qué debía hacer, pero simplemente no lo hacía. De pronto todo volvió a confundirse, fantasía y realidad, deseo y frustración. El tribunal estaba presidido por el cabrito de Abellán, pero no se evaluaban mis conocimientos, sino «el brutal asesinato

de Carlos de Arce», como decía el fiscal. La universidad era el juzgado y Alfonso Abellán lanzaba aquella pregunta absurda en torno al año en que fue redactada la *Carta Magna* de Inglaterra. ¿Qué coño sabía yo sobre aquella fecha? Y, de nuevo, la fantasía se apoderaba de todo: en lugar de adoptar una actitud sumisa, saltaba sobre la tarima, cogía una bola de cristal de la mesa, recuerdo de París o de Lourdes, y le partía, una y otra vez, el cráneo al bocazas de Abellán mientras la nieve se teñía de rojo y el encerado pintaba mapas de sangre.

Me desperté sobresaltado, echando mano a la pipa. A mi alrededor, el vestíbulo del hotel parecía un campo después de la batalla. Todo el mundo dormía y solo algún ronquido que otro rompía el silencio. Escuché el ruido de uno de los ascensores llegando hasta la planta. Eran las cuatro y media de la madrugada. La hora de mi suerte. Al abrirse sus puertas, descubrí a la mulata. No cabía duda: se daba el piro. Cargaba con una maleta y una gruesa mochila. Llevaba, además, un bolso de mano colgado de su hombro, que continuamente resbalaba y ella volvía a colocarse. Con paso firme y decidido se dirigía, al mismo tiempo que el menda, hacia el mostrador de recepción, sin dejar de mirar de reojo al ascensor. Fuego en el culo. Algo se ha ido a tomar por saco entre la parejita, me dije. Estaba más claro que el agua. Sobre todo cuando la tipa, sin apenas reparar en mi presencia, le preguntó al encargado si el *parking* subterráneo estaba abierto y podía sacar el coche. Antes de obtener respuesta, mi menda ya iba escaleras abajo por un pasillo que lucía un letrero con una inequívoca flecha.

Más rápido que un cabo gastador llegué al subterráneo, tratando de fingir que buscaba mi buga. Divisé el alazán rojo de Abellán. Seguía sin saber la marca ni el modelo, pero era el mismo que había visto esa misma tarde en la fotografía de la casa. Me agaché sobre un vehículo aparcado a su lado y aguardé a que llegase la cubana. No tenía ni la menor idea de por qué estaba haciendo aquello. Era puro presentimiento: el pájaro estaba en la jaula, dormido, probablemente; y le iban a quitar las alas en forma de todoterreno. Ahora sí que lo tenía a huevo.

Cuando la tía llegó hasta el alazán, ocurrió algo extraño: abrió el coche y se detuvo, como dudando entre guardar el equipaje en el maletero o sacar algo de su bolso de mano. Optó por esto último,

dejándolo sobre el capó. Extrajo un teléfono móvil. No me cupo la menor duda de que la maja era un poco burra, sobre todo si intentaba escapar de Abellán. Pulsó un número, sin poder ocultar los nervios, golpeando sin cesar con la puntera del zapato el suelo asfaltado. Pasaron unos segundos y el zapateado se volvió casi baile de San Vito. Por lo visto, no obtenía respuesta. De pronto, la escuché decir:

—Sé que me estás escuchando. Dime algo, pol favol. Pol favol, dime algo, cariñito. Dime algo, algo, algo… —calló unos segundos y luego reventó—. ¡Vete al carajo de mielda! No me impolta, huevón. Vuelvo contigo, ¿sabes? Voy pa casa, ya mismito, voy pa casa…

Apagó el móvil. Lo dejó en el bolso y se puso a cargar las maletas, levantando la puerta trasera del coche. Antes de que acabase la operación, el teléfono estaba en mi bolsillo, tropezaba casi con las tetas de la mulata y esta, tras pegarse un susto de muerte, me escuchaba decir:

—Buenas noches, señora. Vaya día de líos que hemos tenido.

—Sí, señol, menudo día —balbuceó mientras recogía el bolso del capó y se metía en el coche.

Al poco rato, la vi desaparecer por un carril ascendente que llevaba a la calle. Después me dio un ataque de risa tan fuerte que no tuve más remedio que sacármela allí mismo y echar una meada torrencial sobre las llantas niqueladas de un Audi de dos plazas. ¡Menuda madrugada de suerte! Tenía a Abellán en la jaula, unos metros más arriba, y al capullo del Socio a golpe de teléfono. Una de las dos cosas podía aguardar, la otra no.

10

Habitación 215. Los dígitos, en relieve, grabados en una placa de cerámica, podía leerlos un ciego. El pasillo estaba desierto, en una suave penumbra, que no me impidió abrir el tambor de la treinta y ocho y comprobar los efectivos del cargador. Solo faltaba una bala: la que el cornudo se había disparado en el cerebro. Pegué la oreja a la puerta. En efecto, el tipo no estaba durmiendo. Especulé: o se había despertado al notar un vacío en la cama y echar de menos el trasero de la parienta, o se había quedado estupefacto y jodido al oírla decir que volvía con el pobrecito Rafael. Tanto en un caso como en otro, no sería necesario pulsar el timbre y soltar la gilipollez de «servicio de habitaciones». El nuevo cornúpeta creería que era la cubana, arrepentida, y abriría nada más escuchar el timbre; bien con ojos de cordero degollado, dispuesto a ser condescendiente y perdonarla; bien haciéndose el duro y dejándola pasar sin decir una palabra. Pero abriría, eso estaba clarísimo. Conque amartillé la pipa y le quité el seguro. ¿Cuántos timbrazos? ¿Uno, dos, tres y repique, o una pequeña melodía? ¡Que le diesen! Pulsé con rabia dos veces.

Lo que no esperaba es que Abellán fuese un macarra de mierda y al abrir intentase joderle un ojo a la cubana soltándole una hostia. No tuve más remedio que darle un trompazo con el cañón en la frente. Entró trastabillando de espaldas por el recibidor, sin decir ni pío, tropezó con una maleta y amortiguó un buen cabezazo al caer sobre la cama. Entonces repetí la operación con dos golpes más entre los cuernos y le di una buena patada en la huevera. Se quedó seco. Cerré la puerta y le puse las gafas sobre la nariz, que se llenaba con la sangre que le manaba de la frente. Con las gafas era mi Alfonso Abellán. ¿Dónde demonios estaba la pajarita? Hubiese sido perfecto sorprenderle con la pajarita puesta. Pero tenía todo el

tiempo del mundo para colocarle el *atrezzo* antes de enviarle al infierno, al círculo reservado para los malos críticos y los profesores resentidos.

Durante cosa de diez minutos, mientras el tipo pasó del más absoluto sopor a interpretar una salmodia de lamentos, tuve tiempo para reconstruir el argumento del melodrama que había tenido lugar en aquella habitación. Una historia a la manera eterna de Lubitsch. Una ducha al llegar: ahí estaban las toallas alfombrando el cuarto de baño. Una buena cena: los copiosos restos sobre la mesa y la botella de champán totalmente vacía, fuera de la cubitera. Y luego, de postre, un polvo antes del lío, o de la desaparición silenciosa de la fulana por el foro, como el fantasma del Comendador. Más bien esto último, porque no había indicio de bronca ni desperfectos, ni almohadas por el suelo, ni el edredón colgado de la lámpara. La maleta de él se encontraba cerrada. Una de las bolsas de viaje, la de la pasta, mostraba el color agradable de los fajos de quinientos euros para pasar una larga luna de miel en el Caribe, por ejemplo. Resultó ser Río de Janeiro, como indicaban los billetes guardados en la cartera de Abellán. Muy original. ¿Qué se podía esperar de un escritorzuelo de tres al cuarto? Se aproximaban los carnavales.

Fue entonces cuando recordé que no había comido nada durante las últimas veinticuatro horas, ¿o eran más? No quise pensarlo. Los últimos dos días andaban por el limbo y no tenía ganas de comerme el tarro. Le hice los honores a la desgana de la pareja: unas tostas con *foie*, dos lonchas de *roast beef* y una buena ración de patatas fritas, frías, que me recordaron a mi madre. Abrí el mueble bar y me bebí, de un solo trago, una lata de
Coca-Cola
que me hizo eructar con placer. Antes reparé en que mi chupatintas de mierda comenzaba a ser presa de una serie, cada vez más rápida, de convulsiones. Comenzó a vomitar sangre. Lo puse boca abajo para que no se me ahogase; agarré la treinta y ocho y, sin cerrar la puerta del cuarto de baño, comencé a aliviar el vientre. La
Coca-Cola
de marras era como el Laxen-busto que me daba mi madre cuando andaba estreñido. ¿A qué cuento venía, ahora, el recuerdo de mi madre? ¡Fuera fantasmas! Tenía que concentrarme en mi víctima.

Aguardar a que se recuperase para decirle lo que tenía metido en la cabeza hacía ¿cuánto?, ¿diez, quince años? ¿Cómo no iba a pensar en mi madre, en las patatas frías de la cena y el huevo pasado por agua, en las noticias de la radio en la cocina helada, y en los deberes, en la beca y el padre Ridruejo? Me reí. El padre Ridruejo, ese cabrón, debería estar ahí afuera, con Alfonso Abellán, ahogándose en sus vómitos de bilis y agua bendita. Genitivo de *die: diei. Volo*: irregular, *volo, vis, vult. Hic rebus confectis, Caesar misit duquem in Galia*. Casi me quedo dormido sobre la taza del váter.

Al regresar al dormitorio sentí un escalofrío. Abellán estaba tieso. Lo volví a poner panza arriba. Me había pasado de rosca. Aquella máscara ensangrentada, con un par de agujeros en la frente, estaba más muerta que Carlos de Arce. Y me miré, de inmediato, los calzoncillos. Nada. Limpios. En cambio, la camisa que me devolvió el espejo era el mapa de un archipiélago rojo. Arrojé el cuerpo sobre la moqueta y me dejé caer sobre el lado limpio de la cama. No tardé más de tres minutos en quedarme profundamente dormido. Y no soñé.

Domingo, 2 de febrero

11

El dos de febrero amaneció nevando en Pinoso. Paula Sirvent, la sargento de la policía municipal, miró su reloj y volvió la cabeza hacia su compañero de patrulla, Tito Lozano, que limpiaba el vaho de los cristales del coche.

—Quedan cinco minutos para que acabe el servicio —dijo.

Tito, a través del círculo que había despejado en la ventanilla, vio a la Merche que se agachaba para levantar la puerta metálica de su establecimiento, La Luna. *Snack*-Bar-Cafetería. En aquella postura, la Merche, ataviada con unos estrechos pantalones de pana y un corto anorak forrado de piel, lucía su enorme y bien formado trasero en todo su esplendor. Tito no pudo reprimirse:

—¡Qué buena está la Merche!

—No está hecha la miel, etcétera, etcétera —contestó con cierto laconismo la sargento.

—¡No me jodas, Paula!

—Lo que yo te diga —concluyó Paula, guiñándole un ojo.

Tito Lozano no pudo reprimir una carcajada.

—¡Venga, no me irás a decir que estás celosa!

—Te lo digo. Anda, vamos a cerrar el estanco y a ver qué nos prepara la Merche para desayunar. Son las nueve. Tengo hambre y sueño, por ese orden.

Bajo una ligera lluvia de copos que se deshacían al caer sobre el asfalto, los dos policías se dirigieron a La Luna. Tito, como impulsado por un resorte, recompuso su cerebro, se metió dentro de la disciplina policial y se hizo inmediatamente a un lado para dejar pasar primero a su superior al interior del local. Paula se lo agradeció con una sonrisa cómplice. Se conocían desde niños y habían ido juntos al instituto y a la academia. Dentro del Cuerpo, durante el trabajo, en los turnos que compartían, Paula era la

sargento. Fuera de él o en la intimidad del servicio, eran los amigos de siempre. Tito, que en alguna ocasión creyó estar enamorado de Paula, sabía y aceptaba su lesbianismo con plena naturalidad y guardaba el secreto como si fuese el único en saberlo. Medio pueblo, si no estaba al tanto de la cosa, lo sospechaba. Y a Paula le importaba un carajo el tema, mientras nadie se atreviese a proclamarlo o hiciese la más mínima insinuación. Podría partirle la boca sin el menor reparo.

La sargento, por su parte, conocía la vida y milagros de Tito: los días que echaba un polvo a Marieta, su mujer; los que comía arroz con caracoles o se hinchaba a gachamiga; los que tenía que llevar al niño al pediatra o a la suegra al médico. Muchos sábados, Paula, si no tenía plan, cenaba en casa de los Lozano.

Después de tomar sendos cafés con leche, un par de tostadas con aceite y tomate y un pincho de tortilla, la Merche le dio la noticia a Paula.

—¿Sabes quién se descolgó anoche por el local?

—Ni idea.

—Pues agárrate que viene curva: el Florito.

—¡Qué me dices!

—Lo encontré bien —dijo la Merche en un tono tranquilizador, sacando la vena maternal que guardaba para los clientes de la casa —. Está limpio, me lo juró por sus muertos.

—¿Y le creíste?

La Merche se encogió de hombros.

—Tampoco me dio pie a pensar lo contrario. Se tomó un cubata, jugó un rato al billar y a eso de las doce se largó a su casa.

—¿Preguntó por mí? —quiso saber Paula. Comenzaba a picarle la curiosidad que un tipejo así volviese a aparecer por el pueblo después de todo el follón que montó la última vez. A lo mejor era masoca y le iba la marcha.

—No, por este —la Merche señaló a Tito elevando su mentón.

—Aún le deben doler las hostias que le metí la última vez.

—Lozano, eso no son formas —amonestó la sargento.

—Lo siento, soy un bocazas… Un bocazas que tiene que cambiar el agua al pajarito.

Paula lo miró con el ceño fruncido mientras su compañero atravesaba el solitario local y se dirigía hacia los servicios, más allá

de las mesas de billar. Cuando lo vio desaparecer por el pasillo, se quitó uno de los guantes y extendió la mano sobre el mostrador. La Merche se la cogió y la miró con dulzura.

—¿Mala noche?

—Aburrida, más bien.

—¿Eres capaz de aburrirte con Tito?

—Me aburro sin ti. Tú, en cambio, te diviertes hasta con el capullo del Florito y la panda de leocadios que vienen por aquí. ¿Hubo ambiente anoche?

—Poca cosa —dijo la Merche besándole los dedos—. El frío se deja notar. Si la cosa sigue así, a lo mejor cierro unos días y me voy a las fiestas del pueblo. Hace siglos que no voy.

—¿A Sax?

—¿Adónde si no? Es mi pueblo, nena. Y el pueblo tira.

—Joder, Merche, eres una trotamundos: Sax, Biar, Pinoso.

—Lo que tú digas: Londres, París, Tombuctú, ¡no te jode! Soy una puta internacional.

A Paula se le fundieron los plomos de la ternura y fue ella quien se llevó la mano de la Merche a los labios.

—¿Nos vemos esta noche? —insinuó.

—Tú misma, señora sargento.

Paula desvió la mirada hacia los lavabos y volvió a ponerse el guante al divisar a Tito. Lo señaló con el índice y, alzando la voz teatralmente, exclamó:

—¡Ahí viene el pagano! Hoy la mosca del almuerzo la suelta el señor Lozano.

Tito se quedó clavado en el centro del local.

—Yo, Merche, como la Guardia Civil: ni pago ni sonrío.

Paula levantó el puño recién enguantado.

—Sí, resulta muy difícil sonreír cuando a uno le han partido el labio de un sopapo.

—¡Adoro al sexo débil!

12

Quien dijo que en Alicante hacía siempre buen tiempo o no tenía ni idea de nada o era un turista (preferentemente madrileño) que lo único que conocía de la provincia eran las playas de San Juan y el perfil neoyorquino de Benidorm.

Lo primero que sentí al abrir los ojos fue el silencio: un silencio hondo e inquebrantable, como si el mundo todavía no existiera; ni pájaros ni coches, nada, nadie. Estaba dentro de un habitáculo completamente blanco no solo por la nieve que cubría el parabrisas, sino sobre todo por el vaho que había empañado los cristales.

Llevaba ya dos días seguidos durmiendo en el coche y comenzaba a estar harto. Además, hacía mucho frío y el cuello se me estaba cargando por la mala postura; no muy lejos vislumbré la amenaza de la tortícolis. Abrí la puerta al tiempo que evitaba los puñados de nieve que se desprendían del techo. Me recibió una mañana blanca y desagradable. Aunque tenía la vejiga a punto de reventar, pensé que si me ponía a orinar me iba a quedar más tieso que un pajarillo. Decidí esperar a mejor (y más cálida) ocasión. Calculé que la nieve tendría un espesor de dos dedos. Aunque ya no nevaba, el cielo gris y silencioso era el heraldo de malas noticias. Arranqué el coche y los limpiaparabrisas me facilitaron la visión. Eran las nueve y cuarto: ni pronto ni tarde, teniendo en cuenta que era domingo y que si estuviera en mi cama y viese por la ventana el aspecto blanco de los tejados, me volvería a acostar. Tampoco deseaba quedarme en el polígono industrial. Si el tiempo empeoraba, no quería llamar la atención cuando no pudiese mover el coche.

Con mucho cuidado, hice avanzar el vehículo hacia el casco urbano. No encontré ningún viandante a quien poder preguntar dónde hallar un bar y desayunar para despertarme del todo. Pasé

dos semáforos y giré a la izquierda para acceder al centro de la población. La silueta alta e imponente del campanario era mi única referencia y, también, un presentimiento: la iglesia debía de estar en la plaza y no había conocido ningún pueblo por pequeño o grande que fuera que no tuviera un bar en la plaza.

Ascendí por una calle medianamente empinada que me hizo doblar a la derecha: era una costana con coches estacionados a la izquierda. Conseguí aparcar casi al final de la calle, a los pies del campanario y a la espalda de la iglesia.

Tuve que armarme de valor para abandonar la calidez del vehículo. Bordeé la fachada de la iglesia pisando una capa fina de nieve que me hacía caminar con miedo a resbalar; los coches aparcados me servían de muletas en las que apoyarme.

No había errado: frente a la iglesia, al lado del ayuntamiento, encontré un bar.

Pedí un vaso de leche caliente y un par de cruasanes. Mientras me servían, aproveché para ir al aseo, echar la meada que estaba a punto de rezumarme por las orejas y lavarme la cara con agua tibia.

Me atendió una muchacha joven y guapa, aunque visiblemente cansada. Quizás no había podido dormir mucho la noche anterior. Yo parecía ser el primer parroquiano del día. Tras acabar con los cruasanes y la leche, me regalé con una copa de anís.

—¿Quiere hielo?

Miré el exterior a través de los ventanales que daban a la plaza. La fuente tenía el agua del pilón helada; quizás se había congelado también el caño.

—Mejor no, no.

Como vi que la moza sonreía, me decidí a preguntar. Tampoco podía pasarme allí media vida. Nunca pensé que el viejo idiota pudiese salir con buen pie del club de golf, pero yo necesitaba terminar cuanto antes mi trabajo y desaparecer por un tiempo. Trabajo hecho no corre prisa.

—Verás —comencé—, estoy buscando a un amigo. Sé que vive aquí, se llama Jaime, Jaime Barceló.

—¿Es amigo suyo?

—Sí, hicimos la mili juntos y sé que vive en Biar… Pero no tengo ni idea de su dirección.

—¿Jaime Barceló?

—Sí.

Dudó un momento. Miró distraídamente a mi espalda, como si la máquina de tabaco tuviera la respuesta a mi pregunta.

—No sé. No me suena. —Quiso disculparse. A lo mejor es que la máquina le había fallado—. Es que yo no soy de aquí, ¿sabe? Vengo solo a trabajar y cuando termino me vuelvo a Villena. No conozco a mucha gente del pueblo.

—Bueno, no importa.

—Si espera un poco, a lo mejor mi jefe, cuando llegue, puede ayudarle. Él sí es del pueblo, ¿sabe?

Me encogí de hombros. Tampoco había nada mejor que hacer; además, con la nieve, el frío y el hecho de que era domingo tenía serias dudas de poder encontrar a alguien por la calle. La gente buena y sensata suele quedarse en casa en torno a la mesa camilla y el brasero o junto a un buen fuego en la chimenea. Tomé la copa de anís, un periódico que había sobre la barra, y me senté en una mesa junto al ventanal.

13

A las diez y media de la mañana, bien duchado, recién afeitado, tras un masaje con Vetiver de Puig y vestido con la ropa sin estrenar que llevaba el profe Alfonso en la maleta, puse unas mudas, un par de camisas y otro jersey dentro de la bolsa de los billetes, la cerré y me miré en el espejo. La pajarita me sentaba fatal, pero me la guardé, sin saber por qué, en el bolsillo de la chupa de cuero. Me sentía totalmente vacío por dentro. Saqué la treinta y ocho y me la puse en la sien con intención de poner punto y final a la historia. Después decidí colocarme el cañón en la boca, cerrar los ojos y ¡pum!, «Adiós Rafael, mi amol». Pero entonces se me cruzaron los cables, me volví y ¡pum!, esta vez de verdad, le solté un balazo al fiambre de Alfonso Abellán en el pecho. La habitación retumbó. Agarré la bolsa y, antes de salir, le dije:

—Ahí tienes la fecha exacta de la *Carta Magna* de Inglaterra, ¡cabrón!

Cogí el ascensor, descendí hasta el vestíbulo del hotel, todavía abarrotado de gente, y salí a la fría mañana, no sin antes subirme la cremallera de la chupa.

Por unos momentos dudé entre echar a mano derecha, en dirección al puerto, o dirigirme en sentido contrario para perderme en el corazón de la ciudad. Experimenté un ligero mareo, un gran vacío: ¿qué coño me importaba la derecha o la izquierda, el centro o el infierno? Estaba totalmente zumbado. Y tiré hacia el puerto, en busca de la Explanada, del mar y los barcos. Por primera vez en la vida no tenía absolutamente nada que hacer y el mañana era un borrón tan neblinoso que no existía. Eso creí. Al menos hasta que introduje la mano en el bolsillo y palpé el móvil de la cubana. Entre la lluvia se encendió la luz de un sentido que ponía en marcha el calendario. Bendita suerte. El teléfono de la tipa me unía al ayer, al

aparato de su amante, Rafael, que estaría en el bolsillo del Socio. Y ¿dónde coño estaba el Socio? Me reí, sin poder imaginar su paradero. A pesar de todo, me caía bien. Si la suerte continuaba de mi lado podía darle un susto de cojones. Bastaba con mirar la agenda del aparato: ¿Rafa?, ¿mi Rafa?, ¿Rafael Abellán?, ¿casa?, ¿amor? ¿Cómo lo habría registrado? Sonaría el himno del Real Madrid y el Socio, cauto, lo dejaría interpretar hasta que saliese la voz solicitando el depósito del mensaje. El coco se le pondría en marcha como una locomotora consumiendo adrenalina hasta el momento en que se decidiese a abrir el buzón de voz y ¡cataplam!: «Soy tu Sabio, socio, tu Sabio Salomón: corre, corre, que te pillo».

No lo pensé más. Busqué el número del suicida. Solo había un Rafa. Marqué. Fueron necesarios ocho o diez tonos para que saltase el contestador.

—¡Te voy a joder vivo! —le grité. A estas alturas de la película, con distancia por medio y la bolsa a rebosar de billetes, el enfado era solo paripé, pero ¡qué leche!, me divertía meterle el miedo en el cuerpo—. Entérate, tío listo: ¡cuándo te coja voy a darte una patada en los cojones que te voy a arrancar la cabeza de cuajo! ¿Lo captas?

Luego colgué y tuve que apoyarme en una fachada mientras me reía a carcajadas.

Sentado, ante la cristalera de un café del espigón de Levante, tras pedir un batido y una ensaimada, por hacer gasto, me entretuve un rato mirando la lluvia que caía entre los mástiles de los barcos y la Explanada, rizando, levemente, las aguas inmóviles de la dársena. Luego me puse a trastear el móvil. ¡Coño! La cubana tenía un número cuyo nombre me pareció tan familiar como excitante: Jaime Barceló; o sea, el muerto de mi socio. El mundo era un pañuelo. Y más abajo, «Barceló, casa». Le di a la tecla verde. Diez segundos y la voz de una mujer —la viuda, me dije—:

—¿Sí? —Escuché.

—¿Hablo con Pinoso, es usted María, de Pinoso? —Ensayé.

—No, lo siento, se ha equivocado.

—¿No es Pinoso? —insistí.

—No, esto es Biar, se ha equivocado.

Pi pi pi pi…

Esto del móvil era la hostia. Biar.

Al apagar el aparato sentí que la sangre volvía a correr por mis venas y que valía la pena estar en este mundo, con una chupa de cuero y una cuenta corriente de cojones en una bolsa de viaje. Al levantar la vista hacia la cristalera, no pensé lo mismo. Casi me cago encima. El Bolas y el Luciano, con sus narices pegadas al vidrio, hechos unos zorros, me hacían señas bajo la lluvia, sin parar de reír.

14

La suerte, que bajaba veloz por la autopista de la vida, giró de pronto y se coló en un callejón repleto de contenedores de basura para perderse en un laberinto de escorias, cadáveres de gatos y pura mierda. Se me heló la sangre en las sienes, e hice un gesto idiota con la mano, tratando de esbozar una sonrisa y de disimular el canguelo. Pero la imagen de los dos tarados, frente al ventanal, no se esfumó. El Bolas besó el cristal y dejó en él la huella de sus asquerosos labios, implantada como una pegatina de vaho; mientras el Luciano salía de encuadre para buscar la entrada del local con la intención, seguro, de mostrar sus efusiones en carne y hueso. Durante los veinte segundos que tardó en entrar, pensé la biblia en verso glosada por el mismísimo Lutero. Nada de achantarse. No hablar de la pasta que llevaba encima, salvo peligro de muerte. Darles el esquinazo a las primeras de cambio. O meterles un rollo, llevarlos a la escollera y soltarle un tiro a cada uno. Mucho lío. Demasiado difícil, porque iban trompas perdidos, después de una noche en blanco. ¿Dónde? ¡Dónde coño iba a ser: allí, justo al lado! Ni Benidorm ni leches: en el Casino, a la entrada del espigón. A lo mejor tenían ganas de bronca. ¿Otra solución? Encandilarles con la pasta como maniobra de distracción. Muy arriesgado. Más rápido que el viento —o sea, que Robert Taylor— saqué un fajo de billetes de la bolsa, volví a cubrir el resto con la ropa y lo coloqué en el bolsillo exterior de la chupa. En el interior, llevaba los euros que me habían regalado la noche anterior. Además iba demasiado guapo, un cante de ropa. Las pelas podían ser un cebo.

Dios ahoga, pero no aprieta. Mentira: estrangula. Los caminos del Señor son inescrutables. Ni el papa sabía esta verdad mejor que yo, ¡y eso que era infalible! No me libré de los abrazos y los besos de rigor, de la exclamación del Bolas al reparar en mi aspecto

acicalado. Tampoco pude evitar que volcasen el vaso del batido ni que el Luciano tirase una silla al intentar sentarse. Pero este país se había vuelto muy inglés durante los años que había pasado en la trena. Además, solo estaban ocupadas dos o tres mesas, y bastante alejadas. Hasta el camarero se hizo el sueco y miró discretamente hacia otro lado. Cuando los tuve sentados, alcé la mano con todo el aplomo del mundo y llamé al camata.

—¿Qué quieren mis mendas?

—Jalar —balbuceó el Bolas. Apenas le salía la voz.

—Yo un *whisky*. Estoy de canapés hasta el culo —apuntó el otro —. Libros, nos han limpiao los joputas del Casino. Doscientos cincuenta talegos antiguos.

El Bolas, con ojos vidriosos, se me acercó y palpó mi chupa.

—Buen género, macho. Te has fundido la pasta de anoche, ¿eh?

—Ni hablar del peluquín —respondí echando mano al bolsillo interior y poniendo el fajo sobre la mesa.

El Bolas hizo ademán de arrebatar el botín, pero retiré la mano, de nuevo, como Robert Taylor.

—Se ve, pero no se toca —anuncié, consciente de que el farol podía salir muy mal.

—¿Y la chupa, y esa bolsa? —preguntó el Luciano.

—Un golpe de suerte. Un negociete que tuve anoche en el hotel.

—¡Qué tío! —exclamó el Bolas, estampándome un beso en la mejilla—. ¡Este es mi Libros!

—El Libros tiene pasta para los tres —añadí lanzándome al vacío, sacando de nuevo el fajo de billetes y volviéndolo a guardar con toda celeridad—. Un buen asunto, aunque, la verdad, no sé si os encontráis en condiciones.

Los colegas se miraron con codicia, aunque no sé si lograron verse. Estaban muy cocidos. Afortunadamente, llegó la comanda y el Bolas se lanzó sobre el bocata de catalana como un auténtico caníbal. Con la boca llena, no podía hablar. Lo hizo el Luciano y la historia no podía ser más previsible. La noche anterior, nada más dejarme, habían dado con un atasco en el parque de Canalejas. Olía a control policial. Mucha sirena, y el buga cantaba La Traviata. Si la pasma no los había pillado todavía era por el lío del atentado. Así que dejaron el BMW en una travesía de la calle San Fernando. Muy cerca de un puticlub. A la una estaban, bien follados, en el Casino,

probando suerte con la ruleta. A las ocho salieron con ciento veinte euros de mierda («Sí, de mierda», confirmó el Bolas con la boca llena) y se habían metido en el Lytton, a tomar algo y echar una cabezadita en un reservado, al fondo del local. Después, al Bolas se le ocurrió la idea de buscar un buga por el puerto y hacerse con un poco de pasta atracando a algún turista del Meliá. El Bolas, sin dejar de masticar, ratificó sus intenciones palpando la pipa que llevaba en el bolsillo. Eso había ocurrido momentos antes de encontrarme.

—¿Y lo tuyo? —masculló el Bolas.

Inventé rápido. Un negocio a medias con un antiguo convicto al que no conocían. El Socio, dije. Estábamos citados en el hotel y me dio un adelanto por un trabajo por el que podía sacar unos cincuenta mil euros. Pero no podía hacerlo solo, por el momento. La faena estaba lejos de Alicante y yo no sabía conducir. Llegar en taxi al lugar del negocio podía ser un cante muy fuerte. Me encontraba dándole vueltas a la cabeza cuando los encontré. Aunque ahora, pensándolo bien, no los veía en forma y no quería arriesgar. Lo mejor que podía hacer era devolverles la pasta de anoche y cada mochuelo a su olivo.

—La pasta —dijo el Bola extendiendo la mano.

Le entregué el dinero, tratando de evitar el sentimiento de alivio que me invadía, poniéndome en pie, haciendo un gesto de malhumor y decepción.

—Entonces —dije agarrando la bolsa—, aquí se despide el duelo.

—De eso nada —dijo el Bolas—. Nos interesa tu negocio, Libros. ¿Verdad, tú?

El Luciano se limitó a asentir y, tirando de la chupa, me obligó de nuevo a tomar asiento. Acto seguido, el Bolas extrajo un billete de quinientos del fajo y se lo entregó mientras se llevaba, significativamente, la mano a la nariz.

—No tardes. La furcia del Casino dijo que a cualquier hora. Ahí, detrás de ese edificio frente a la playa, un bareto, al lado de un chino.

Su amigo, por toda respuesta, se levantó metiéndose el billete en el bolsillo y salió más fresco que una lechuga, como si la trompa se hubiese esfumado en un santiamén.

—Nieve, Libros, nieve —me dijo el colega, palpándome la cara con su asquerosa mano—. Unas rayitas antes de pillar el buga, y tan

despiertos como tú.

Le aparté la mano con mala leche. No me iba a dejar pisar el territorio. ¡No te jode! A la vejez, viruelas.

—La manita en tus huevos, Bolas. El negocio es mío. Eso que no se os olvide a ninguno de los dos. ¡Y mando yo!

El Bolas hizo un gesto teatral de arrepentimiento, juntando las manos y elevándolas en señal de oración.

—Sí, mi Libros. Sí, mi amo. De acuerdo, mi señor. Pero aquí ya no estamos en el talego, ¿verdad?

Que la suerte se había extraviado por un callejón de mierda para perderse en un laberinto asqueroso de vómitos pude confirmarlo una vez en el coche, un Audi Tres, que se había agenciado el Luciano. «A Biar», les había indicado. Pero de Biar nada, monada. Los colegas, en el cruce de la autovía, enfilaron camino de Elche. Las tripas se me revolvieron y se me nubló la vista.

—Pero ¿adónde coño vamos?

—A visitar al Genares, Libros. Somos buenos amigos ¿no? No dirás que no te interesa la salud del Genares… Además, necesitamos descansar un poco y ponernos guapos, como tú.

Como los caminos del Señor son inescrutables, me comí el odio que me hacía verlo todo rojo y decidí dejarme llevar por las vueltas del sendero. Lo que menos me convenía, en aquellos momentos, era llevarles la contraria y poner de manifiesto que me bajaba los pantalones porque me tenían cogido por los huevos. Apreté la bolsa de viaje entre los pies y traté de que no se notase la mala hostia que me reconcomía.

—De acuerdo. El Genares se merece una visita —dije. «Pero vosotros estáis muertos», pensé, recordando que me quedaban cuatro balas en el tambor de la treinta y ocho.

15

Luego, más tarde, de pie ante la cara de asombro de la cubana, comprendí que había tenido mucha suerte, que el presentimiento de que todo iba a salir bien se había cumplido.

Cuando me cansé de leer el periódico lo doblé, me terminé el anís y miré la plaza a través de la ventana. Había gente junto a la fuente y ante la fachada de la iglesia. No nevaba, aunque las ráfagas de viento levantaban la nieve de los tejados dando la sensación de que caían copos, cuando realmente era un polvo blanco irrelevante. Se me había pasado el tiempo volando. También el bar estaba ahora más animado, varios paisanos ocupaban la barra y trasegaban cervezas y algún que otro chato de vino. Miré la hora: las doce y diez. Supuse que aquellos hombres habían acompañado a sus mujeres a la iglesia y luego habían preferido comulgar ante un plato de calamares a la romana.

Fue entonces cuando tuve la corazonada de que la trocha de la vida se convertía en una avenida ancha y expedita: debía entrar en la iglesia, asistir a la misa. Crucé la plaza notando cómo la nieve crujía bajo mis zapatos, pisando firme y con toda la suela para evitar posibles resbalones y caídas.

¿Cuánto hacía que no pisaba una iglesia? Ciertamente no mucho, porque unos meses atrás, en Ámsterdam, después de un trabajo en el Barrio Rojo, me había ocultado durante más de una hora en la Iglesia Vieja, esperando a que el asunto se calmase y la policía desapareciese de la zona. No había sido un trabajo cómodo porque nunca me gustó matar a pleno día, pero así lo había querido el cliente; y como pagaba bien, pues se le servía. Sin embargo, ¿cuánto tiempo hacía que no acudía a un servicio religioso? Ni me acuerdo. Quizás desde antes de salir del pueblo, cuando era un adolescente engreído y maleducado que concebía la religión como

un acto absurdo, propio únicamente de las solteronas beatas y las viejas aburridas. Mucho tiempo después, cuando se casó mi hermana, no pude asistir porque no estaba en el país.

La iglesia de Biar tenía calefacción y el ambiente era cálido. Además, estaba abarrotada. Había estado tan concentrado en la lectura del periódico —era un modo fenomenal de evitar que el tiempo pasase lentamente— que no percibí el gran número de feligreses que debía de haber cruzado la plaza para asistir a la misa.

Encontré un lugar en los últimos bancos y me senté. Lo primero que me llamó poderosamente la atención fue el gran número de niños y jóvenes que ocupaban las primeras filas. El sacerdote —joven y alto, con el cabello rubio y escaso, ancho de hombros, de ojos claros y sonrientes— estaba a los pies del ábside, en el primer escalón de los que conducían hasta el altar mayor. Sostenía un micrófono inalámbrico con las dos manos y hablaba a todos los que allí nos congregábamos, sobre todo a un niño de menos de diez años que estaba de pie a su izquierda. No recuerdo exactamente qué preguntaba, pero sí que toda la iglesia se reía cada vez que el chaval respondía. No era así como yo recordaba mis visitas a la iglesia: serio, repeinado, sentado en silencio entre mi madre y una tía muy mayor y soltera que vivía con nosotros; la iglesia sumida en una semioscuridad que contagiaba a los feligreses y parecía pintarlos con tonos grises y tristes; la voz seria y recriminatoria del cura —¿cómo se llamaba?— hablando desde el púlpito, sin micrófono alguno, forzando la voz para que llegara hasta las últimas filas de la nave central, para que nadie se perdiese ningún detalle de los castigos que recibirían los pecadores en la caldera de Pedro Botero. No era un recuerdo agradable, por eso ahora, durante unos minutos, me sentí recompensado: había cambiado mucho la misa o, quizás, la iglesia de Biar había sido afortunada con un tipo como aquel.

El niño se sentó, el cura habló unos minutos más y luego continuó la celebración. Yo me limité a imitar al resto: me levantaba o sentaba cuando todos lo hacían, intentaba repetir lo que decían (¡me sorprendí cuando me di cuenta de que todavía recordaba muchas respuestas!); asistí serio y con la cabeza gacha a la consagración del vino y el pan; estreché la mano al tipo recio y sonriente que me alargó su brazo cuando llegó el momento de darse

la paz. No comulgué: ¡tampoco había que tensar mucho la cuerda!

Permanecía sentado, con la espalda reclinada contra la dura madera del respaldo, cuando advertí cómo un enorme policía municipal, con la gorra en la mano, entraba precipitadamente en la iglesia. Se detuvo unos bancos más adelante. Su voz era tan grande como él —si no pesaba más de ciento veinte kilos no pesaba ninguno—, así que no tuve ninguna dificultad en escuchar perfectamente sus palabras:

—¿Está Susana aquí? ¿La habéis visto?

Hablaba a un matrimonio de mediana edad que se había pasado más de media celebración procurando que su niño de tres o cuatro años se estuviera quieto y sentado. No lo habían conseguido, claro.

—¿Qué pasa, Tolín? —dijo el hombre—. ¿A qué Susana buscas?

—¡Coño, Manolo! Pues a Susana…, la de Barceló.

Ahora el hombre asintió en silencio. Cuando escuché el apellido supe que Dios me había premiado por decidir visitarlo en su casa.

—No sé. No la he visto.

—No ha venido —zanjó la mujer. Sujetaba el brazo izquierdo del niño que intentaba zafarse de la presión materna y ponerse de pie en el banco—. Seguro. Ella siempre se sienta cerca del pasillo, con sus padres…, y hoy no hay nadie, ¿ves?

El policía asintió con vehemencia, dio media vuelta y emprendió el camino de la puerta mientras ya comenzaba a calarse la gorra. Era mi oportunidad: debía seguirlo. Tenía la certeza de que era el único modo posible de localizar a mi clienta y zanjar nuestro asunto. Tanto me daba conseguir el dinero del tal Rafael o Alfonso como el que debía cobrarle a mi clienta después de haber despachado a su molesto y pseudoculto marido.

Salimos a la plaza. El poli dobló a la izquierda. Aunque iba a paso rápido, su enorme envergadura le impedía moverse con ligereza. No me costó ningún trabajo seguirlo a veinte o treinta metros, como un turista paseando y admirando las calles del pueblo. De todos modos, iba tan ofuscado en sus ideas que caminaba como un ciego, sin percatarse de nada. Giró otra vez a la izquierda y descendimos por una callejuela estrecha y escalonada. A punto estuvo de estrellar sus ciento y pico kilos contra el suelo, pero eso no le hizo aminorar el ritmo. Me di cuenta de que nos encaminábamos a la calle empinada donde yo había aparcado el

coche. ¡Vaya suerte! Justo unos metros más abajo, el poli había estacionado el coche patrulla. Subimos los dos a nuestros respectivos vehículos y, cuando pasó por delante de mí, lo seguí.

Al final de la costana, la calle dibujaba una curva a la izquierda. Tras trazarla, el poli dobló a la derecha y se dejó caer por una calle ancha, franqueada por solares y bancales cubiertos de nieve. Llegamos a una carretera. Habíamos abandonado el centro del pueblo y el poli giró a la izquierda. Seguimos por la carretera —donde la nieve se había convertido en un puñado de hielo triturado y acuoso— hasta coger un desvío a la derecha. Cuando me di cuenta, estaba en una especie de urbanización con grandes jardines cercados por muros de piedra y verjas de hierro. Quizás la Susana a la que había aludido el gordo no era mi clienta; o tal vez no se dirigía a la casa de la mencionada. Podía haber errado el tiro, pero una voz interior —la que nunca solía fallarme en los momentos más críticos— me repetía una y otra vez que iba bien encaminado.

El coche del poli se detuvo junto a la acera de la izquierda, ante una valla de hierro forjado semioculta por unos setos blancos por la nieve. Yo paré detrás de un Ford Escort. Bajé las ventanillas y observé cómo el tipo emergía con dificultad del interior del vehículo, como si fuera un buzo saliendo a la superficie después de una larga inmersión.

Y entonces llegaron los fuegos artificiales. ¡El acabose, vamos! Fue como si me hubiera tocado la lotería. El tipo tenía ya el brazo extendido y el dedo a punto de pulsar el timbre cuando, con un frenazo, paró a su altura un todoterreno rojo. La cabeza de una hermosa mujer salió por la ventanilla.

—¡Cristóbal, mi amol!

—¡Joder, Estrella Esperanza! ¡Qué susto me has pegado, rediós!

Supe, con la convicción que tal vez posean los santos o los anacoretas ante la revelación o la manifestación corpórea de su dios, que la mujer aquella era la cubana de marras, la que había sembrado mi móvil (tampoco era mío, claro, ni del Sabio) de mensajes de ira —primero, cuando había decidido abandonar a su esposo y fugarse con su cuñado—, de remordimiento —después, cuando había querido compensar al marido cornudo con pasta gansa— y, finalmente, de arrepentimiento total y ¿sincero? —Luego, la pasada madrugada, cuando había decidido volverse atrás,

plantar al cuñado y regresar a los brazos del sufrido, cornudo, paciente y (ella no lo sabía, claro) muerto esposo—. Porque estaba tan claro como el agua que el fiambre que habíamos tirado al aljibe de Pinoso no era el de Alfonso Abellán, sino el de su hermano Rafael. Era eso tan evidente como que el gilipollas del Sabio no se había cargado a nadie aquella tarde —aunque me había hecho creer que sí— y que la cubana, dentro de su flamante todoterreno, no iba a encontrar a nadie en su casa.

—Voy pa la casa, Cristóbal. —Mientras yo le iba dando vueltas al coco, aquellos dos seguían hablando—. ¿Está muy mal el camino con tanta nieve?

—¡Qué va! Sin problemas. Por cierto, vaya lío lo de Pinoso. ¿Lo sabe ya Rafael?

Observé cómo la piel morena de la cubana se ponía más blanca que el culo de un escocés de los High Lands.

—¿Lo de Pinoso?

El gordo comprendió que la mujer no sabía nada, que había estado aquellos dos días en el limbo y que él era el más indicado para dar novedades, porque para eso llevaba el uniforme y la gorra reglamentaria.

—Un follón de aúpa. Se cree que tu cuñado Alfonso está muerto. —Conforme el poli iba largando, el rostro de la mujer pasaba por toda la gama de colores pálidos. Desde luego, el gordo no era el colmo de la sutileza—. Intentamos decíroslo, pero no había nadie en casa.

—Hemos estado fuera, de viaje…

Como hubo un momento de silencio, la cubana aprovechó para meter la cabeza otra vez dentro del vehículo, soltar el freno y continuar. El gordo se encogió de hombros y llamó al timbre.

Ya sabía dónde encontrar a mi clienta. Ahora mi obligación era seguir al todoterreno rojo.

Después de casi un kilómetro por caminos de tierra, que aquella mañana eran de nieve, agua y barro, la cubana se detuvo delante de una casa alargada, de dos plantas. No tenía cerca ni valla, únicamente unos escalones que conducían a una marquesina que ocupaba media fachada. Frené detrás del todoterreno y descendí.

La cubana se acercaba a la casa cuando la llamé.

—¡Señora, por favor!

Se dio la vuelta y me miró sorprendida, haciendo un esfuerzo por intentar reconocerme. Estaba claro que la mujer ya había adivinado que era Rafael el fiambre de Pinoso. Y yo también tenía claro que no iba a la casa para asegurarse de una verdad tan obvia: quería recuperar el dinero que ya nadie iba a utilizar.

—Tengo prisa, señol —dijo muy educadamente—. Ahora no puedo atendel-le, mi amol. A mí todo eso del Señol y de la Resurrecsión final no me dise nada, la veldad.

La fulana me había tomado por un testigo de Jehová. Lo que me faltaba.

Levanté el brazo izquierdo y le mostré el teléfono móvil.

—¿Es suyo este teléfono, señora?

¡Era rematadamente guapa, la condenada! Incluso temblando de miedo y con los nervios a flor de piel. Desanduvo unos pasos y se acercó para observarlo mejor.

—¿Cómo es que usted…?

No pudo continuar.

—No —dije. Me lo estaba pasando bien, claro. Estaba comenzando a disfrutar con mi trabajo e intentaba darle unas pinceladas de estilo. Matar a alguien no ha de ser obligatoriamente algo repugnante—. Creo que no es suyo. ¿No será de su marido?

—Rafael…

—Verás, preciosa. —Comenzar a familiarizarse con la futura víctima incluye el tuteo—. Será mejor pasar a la casa, tomar asiento y hablar tranquilamente. Seguro que ahí estaremos más calentitos y, además, evitaremos algún posible mirón.

Asintió lentamente, pero sus ojos la delataron: supe que calibraba la posibilidad de salir corriendo hacia el coche. No iba a permitir que se me escapase.

Ostentosamente, metí la mano derecha en el bolsillo del abrigo y así la pistola. Advertí el asombro en el rostro de la cubana: los ojos alzados y el ceño fruncido, las aletas de la nariz dilatadas, los ojos verdes fijos en el abultamiento alargado que había aparecido en mi bolsillo. Si yo quería emular a Mae West, la mujer me lo había puesto en bandeja.

—No creas que me alegro de verte —dije—, es que llevo una pistola.

16

A las dos de la tarde, cuando la nieve ya cubría algunos tejados, Paula se enteró de la otra noticia. Acababa de levantarse de la cama tras un sueño reparador que se llevó todas las huellas de la noche de guardia cuando su homólogo, el sargento Ambrosio Cuerda, de la Guardia Civil, se lo comunicó por teléfono.

—Menudo marrón nos ha caído, compañera. No se lo puede usted imaginar.

—¿Grave? —preguntó Paula. Se había acostado con la noticia que le había dado la Merche y el tono de voz del sargento Cuerda no le gustaba ni un pelo. Temió que el imbécil del Florito hubiese hecho algún desaguisado: un cajero reventado, un coche empotrado contra un escaparate; el cretino había matado a su madre a disgustos y se había quedado tan pancho—. ¿Es muy grave? —insistió.

—Y tan grave. Todo el pueblo está revolucionado.

Hubo un silencio que Paula tuvo miedo de romper. El guardia civil continuó:

—Han encontrado dos muertos en el aljibe seco de Reata; el grande, ese que está a medio kilómetro de la casa del escritor.

No pudo evitar un bufido de alivio. Al menos el tonto de Floro no se había metido en ningún lío.

—¿Se sabe quiénes son?

—De momento no, pero se sabrá, seguro. Ha sido una chapuza. Les echaron gasolina después de arrojarlos y los medio chamuscaron tan solo. No creo que sea difícil identificarlos, según ha dicho el forense. Pero uno de ellos debe de ser Alfonso Abellán. Desde el viernes por la mañana los vecinos no lo han visto. Claro que tampoco está su todoterreno y usted ya sabe que suele viajar mucho. Estos escritores están casi siempre en cualquier parte menos

en su casa. Lo que es cierto es que tiene todos los números para ser uno de los cadáveres: la estatura, la complexión…

—La cara.

—¿La cara, dice? ¡Quiá! Una masacre, le dispararon en la boca, al parecer, y está hecho un Cristo, irreconocible. Ya era feo, así que imagínese ahora tras un disparo en la jeta, la intemperie y un chorro de gasolina a la que prendieron fuego. Tendrá que ser por el ADN, como en las películas esas de la tele.

—O por la dentadura.

—Ni flores. El tipo no tenía ni un diente suyo.

Por un momento aquella afirmación desconcertó a la mujer.

—Al parecer llevaba dentadura postiza —aclaró Cuerda—. Resumiendo: que ya está en marcha el permiso judicial para registrar su casa.

—¿Y su familia?

—Creo que solo tenía un hermano. Están intentando localizarlo, pero como vive en una partida rural de Biar y es algo bohemio, no han podido dar con él todavía. Al parecer eran tal para cual: dos vividores que no daban cuentas a nadie. En fin, ya veremos.

—No tenga ningún reparo en molestarme en todo lo que necesiten, sargento. Y desde luego, me gustaría estar al tanto de la investigación por si puedo echar una mano en lo que sea.

—Pierda cuidado, la tendremos al corriente, pero no creo que vayamos a tener mucha responsabilidad en el caso. Al parecer se van a hacer cargo los de Alicante.

17

La mujer da un paso hacia atrás y trastabilla, a punto está de caer. Yo permanezco con la mirada fija en sus ojos verdes y la mano en el bolsillo, empuñando la pistola. Hace mucho frío y, cuando hablo, un vaho denso me cubre el rostro.

—Adentro.

Entonces parece volver en sí (como si hubiera estado viajando por sus lejanos mares del Caribe) y asiente.

—No me mate usté, pol favol.

—Adentro —insisto, y muevo la pistola dentro del bolsillo para que la tía se acuerde de que los sentimientos me los he dejado encima del piano.

Percibo el miedo en sus ojos antes de que se dé la vuelta e inicie el camino hacia la casa. Anda lentamente, procurando no partirse los tobillos ni la crisma, haciendo equilibrismo sobre unos tacones de aguja que se clavan en la nieve y el hielo como hierro candente. La sigo con el mismo cuidado: tampoco me apetece medir el suelo, dejarle un resquicio de esperanza por donde pueda salir corriendo, subir al coche, escapar. Se detiene ante la puerta y saca unas llaves del bolsillo. ¿Cómo ha podido meterlas en unos pantalones tan estrechos? Escucho cómo la llave gira. Miro hacia la carretera donde hemos estacionado los coches: nadie, nada. Entraré, invertiré un par de minutos intentando que me diga dónde está el dinero, dispararé y su cuerpo ya solo será un manojo de carne que habrá dejado escapar toda su atracción sexual.

—¡Estrella, Estrella! ¿Eres tú?

La voz viene de dentro. No había contado con eso. Es una mujer. La cubana se ha quedado petrificada, con la puerta entornada. Sigilosamente, evitando hacer ruido, me coloco a un lado para que la mujer de dentro de la casa no advierta mi presencia. Estrella me

mira y leo en sus ojos que está muerta de miedo, que tampoco ella había contado con esta interrupción, que todo se está complicando demasiado, que quizás nunca debió abandonar las calles sucias y estrechas de La Habana Vieja.

—¡Qué locura, qué locura! Ando toda la mañana guardando cosas. Te he cogido el vestido ese granate que tan bien te queda y que a mí me encanta. —La voz del interior de la casa sigue hablando, ajena a todo: a mi pistola, al miedo de la cubana que no se decide a entrar, a la muerte inminente que les asaltará en unos minutos—. Estrella, cariño. ¿Te has enterado de todo? Cristóbal me ha dicho que quizás uno de los muertos de Pinoso sea Jaime.

Y ahora soy yo el que siente cómo la sorpresa trepa por mis piernas y me hace un nudo en el estómago, un poco más arriba del ombligo. Miro los ojos verdes de Estrella, el rictus de su rostro que está intentando detener el grito de ayuda y de angustia. Ahora lo comprendo todo. Pasa ante mí como una película a cámara rápida: reconozco la voz que surge de la casa; recuerdo las dudas de hace unas semanas, a través del teléfono, cuando me encargó matar a su marido; comprendo que la otra voz, la que apenas intuí tras las palabras de la esposa de Barceló, era la de la cubana. Noto la presencia de la otra mujer que se acerca a la puerta; Estrella tensa las aletas de la nariz, arquea las cejas, aprieta la mano que sostiene el pomo de la puerta que continúa entornada.

—Estrella, cariño. ¿Entras o no? Tengo que decirte muchas cosas. Entra, mujer… Que se está helando la casa.

¡Y más que se va a helar!

Un rostro hermoso, con la piel suave y sonrosada, aparece en el resquicio de la puerta. Sonríe: no me ha visto. Cierra los ojos y besa los labios morados de la cubana.

—Ahora estoy libre —dice en un tono sugerente y cómplice. Me parece que le guiña un ojo, pero no estoy seguro porque entre la sorpresa y el frío la vista se me está nublando—. Y creo que tú también, ¿verdad?

Y entonces toda la escena de amor se va a la mierda porque la rubia me ve. Por el rabillo del ojo, pero lo suficiente para dar un respingo y apartarse de su amante.

—¿Pero qué?

—¡Adentro las dos!

Bajar la mirada hacia la protuberancia de la pistola, mirar a la cubana, asentir esta y abrir, esta vez yo, la puerta de una patada es todo un segundo. Cuando ya estamos los tres dentro de la casa —la temperatura de la calefacción se agradece, noto cómo respiro mejor y el nudo en el estómago comienza a deshacerse—, cierro la puerta con una coz seca y contundente. Me gusta mostrar mis cartas desde el principio, no andar con rodeos: ahorra muchos problemas.

—Buenos días, señora de Jaime Barceló.

Mi saludo suena a retintín, pero la aludida sigue todavía *in albis*, es decir, que no tiene ni pajolera idea de lo que está ocurriendo, de quién soy yo, de por qué las estoy encañonando.

—¡Estrella! —Busca ayuda en la cubana.

—Vengo a cobrar lo que me corresponde —comienzo. El recibidor es ancho: una puerta a la derecha que está cerrada, otra a la izquierda entreabierta (creo columbrar el blanco de un retrete), una escalera ante la que hay dos maletas de dimensiones considerables. Las dos pájaras iban a darse el piro—. Puede llamarme Luis, ¿recuerda? Hablé con usted por teléfono.

Entonces la rubia suspira, deja resbalar un poco de tensión (solo un poco, claro) y parece comenzar a atar cabos. Arquea las cejas: uno de sus razonamientos chirría un poco.

—Quedamos de acuerdo en que recibiría el importe a través de una transferencia. Ya le pagué un adelanto.

—Sí, claro… Pero sucede que la cosa se complicó, ¿sabe? Porque no solo ha muerto su esposo, sino también el esposo de esta.

La cubana fingió una sorpresa que no tenía y se mordió los nudillos de la mano derecha. A mí no me la daba: la tía se había liado con su cuñado (¡pero también se acostaba con la rubia! El mundo iba demasiado deprisa. Sería mejor ir pensando en retirarse…) y ahora quería mostrarse como la viuda compungida que no era.

—¿Usted? —insistió la rubia. Estaba visto que la cubana no iba a decir nada. Seguro que era tan buena en la cama que no necesitaba ni abrir la boca… para hablar.

—No, señora. Yo no, pero desde luego el esposo de la morena, aquí presente, está bien muerto. Y quizás a estas alturas lo esté también el cuñado, o sea, el amante.

—¿Alfonso? No puede sel, lo dejé ayel pol la noche en el hotel.

¿Y qué más podía decir yo? No tenía ni idea de cómo había terminado el Sabio, ni tampoco me importaba; pero, por lo poco que conocía al energúmeno, sabía que si había tenido la oportunidad de ventilarse al Alfonso de marras, lo habría hecho.

Miro las maletas —sobre todo una Samsonite rígida, de color verde—, porque la rubia no aparta los ojos de ellas, porque la experiencia me dice que no todo lo que contienen es ropa. ¿Adónde habrían pensado fugarse estas dos bolleras? Ni lo sé ni me importa.

—¿Y el dinero?

Nada. Como si no hubiera hablado nadie. La viuda de Barceló intenta hacer una mueca de ignorancia, de no saber de qué les estoy hablando, pero le sale una birria. Está visto que no vale para actriz. Voy a preguntar una vez más, y si la respuesta sigue siendo la misma, me las cargo y lo busco yo mismo.

—¿Y el…?

«¡Hala Madrid, hala Madrid!…».

¡La madre que parió al tío que inventó el himno de los cojones! Tenía que ser ahora, en este mismo momento. La cubana se sobresalta no solo por la irrupción del móvil, sino porque ha reconocido la tonada, porque sabe que ese teléfono bien puede ser el de su marido (aunque ignora que su rostro es ahora un grumo de carne, medio quemado en un hoyo en medio del campo).

Instintivamente, saco la mano del bolsillo del abrigo —porque el móvil está en el pantalón y porque estoy cansado del dichoso himno— y, antes de coger el teléfono, sé que he metido la pata… como un capullo principiante. Las dos tías han echado a correr como dos liebres azuzadas por un pachón, cada una por un lado, y yo solo he tenido tiempo de ver sus culos esconderse tras las puertas mientras me quedaba como un pasmarote con el teléfono en mi mano derecha (la que unos segundos antes sostenía la pistola). Dejo caer el móvil; por lo menos el himno se ha callado.

—¿Queréis jugar, es eso? —pregunto y grito a un tiempo, ya con la pistola fuera del bolsillo.

Me decido por la puerta de la derecha: es la que ha elegido la cubana. Con esos tacones no podrá ir muy lejos antes de descoyuntarse un pie o de que el ruido de sus pasos resuene por toda la casa. Abro la puerta de una patada y entro en una habitación que parece un despacho. Hay otra puerta a la izquierda.

—¡Tortilleras de mierda, os voy a matar y luego os dejaré en bolas en la calle, para que todos os vean!

A mí no es que me guste mucho emplear palabras malsonantes, pero sé por experiencia que en determinadas ocasiones sirven para atemorizar a la gente.

Cruzo esta nueva puerta y accedo a un pasillo que se alarga a mano izquierda. La cubana es menos tonta de lo que imaginé: encuentro sus zapatos a mitad del pasillo. Otra habitación: un dormitorio. Me entretengo unos segundos comprobando las puertas cerradas de un viejo armario, mirando debajo de la cama. Nadie.

Cuando salgo al pasillo me doy cuenta de que algo ha cambiado. A mi espalda no hay luz. Tardo unos segundos en comprender que están cerrando todas las contraventanas, corriendo las cortinas, bajando las persianas. Hay un interruptor en la pared de mi derecha que pulso y la luz devuelve la claridad. O no son tan listas como había pensado o todavía no han cerrado todas las ventanas. He de aligerar. Dudo mucho que tengan ningún arma en casa (los cuchillos de cocina son muy grandes, pero no cuentan ante mi treinta y ocho).

Paso de una habitación a otra, asciendo unos peldaños. Toda la casa está a oscuras, pero por suerte todavía no han desconectado el automático.

—¡Dios!

Grito porque ha sido pensar lo del automático y la luz eléctrica se ha ido a ver los toros a Salamanca. Nada. Ahora sí que no veo ni jota. Me detengo con la espalda apoyada en una pared. Sé que he subido más de una docena de peldaños. Por una vez, después de muchos años en mi oficio, la cosa pinta muy mal. Camino a tientas, como un ciego, deteniéndome cada tres o cuatro pasos, con los oídos tan concentrados que creo que van a estallar, intentando escuchar el seseo de una respiración, el roce de unos pies sobre el suelo (que a veces es de mármol o de gres, y otras, ¿quizás un dormitorio?, está cubierto de moqueta). Si no hubiera dejado caer el móvil, ahora podría disponer de algo de luz. Qué tonto eres, tío. Tú que no te habías puesto nervioso en toda tu vida, ¿tenías que elegir precisamente el momento menos oportuno? Calla. Silencio. Aprieto la pistola. ¿He escuchado pasos? ¿Hay alguien detrás? Me doy la vuelta, apunto, pero ¿dónde? Tienes que relajarte, macho. Doy dos

pasos más. Alto. Ahora sí, detrás. Hay alguien. ¡Hostia! La ca…

18

La realidad podía, en ocasiones, superar a la ficción. Y, en mi caso, echar días a la basura se había convertido en una especialidad, como el tipo de *El sueño de los héroes* de Bioy Casares. Pero el borrón, en esta ocasión, era toda una serie jodida de borrones enmarañando una tensa vigilia y un sopor intenso, que iban desde la tarde del domingo en que llegamos a El Rifirrafe hasta hacía escasamente unos minutos, cuando me cambié la camisa llena de sangre, me acicalé un poco, monté en el buga, al lado del Genares, que ardía de fiebre como un enfermo de tercianas, y les dije a los colegas que arrancasen. El Bolas todavía estaba temblando cuando sacó la chispa del contacto. Por poco se electrocuta con las gotas de sudor que le caían de la frente. El Luciano era el mudo de los hermanos Marx, pero con la jeta más blanca que una *geisha*. Y a mí…, bueno, a mí la pistola todavía me quemaba en el bolsillo.

La tarde del domingo fue puro desenfreno. Los dos colegas, con el cerebro a rebosar de coca, se habían vuelto majaras en El Rifirrafe que, para mí, se tornó en una caja de sorpresas. Primero, la visita al Genares en uno de los cubículos de la casamata de hormigón, pegada a la parte trasera del bar, medio oculta entre el cobertizo de un viejo gallinero y un montón de bidones vacíos de gasolina, junto al esqueleto herrumbroso de un tractor volcado. Buen sitio, me dije, para enterrar al Genares, que deliraba sobre un camastro, o para esconder cualquier cosa si el asunto se ponía feo. La pasta, por ejemplo.

El Rifirrafe resultó ser un puticlub, pero sin putas. Seis o siete habitaciones para echar un polvo, si ponías tú la tía y pagabas el alquiler. Y el Genares era como una zorra sudorosa después de la faena. Apenas esbozó una sonrisa de alivio al vernos, dijo que se encontraba muy mal y que avisáramos a la familia. Y luego echó la

pota: no era la primera vez, porque a la derecha, junto al jergón, localicé un balde que despedía un olor agrio.

Lo del hueso no era una broma, debía de estar astillado, hecho una calamidad, a juzgar por la pinta del hematoma. Y no era cosa de las «habilidades» —no muchas ni muy buenas, para qué negarlo— del Paco, que se había desentendido del tema.

—Lo tengo calmao con unos porros de marihuana, pero el tío necesita un chute —indicó el macarra, loco por deshacerse del herido.

Nos había recibido con muy mala folla, insultándonos y diciendo que estaba dispuesto a llamar a la pasma o a dejarlo tirado cerca de un hospital. Muy malos modales. Me cayó mal el mazas que, todavía, llevaba el mismo niqui de Lacoste y los vaqueros ceñidos. Debía de sentirse muy favorecido con aquella indumentaria el tío capullo. Mentó, de nuevo, la posibilidad de un chute de morfina, pero eso valía una pasta y él no era Teresita de Calcuta, añadió. El Bolas le dio un billete de quinientos y le soltó:

—A pinchar cagando leches, Paco. Y toma, otros doscientos para que nos prepares un arroz con pata como tú sabes. Hay hambre, prenda.

19

Después del golpe, Susana mantuvo el brazo extendido, temblando, aguantando la respiración. Era un milagro que el candelero de cristal —regalo de boda de unos primos de Rafael— no se hubiera hecho añicos. Durante unos segundos solo escuchó el cuerpo del hombre rodando por la escalera, golpeándose en los peldaños de mármol, algún gemido suelto… Luego nada. Esperó oír un alarido de rabia y dolor que rompiera la oscuridad que lo cubría todo, pero solo le llegó el sonido del silencio y la negrura: ese pitido agudo e insoportable que cubre de pesadillas las noches de insomnio.

Lentamente fue relajando el brazo hasta dejarlo caer. Lo peor había pasado.

—¿Estrella? ¿Estrella?

La aludida no respondió. Por un momento temió lo peor, y sus dedos volvieron a crisparse entre las aristas del candelero. Sin embargo, no había escuchado ningún disparo, tampoco gritos ni llamadas de socorro. Lo cierto es que al menos Estrella había tenido la sangre fría de ir cerrando las ventanas y de apagar el automático. Ella se había limitado a correr como una loca, coger el candelero —porque fue lo primero que encontró en su huida, sobre un aparador— y permanecer escondida detrás de una puerta. Como en las malas películas de miedo. La vida, al final, se limitaba a eso, a una maldita película de serie Z con histéricas gritando y sádicos corriendo pistola en mano.

—¿Estrella? Cariño… Soy yo. Ya pasó todo.

Si la aludida no respondía, comenzaría a gritar hasta quedar afónica.

¡Y la luz se hizo! Cerró los ojos deslumbrada por los destellos de la lámpara.

—Susana, Susana, amol…

La voz venía del piso de abajo. Agachó la cabeza y al ver restos de sangre en un extremo del candelero lo dejó caer y se rompió en mil pedazos de cristal.

—No sé, no sé… —dijo Susana.

Las dos mujeres estaban sentadas en el primer peldaño de la escalera. El hombre yacía tendido ante ellas, bocabajo, desmadejado, con el cuello y el brazo derecho dibujando una postura forzada y antinatural. El charco de sangre ya se había secado.

—Mira, Estrella —continuó la rubia—, ¿por qué no lo dejamos aquí, en la casa? Total, ¿qué más da? Cuando quieran darse cuenta, nosotras ya estaremos muy lejos, en la Cochinchina por lo menos.

—Pos no lo dejamos, mi amol, polque presisamente esta es mi casa. Una cosa es que nos vayamos, polque nos vamos a il, ¿veldad?, y otra muy distinta es que el día que sea se encuentren acá un muerto. Yo sé lo que es vivil con el miedo en el cuelpo, soñando con polis que te vigilan y que te prenden en el momento más inopoltuno.

Susana se encogió de hombros. ¿Qué más daba ya? Muertos por mil, muertos por dos mil. Mientras Estrella le explicaba los detalles del plan, Susana tenía la vista fija en la mano derecha. Todavía creía sentir el tacto frío y resbaladizo del candelero de cristal. Había matado a un hombre. Bueno, a uno y medio. Porque el tonto de Jaime también contaba. Ella no había apretado el gatillo, sino el fulano que ahora estaba más tieso que una mojama a los pies de la escalera; pero había dado la orden, había hecho todo lo posible por deshacerse de él: borrar sus borracheras y sus lamentos, pisotear sus castillos de arena, dejar de escuchar sus quejas contra editores y escritores. Pobre tipo. En el fondo no era mala gente… Un desastre en la cama, ¡eso sí! Miró a Estrella. Le dio un codazo y cuando la cubana se volvió, la besó. No era mala gente su Jaime…, pero tampoco era indispensable.

—Fásil, mi amol. Ahora nos tomamos una tilita o dos. Nos tranquilisamos. No abrimos las ventanas, mejol así y, pol supuesto, nada de contestal al teléfono ni a la puelta. ¡Sea quien sea! Y luego limpiamos todo: la sangre, el candelero…, con lo bonito que era, mi

amol.

—Fue sin querer. No se rompió con el golpe… y fue a hacerlo de la manera más tonta.

—No te estoy recriminando, cariño… —Estrella sostenía el móvil de su difunto esposo mientras hablaba. Lo había recogido a los pies de la escalera—. Envolvemos al tío este ruin con unas mantas que tengo arriba, en el dolmitorio… Total, ya no las va a utilisar nadie. Y cuando ya esté todo limpito, lo calgamos en el tooterreno y pa Pinoso.

Hubo un silencio tenso. Susana se levantó y dio unos pasos procurando no pisar la mancha de sangre.

—Voy al baño.

—¿Estás mal, mi amol? —La otra no respondió—. Mientras te despejas un poco voy a preparal la tilita, ¿hase?

Susana se detuvo ante la puerta del baño.

—Lo que todavía no acabo de entender es por qué hemos de ir a Pinoso.

—Pos está clarísimo, cariño. Sé de un sitio junto a la casa de Alfonso donde la polisía no lo va a encontrar nunca, jamás en la vida, confía en mí. Es un poso muy hondo y que nadie usa porque está medio seco, o seco del todo. No sé. Un día, paseando con Rafa y su hermano, me lo enseñaron. El camino pasa pol el lao. Cuanto menos calguemos con el pendejo este, mucho mejol.

La otra se encogió de hombros.

—Bueno —dijo finalmente—, como tú quieras. Ve preparándome una tila muy concentrada, que ahora salgo. Tengo un pellizco en la boca del estómago que no me deja vivir.

20

Al anochecer, borrachos y ciegos hasta el culo de coca, el Bolas, Luciano y dos parejas veían el partido del Canal Plus mientras el Paco soplaba cañas tras la barra y atendía a la selecta concurrencia. Llegaron dos tías más. Y se armó un pifostio del carajo con las dos fulanas.

—¡Enséñame las tetas! —dijo el Bolas.

Y una de las tías se quitó el abrigo, lo lanzó por los aires, se subió el jersey y le mostró al colega dos melones caídos que comenzó a balancear como si fuera una vaca con hipo. Me debí de despertar en ese momento o mi cerebro se había ido de vacaciones, porque no recuerdo lo que ocurrió entre el arroz con pata y el gol de Raúl. Le dije al Paco que quería una habitación y el mazas me indicó, levantando la barbilla, que buscase uno de los cubículos de la parte trasera del local.

Debí dormir hasta eso de las cuatro de la madrugada y desperté envuelto en un silencio total. Estaba muerto de frío. Lo de dormir es puro eufemismo, como ocurrió la tarde anterior. Navegué, más bien, entre sueños y vigilias plagadas de un millar de ideas y cálculos de posibilidades para salir de aquel antro. Incluso tuve tiempo para mantener una imaginaria y cojonuda conversación con el cabrón del Socio sobre Jim Thompson, rebatiendo todas sus opiniones. Hasta escuché diálogos del talego, de otro tiempo, de otro lugar.

—Hoy en día —decía el Florito—, sin carné de conducir es como estar ciego y paralítico.

Imaginé otras mil maneras de llegar hasta Biar cuanto antes, de recuperar el respeto de los dos tarados que me habían ninguneado y a los que, por el momento, no podía liquidar. El Florito, desde el sueño, desde donde estuviera ahora, tenía razón: sin coche yo era

un paralítico y, además, invisible para aquel par de mierdas. Y aproveché la invisibilidad para dar una vuelta por el cochambroso establecimiento. Ni un alma en el pasillo. Algunos ronquidos procedentes de las habitaciones. En una de ellas, ligeros lamentos. El pobre Genares. Pero, aunque el Genares entraba en mis planes, no estaba de guardia para tomarle el pulso y me había dejado el fonendo en la consulta.

Salí al exterior por una puerta trasera. E hice lo que tenía que hacer: regresar a mi cubículo, coger la pasta y la pistola y esconderlas bajo el asiento de cuero del tractor. Con el tesoro allí, tenía más libertad de movimientos. Antes, de una pila de rollos de papel higiénico, situada entre cajas vacías de cerveza, al lado del retrete, cogí cuatro y los metí en la bolsa de viaje, ocultando los fajos. Después de la «Operación camuflaje», conté los billetes del bolsillo interior de la chupa: cerca de veinticinco de quinientos, casi dos kilos de pelas, una minucia en relación con lo que había dejado en el tractor. Repartí la pasta por los bolsillos del pantalón y el interior de la correa. Cigarrillos de quinientos que introduje por un agujero que hice en el cinturón, por si las moscas cojoneras se ponían pesadas al amanecer. Fue entonces cuando pensé dedicarme a estudiar el móvil de la cubana, pero el aparato estaba muerto. ¿Las pilas, la batería? Y me tiré al suelo, como Papillón, para castigarme con las flexiones. A pensar, con rabia, con dureza, uno, dos, uno, dos, hasta que los brazos y el abdomen se quedasen tan muertos como el teléfono.

A las siete escuché una puerta que se abría, unas toses y una voz de mujer. Me coloqué la chupa y entré al bar. Allí estaba la tipa de las tetas hecha unos zorros, tratando de recomponerse el maquillaje, frente a una polvera, un espejuelo y un teléfono móvil. ¿Regresaba la suerte? La puta me observó durante unos segundos. Yo le mostré el aparato de la cubana.

—Señora, por favor, ¿entiende usted estos trastos?

—¿Qué pasa, lo has mangao?

—No, simplemente que no estoy al día, me lo trastean los colegas.

Lo cogió, pulsó un par de veces alguna tecla y lo observó con detenimiento.

—Vas a tener suerte. Es un Nokia, como el mío. Se le acabó la

batería. Busca un enchufe por ahí, a ver si te lo cargo con mi cable.

Le indiqué el del televisor.

—¿Qué pasa, no quieres ver las noticias? Mira ahí, detrás de la barra.

Obedecí como un corderito y encontré un múltiple junto a la cafetera. La tipeja se coló tras el mostrador y le cedí el paso con un gesto cortés, evitando toparme con sus melones.

—No te voy a comer, abuelito. Tendrías que invitarme a un café, pero no vas a saber poner en marcha el aparato, ¿verdad?

Una hora después apareció el Paco con su uniforme de cachas oficial del palmeral ilicitano. Bostezó un par de veces, se rascó el colodrillo y se dirigió a la cafetera para mirarme con sus ojos legañosos, como si fuera la primera vez que me veía, o tratando de recordar quién puñetas era. La cosa no me gustó un pelo.

—¿Un café? —me dijo—. ¿Y tú, preciosa, quieres algo, además de la media botella de cantueso que te has soplao?

—Ponme uno con leche —contestó mientras me entregaba el móvil resucitado.

—Marchando —canturreó—, y para el viejales una infusión, ¿te vale?

—Me vale.

—¿Con o sin azúcar?

—Sin.

—¿Un poco de orujo?

—No.

—Bueno, como quieras —dijo, dejándome la taza en la mesa, mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja y tomaba asiento soplando su brebaje—. Salud, abuelo —añadió—. ¿Qué pasa, vas follando por ahí, quemando el mundo con los colegas?

La puta soltó una carcajada. Cuando se inclinó para beber, apoyó los melones sobre la mesa sucia.

En ese momento, por el pasillo aparecieron el Bolas y Luciano que se quedaron mirando al Paco con gesto interrogante. Este me miró, alargó la mano y me sujetó del pelo mientras yo intentaba levantarme para meterle una hostia. Imposible, no pude moverme.

—Este ya está listo —anunció el mazas.

Fue lo último que escuché ese lunes…

21

A las diez de la noche, el macabro hallazgo y la nevada habían convertido La Luna en un hervidero humano. A los habituales se habían añadido los curiosos; y a los discretos, los locuaces y chafarderos, los pesimistas y los graciosos. Como cantaba Sabina: «Estaban todos menos tú». Muchas chavalas, solas o acompañadas, habían entrado también a mover el culo delante de la mesa de billar y a contonearse con la música mientras corrían las cañas, los cubatas y los *gin-tonics*. La Merche había tenido que recurrir a los tres camareros de los fines de semana, que no daban abasto entre el humo de los cigarrillos y el que salía de la plancha, que escapaba por las rendijas de la puerta mallorquina de la cocina. Los potentados y los políticos pedían calamares a la romana, hueva con almendras saladas y atún de ijada.

Paula, con chupa de cuero, gorro de lana rojo y bufanda a juego, entró en el local y marcó inmediatamente el territorio sin cortarse un pelo, mostrando abiertamente sus cartas, elevando la voz ante los primeros que habían intentado rodearla.

—Estamos fuera del asunto. ¡Ni me miréis! Porque además hoy libro y no tengo ganas de que me hinchéis la cabeza con gilipolleces.

Como alguno hubo que se hizo el sordo, la sargento insistió:

—El caso lo llevan los de Alicante, y han decretado el secreto del sumario. Nosotros no sabemos nada: lo que sabéis vosotros. Ni pajolera idea de quiénes son los muertos y menos de quiénes se los ventilaron. Así que… ¡humo!

Pidió un *gin-tonic* a la Merche y se acodó en la barra dando la espalda al personal. Su actitud consiguió que el ritmo de las conversaciones retornase al umbral de cuando atravesó la puerta del bar. Álvaro Suárez, el líder del PP local, se le acercó, seguido

inmediatamente de Bienvenido Rico, su homólogo del PSOE. Con el vaso en la mano y una sonrisa irónica en los labios, Paula se volvió hacia ellos, como si hubiese adivinado su inevitable presencia.

—¿O hablo otro idioma o estáis todos sordos? Además, me juego lo que queráis a que vosotros os vais a enterar de todo el lío antes que yo. Eso tenedlo por seguro.

Y, abriéndose paso entre ambos, se dirigió hacia el fondo del establecimiento, más allá de la mesa de billar, donde había descubierto, junto al sofá y los sillones, algo que le interesaba.

—Hola, prima —dijo el Florito, elevando, a modo de saludo, su cubalibre.

—No me llames prima o te meto un revés que te saco los pocos dientes que te quedan, ¡desgraciado!

—Joer, niña, ¿es que no somos primos o qué?

—Yo no soy nada tuyo, pringao.

—Mi madre y la tuya…

—¡Que te calles!

Los dos o tres moscones que circulaban al lado del raquítico muchacho se apartaron con disimulo y dejaron solos a la sargento y al camello. Sabían del mal humor de la policía, conque era mejor retirarse a tiempo y disimuladamente.

—¿Cuándo has salido del trullo?

El Florito dio un trago a su cubalibre y se limpió los labios con el puño de una chaqueta vaquera con más años que el comer. Mientras hablaba se movía intranquilo, cambiando su peso de pie continuamente, como si tuviera el baile de San Vito o una abeja le recorriera la pernera de los pantalones.

—Ayer mismo. Y si lo sé, no salgo. ¡Maldita casualidá! Esta mañana ya he tenío que presentarme en el cuartelillo.

—¿Y te extraña?

—Me mosquea, prima. Estoy limpio. Te lo juro por mis muertos… que en parte son también los tuyos. Aunque no te guste…

Paula alzó la mano simulando una bofetada y el otro cambió rápidamente de tercio.

—Lo he dejao. ¡De verdá! Cura total. Año y medio enchironao y todo por una mierda de papelinas… que encima no eran mías. ¡Hay que joerse!

—Y medio kilo de hachís en tu casa, y cuatro botes de *speed* —enumeró parsimoniosamente la sargento—. ¡No me vaciles, Florito!

—Te juro que me he regenerao. Además, estoy hecho un intelectuá. ¡Es que la cárcel cambia mucho, prima! Fíjate, ahora leo hasta novelas y he pensao escribir mis memorias, inclusive.

—Creí que habías estado a pensión completa en Fontcalent… y resulta que estuviste en Oxford con una beca del Ministerio de Cultura. ¿No te digo?

—¡Qué buena eres, prima!

El Florito se dobló sobre su cintura y derramó el cubata encima de su chaqueta vaquera. De milagro pudo sostener el vaso en la mano después del puñetazo, seco como una coz, que recibió en el hígado, sin que nadie advirtiese la maniobra de la sargento. Cuando el tipo estaba a punto de desplomarse, Paula lo empujó suavemente hacia el desvencijado sofá que minutos antes habían dejado libre los mirones y se sentó a su lado, mientras el camello se retorcía de dolor y apenas si podía reprimir las arcadas.

—Como se entere alguien de nuestra amistosa conversación —le dijo Paula acercándole el rostro hasta la oreja—, esta noche Tito te hará una visita.

Durante unos minutos la policía y el Florito permanecieron sentados en silencio. Él tratando de buscar aire, de impedir los deseos de vomitar, o de ambas cosas a la vez. Ella sorbiendo con deleite su *gin-tonic*, con la mirada perdida en los jugadores de billar, en las muchachas que bailaban ante la máquina de discos. «A Elenita Molina —se dijo— le va la marcha y creo que ya lo sabe».

—¡Che! —exclamó el Florito todavía con el resuello algo cojo—. ¿Te crees que soy millonario? Me has echao a perder el cubata y no me queda ni un euro.

—¿No sabrás nada de lo que ha pasado en Reata, verdad?

Al Florito le entraron ganas de proponer un trato a la policía para que esta le respondiese «¿Qué clase de trato?» y poder contestarle «Tú pones el culo y yo el aparato». Pero no tenía ganas de comprarse una cara nueva. Así que se limitó a decir:

—Estoy *in albis*, que en latín quiere decir «en blanco».

—¿Sabes que estoy pensando que a lo mejor es verdad que has pasado año y medio en Oxford? Cada segundo que paso contigo estoy más impresionada, macho.

—Pues aún sé más: *in vino veritas*; o séase, que «el vino o cualquier otro tipo de bebía nos hace decir la verdá».

Paula se puso en pie y lo miró con una mezcla de extrañeza y curiosidad mientras el camello continuaba encogido en el sofá. Antes de darle la espalda para regresar a la barra, le dijo:

—Anda, pídele un cubata a la Merche, que invita la pasma, Virgilio, ¡que estás hecho un Virgilio!

—Poeta clásico y «brucólico», pri…, quiero decir, Paula.

A las doce de la noche, cuando la sargento se colocaba las prendas de abrigo para salir a la intemperie, el Florito, algo bebido, tropezó aposta con ella.

—A lo mejor —comentó por lo bajini— sé algo.

Lunes, 3 de febrero

22

El frío había ayudado a conservar el cadáver, pero ahora era como un pedazo de abadejo seco y tieso.

—¡Que se me resbala, coño! —gritó la cubana.

—¡Calla, por Dios!

Lo habían envuelto en una manta enorme que Esmeralda había rescatado de lo alto de un armario. Con la llegada de la calefacción y de los nórdicos, las mantas habían sido exiliadas a lugares remotos.

Las dos mujeres habían permanecido toda la tarde sentadas en el salón, ante el televisor apagado, junto al teléfono, que sonó en dos o tres ocasiones y al que no respondieron, sin levantarse del sofá tras escuchar los timbrazos en la puerta y la respiración asmática de Tolín el Plasta. Había sido difícil: el silencio, la limpieza de la sangre, la decisión de sacarlo de la casa durante la noche, las ganas de acariciarse y de besarse contenidas ante la visión del muerto a los pies de la escalera o ante la posibilidad de ser escuchadas por algún visitante inoportuno, el miedo ante las probabilidades de ser descubiertas, detenidas, encarceladas. Y después de toda la santa tarde bajo aquella tensión, ahora había llegado el turno del peso.

—¿Pero qué habrá comido este tío? —preguntó Susana. No había esperado respuesta y no la obtuvo.

Nunca lo habían imaginado tan pesado. Iba a costarles Dios y ayuda llevarlo hasta el coche y, además, subirlo al remolque. Decidieron arrastrarlo hasta la puerta. Al abrir, el frío les dio un puñetazo que las hizo temblar. Era más de medianoche y se podía escuchar cómo se helaba la escasa nieve que quedaba en las cunetas y sobre los ribazos. El viaje hasta Pinoso no habría de ser nada fácil. «¿Por qué ese empeño en llevarlo tan lejos? —se preguntó Susana —. Hubiera bastado con dejarlo en una cuneta o en un bancal».

—¿Y si lo dejamos rodal pol las escaleras? —propuso la cubana.

La otra asintió y el cadáver cayó dando tumbos, como si rememorara la situación que unas horas antes lo había conducido a semejante estado. Luego cogieron de los extremos de la manta y lo deslizaron por el camino helado. Susana abrió la cancela. A lo lejos, a la derecha, se veía una farola donde empezaba la calle y terminaba el camino de tierra. Ni un perro, nada.

Estrella abrió la portezuela del remolque.

—Habrá que hacelse a la idea, mi amol.

La otra asintió y se frotó las manos. Notaba cómo el frío comenzaba a trepar por las piernas. En silencio, cogieron de nuevo los extremos de la manta y lo auparon hasta dejarlo de pie, apoyado contra el remolque; luego lo agarraron por los pies y de un empujón intentaron meterlo en la caja del coche.

—¡Que se me resbala, coño! —gritó la cubana.

—¡Calla, por Dios!

El cadáver, envuelto en la manta, se había deslizado hacia la derecha y solo el canto metálico del volquete había evitado que se cayera al suelo.

—Cógelo, cógelo.

—No puedo, mi amol, no puedo.

—Sujétalo un momento —dijo Susana. Estaba empezando a enfadarse ante la ineptitud de su compañera.

Estrella sostenía al muerto por la cabeza y procuraba no resbalar.

—Vamos a cambiarnos —ordenó Susana.

Y lo hicieron.

—Ahora, cuando diga «ya», lo coges de los pies y tiras hacia arriba, ¿vale?

—Sí, sí…

—¡Ya!

El tirón hizo que más de la mitad del fardo se metiera en el remolque. Las dos mujeres respiraron aliviadas. La respiración agitada lo mismo podía ser de miedo que de cansancio. Terminaron de colocarlo convenientemente y cerraron la puerta.

—Vamos. Todavía hay que ir a Pinoso.

—Tengo que cogel las llaves del coche y la bolsa del dinero.

—Y las maletas —añadió Susana. Lo había olvidado todo.

23

Desde su asiento, protegida por la oscuridad, Susana Francés columbraba apenas el perfil seductor y carnal de la cubana, que parecía asirse al volante como si fuera una tabla de salvación. Quedaba casi una hora para llegar a Pinoso; y el frío y la nieve habían convertido la carretera en un desierto negro y profundo que los faros del todoterreno profanaban con su luminosidad. ¿Cómo había llegado a aquella situación? Cerró los ojos y se afanó en buscar una respuesta satisfactoria; el amor o el deseo (porque ya no sabía muy bien si todo era una misma cosa, porque le resultaba poco menos que imposible poderlos discernir y delimitar) habían ido apareciendo con pequeños detalles: unas manos que se rozan, una sonrisa agradable, la silueta de un cuerpo dibujándose ante un balcón golpeado por el sol..., mil y un detalles nimios que habían ido configurando la atracción y, más tarde, el atrevimiento para dar el primer paso, las caricias tímidas, los juegos de las miradas que no necesitaban palabras.

El coche dio un giro brusco y Susana abrió los ojos.

—¿Qué pasa?

—Naa, mi amol. Te habías dormío.

—No, solo pensaba.

Y volvió a cerrar los ojos, intentando recuperar el hilo que el volantazo le había hecho perder.

¿Cuándo había conocido a Estrella? La recordó primero recién llegada al pueblo, diez o quince años atrás. El cantamañanas de Rafael la había traído en uno de sus viajes, ¡menudo perla, el tío! Se dedicaba a pasearla por las calles de Biar como si fuera una atracción, para provocar la envidia de los mirones, para mostrar el poder del dinero. Porque era obvio, viendo el cuerpo de alfeñique y el rostro feo y viejo del energúmeno, que la cubana no lo había

elegido precisamente por su atractivo físico. Evidentemente, había sido un arreglo mutuo camuflado de ardor sexual y palabras cariñosas: él no quería dormir solo; ella deseaba abandonar Cuba. Pero tras unos meses de paseos y viajes, la puso a servir copas en un bar de El Barrio, en Biar. Otra época ya pasada, lejana…, desvanecida como un sueño. La de gente que había llenado la veintena de bares, *pubs* y discotecas que habían proliferado a las afueras del pueblo a mediados de los ochenta. El desenfreno: gente de toda catadura y procedencia llenando las calles estrechas y viejas, recorriendo uno y otro bar con el vaso en la mano, sembrando las fachadas de salpicaduras de vómito y orín de borracho. Había sido una buena y una mala época: buena para los jóvenes del pueblo que no habían tenido que dejarlo los fines de semana, que no habían arriesgado la vida en las carreteras; buena para los dueños de los bares, que se habían hinchado a poner copas y más copas, a llenar las cajas registradoras; buena para los propietarios de las casas del barrio que se habían afanado en vender sus hogares a precio de oro para instalar nuevos tugurios. Pero también fue una mala época: para las fuerzas policiales y de limpieza, que tenían que trabajar más y más intensamente cada fin de semana; para los bares y *pubs* de los pueblos de la contornada, que habían visto diezmados sus ingresos; para los escasos vecinos que no habían abandonado el barrio y veían horrorizados cómo una turba de jóvenes bulliciosos y borrachos les invadía los fines de semana. ¿Hasta cuándo duró aquello? Mucho tiempo, casi dos décadas. Hasta que irrumpieron las drogas y, con ellas, las peleas y los malos rollos. Entonces todo se jodió.

Allí fue donde conoció a Estrella: tras la barra de El Jolgorio, poniendo copas los viernes y los sábados por la noche, los domingos por la tarde; intentando escaquearse de las manos largas de los parroquianos lanzados por el alcohol o las drogas; sonriendo y contoneando su cuerpazo de hembra deseada… tragándose la bilis y la frustración del engaño. ¡El imbécil de Rafa! Le había prometido el oro y el moro…, y había terminado detrás de un bar, como en La Habana Vieja, pero con más frío.

Y cuando El Jolgorio se fue al garete —junto con la otra decena de *pubs* y bares de la zona—, Estrella se puso a limpiar por las casas. ¡Esa había sido la tierra prometida que le había pintado el

gilipollas de Rafael! ¡Menudo muerto de hambre! Aunque también hubiera podido ser peor, claro. Había escuchado muchas salvajadas: maridos que no se habían cortado ni un pelo en prostituir a sus exóticas y guapas mujeres, o que las habían tirado a la calle… o al cementerio. En eso Rafael había tenido más conocimiento; o quizás es que no había poseído ni la inteligencia ni los arrestos necesarios para llevarlo a cabo.

El coche frenó y Susana abrió los ojos. A lo lejos se distinguían las luces de una ciudad. Miró intrigada a Estrella.

—Otra ves te habías dormío, mi amol.

Susana sonrió. Movió la nariz: comenzaba a oler mal en el coche; la calefacción ayudaba a pudrir el cadáver.

—¿Por qué paras? ¿Dónde estamos?

—Tenemos que crusal Sas… Quiero comprobal que el maletero está bien serrao.

Susana arqueó las cejas. O Estrella tenía mucho miedo —lo cual no era nada extraño— o algo no marchaba bien. La cubana salió del coche. Las farolas de las primeras calles de Sax se distinguían a menos de quinientos metros.

Cerró de nuevo los ojos y le vino el recuerdo del primer contacto: unas caricias que había traído el azar mientras Estrella limpiaba la vajilla del aparador del comedor y ella la ayudaba a recolocar los platos y las tazas del ajuar, que solo sacaba el día de Navidad o el de la Patrona, cuando venía su familia a comer. El roce de los dedos de ambas, las caricias en el cabello y las sonrisas cómplices. A Susana siempre le había intrigado el origen de aquella inclinación —le resultaba difícil escapar de aquel sustantivo con aquella carga tan negativa: era muy complicado desprenderse de una educación reglamentada por los dogmas masculinos—. Fue ella la que buscó los labios carnosos de Estrella: ¿de dónde le había venido aquel deseo irrefrenable? Era como un caballo desbocado que había estado demasiado tiempo encerrado en las cuadras de las convenciones y las miradas ajenas. Unos años antes se había casado con Jaime porque lo amaba; pero al sentir el sabor tibio y dulce de los labios de Estrella, supo que por su esposo únicamente había sentido una especie de resignación ante lo que todos —las familias, los amigos, ellos dos— esperaban. No era mala persona, su Jaime, ni tampoco feo; aunque más raro que un loro con pijama a rayas. La

relación con Estrella duraba ya más de dos años y durante todo ese tiempo la distancia entre ella y su esposo había ido ensanchándose. Los últimos meses habían devenido en una rutina y una cotidianidad que avanzaban movidas por la inercia de la costumbre.

Bajó la ventanilla y un manotazo de hielo le hizo dar un respingo. Le pareció que Estrella tardaba mucho en regresar; o tal vez era que el tiempo de los recuerdos se movía a un ritmo distinto que el de la vida real.

Escuchó voces. ¿Estrella hablaba con alguien? Pasaron unos segundos hasta que la puerta se abrió y la cubana entró.

—Too bien, mi amol. ¡Vaya frío!

—¿Con quién hablabas?

Estrella Esperanza miró a la mujer y dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Luego la besó y acarició su pelo castaño.

—Me habían llamao pol teléfono, cariño.

Susana miró el reloj del salpicadero: las dos y media.

—¿A estas horas? ¿Quién? —El teléfono se lo había arrebatado al muerto que iba detrás; era el móvil de Rafael.

La cubana se encogió de hombros, soltó el freno de mano y el coche dejó la cuneta y se incorporó a la carretera.

—Cosas mías, cariño. Ya luego te contaré.

24

Salió el sol y la poca nieve que quedaba se derritió, dejando algunas costras de hielo en las aceras que se cobraron más de una víctima. Entre ellas, el Florito, que resbaló y tuvo la mala fortuna de romperse una pierna, a consecuencia de lo cual lo habían tenido que trasladar al hospital de Elda.

El frío era intenso. En el retén de la Policía Municipal la estufa de cáscara de almendra funcionaba a toda pastilla. Tito Lozano leía el *Marca* y se aguantaba las ganas de fumarse un Marlboro cuando entró Paula y se levantó como un autómata para proceder al saludo reglamentario. La sargento evitó el protocolo despojándose de la gorra y cayendo sobre un sillón.

—¿Alguna novedad? —preguntó mientras tendía las manos buscando el calor de la estufa.

—No sueltan prenda.

—Algo sabrán, digo yo. Si son extranjeros o de la mafia rusa, o vulgares chorizos que tuvieron un mal día…

—Nada de nada. —Dobló el *Marca* lentamente y lo dejó sobre la mesa—. Pero yo sé algo.

Paula lo miró alzando las cejas. Conocía a Tito lo bastante bien para saber que no se estaba marcando un farol.

—¿Tú? No fastidies.

—Bueno. Algo que a lo mejor tiene que ver con el asunto.

—Suelta ya.

El guardia Lozano carraspeó retardando el momento de la revelación.

—Biar.

—¿Biar?

—Sí, Rafael, el hermano de Alfonso Abellán, ha desaparecido de su casa de Biar. Y también su mujer, una cubana del copón, según

dicen. Desde el sábado nadie sabe nada de ellos.

—¿El sábado?

—Qué casualidad, ¿verdad? La casa de campo donde vivían, en la partida de El Secanet, está cerrada desde entonces. Un vecino dijo que esa mañana vio salir a la pareja en coches diferentes y a horas distintas.

—¿Y qué hay de extraño?

—Pues que la cubana estuvo casi una hora cargando el coche de maletas.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—¿Quién me lo va a decir? Cristóbal Valdés, tu colega de Biar. Cuando se enteró del follón en Reata y supo que estaba implicado Alfonso Abellán, sumó dos y dos y le dio cuatro. Llamó hace unas horas.

—Joder, tío. Ni se me había ocurrido.

—Dijo que era confidencial. Pero yo creo que lo que deseaba era filtrar la noticia y marcarse un tanto. Además en Biar hay otro desaparecido.

—A lo mejor es la moda y aquí no nos hemos enterado.

—Falta desde el viernes por la tarde. Se fue a Alicante y todavía no ha vuelto. Es un don nadie: un profesor de instituto. Puede ser casualidad o no, pero a Valdés le parece mucha coincidencia.

—Y a mí también, Tito, y a mí también. ¿Saben esto los de Alicante?

—Esto y más, me jugaría la paga de un mes, pero no dicen ni mu. Tu colega de Biar ha tenido que informar a la Central sobre el asunto. La mujer del profesor es una tía con pasta y seguro que estará removiendo cielo y tierra.

Hubo unos minutos de silencio. Solo se escuchaba el crepitar en el interior de la estufa. Tito abrió la tapa con el garfio de hierro y echó una paletada de cáscaras.

—Vamos a ver —dijo Paula Sirvent reclinándose en su sillón—: tenemos dos muertos en un pozo, medio quemados; tenemos a dos desaparecidos en Biar… No sé tú, pero yo cada vez lo veo más claro.

—No te hagas ilusiones: las cuentas no te salen, porque los desaparecidos no son dos, sino cuatro —comenzó a enumerar ayudándose de los dedos—: Alfonso Abellán, su hermano Rafael, la

cubana y el profesor del instituto. Y por ahora solo tenemos dos muertos.

—Está claro que ninguno de ellos es una mujer —recordó la sargento.

Tito sonrió y volvió a coger el *Marca*. Otra vez el silencio se adueñó de la estancia. El guardia pasaba lentamente las páginas del diario. Paula estiró las piernas y alargó los brazos buscando el calor de la estufa. Por unos instantes, su mirada recibió el influjo hipnótico de las llamas que se filtraban por las rendijas de la pequeña portezuela del aparato, y se quedó inmóvil en aquella posición. La sargento, sin mirarle, sin dejar su condición de estatua, dijo:

—Tito, te ocurren dos cosas. La primera: te estás haciendo el interesante. La segunda: te estás fumando encima.

—La primera puede ser verdad. La segunda es segura.

—Cuéntame el final y te dejo salir a pegar unas caladas.

Volvió a doblar el *Marca* y lo dejó sobre la mesa. Se retrepó en su sillón y miró al techo. No había allí nada que valiera la pena observar —la escayola que antes fuera blanca y ahora tiraba hacia el beis, los dos tubos de luz, el agujero por el que salía la chimenea de la estufa—, pero Tito se concentraba fijando la mirada en una mancha de humedad que todos los otoños aparecía en una esquina y se quedaba allí hasta mediados de mayo.

—Valdés me dijo más. Va a venirte de perlas para terminar de embastar tu teoría. La esposa de Rafael, la cubana, trabajaba como mujer de la limpieza en el instituto del profesor desaparecido. Según parece, el tal Rafael, el hermano de Alfonso Abellán, es una especie de bohemio sin un duro, pero con mucha labia. Viajó a Cuba hace unos años y allí conoció a la maciza, se casó y se la trajo para acá prometiéndole el oro y el moro. Pero con el curro del tío, que es técnico de informática y se dedica a hacer chapuzas por aquí y por allá, el sueño del paraíso español se vino abajo. Así que la morena tuvo que comenzar a contribuir a la economía familiar.

—¿Y ya está? —Paula había esperado una revelación apoteósica.

—No, queda el remate: la cubana también se dedicaba a trabajos más personales; de hecho, iba dos veces por semana a casa del profesor desaparecido para ocuparse de las faenas del hogar.

25

No era un sueño, porque los que había tenido hasta entonces —en la isla, años atrás; después ya, en Biar— siempre habían sido en blanco y negro; sin embargo, este se le había presentado con un tono chillón como de película antigua: en colores y con la orquesta completa de Xavier Cugat y el sombrero-frutero de Carmen Miranda.

El rostro de Susana estaba tan cerca que podía distinguir los poros de la piel, las venas microscópicas dibujadas junto a la nariz y en los mentones. Sintió el beso y saboreó la saliva tibia. Sabía a dentífrico de menta y a café. Las puntas del cabello de Susana le acariciaban las mejillas. Tras el beso, la boca fue descendiendo: el mentón, la barbilla, el cuello, el canalillo entre los pechos desnudos y enormes. Notó que los pezones se le crispaban como las púas de un erizo y que un escalofrío de placer la recorría toda entera como un millón de hormigas dedicadas a hacerle cosquillas. Cerró los ojos y se dejó llevar por las reacciones del cuerpo: un leve cosquilleo en la base de los pechos, la lengua de Susana lamiendo los pezones y las aureolas, la carne de gallina que había empezado a cubrirla toda.

—¿Te gusta?

La voz de Susana sonaba lejana y cálida. Estrella quiso hablar, pero al abrir la boca solo pudo emitir un gemido que significaba más que mil palabras. Arqueó el cuerpo cuando notó que las manos de la otra acariciaban los pechos, que la lengua se introducía en el ombligo, que los cabellos bailaban sobre las ingles y las caderas. Sintió los senos menudos de Susana sobre su sexo ya húmedo.

A lo lejos sonaba un bolero sensual y antiguo, el rasgueo de una guitarra que le traía el aroma a salitre de La Habana. Rodeó con los brazos la espalda de Susana y sintió que la humedad del placer la

cubría por entero. Era extraño: no nacía en el sexo que estaba a punto de estallar, sino en algún lugar bajo el mentón. Gimió y no quiso gritar porque temió que el aullido de deleite rasgara los tules del sueño.

Abrió los ojos de golpe y la luz la cegó. El impacto inofensivo de la claridad la hizo inclinarse hacia delante como impelida por un muelle invisible y, al apoyarse en el volante, hizo sonar el claxon del coche. Aquello terminó por despertarla. Después de todo, había sido un sueño; sin embargo, podía sentir cómo algo húmedo descendía por entre los pechos, pasaba por la barriga y le humedecía la entrepierna, como si algunas sensaciones, algunos fragmentos del sueño no quisieran desaparecer por completo. Notó que le faltaba el resuello y se obligó a respirar lentamente, concentrándose en cada aliento. Una punzada de calor, caliente y aguda, le llegó desde el cuello. Se llevó la mano y la retiró tinta en sangre. Bajó el protector del sol y se miró en el espejo: tres arañazos de longitud y grosor considerable dibujaban una bandera roja sobre su cuello, desde la nuca hasta el hoyuelo de la clavícula. La puta de Susana la había jodido bien. Claro que tampoco podía lamentarse: ¿qué hubiera hecho ella de estar en su situación, desesperada al notar que la vida se le escapaba inevitablemente?

Cerró los ojos porque, al doblar el cuello, la herida le dio un tirón que la obligó casi a llorar de rabia y escozor. Durante un segundo la escena volvió a mostrarse igual que la noche anterior, delante del coche, alumbradas por las luces que abrían un boquete blanco en la espesura de la oscuridad y del aljibe. Todo había sido muy rápido: el frenazo junto a las cintas de colores con que la policía había delimitado el pozo y el descenso sin miramientos del fiambre, al que habían tenido que arrastrar hasta la boca del agujero y luego empujar hasta perderlo de vista más allá del haz de los faros, en la negrura que semejaba la puerta del infierno dantesco.

—Ya está —había dicho Susana. Pero todavía no habían terminado.

Mirando la claridad invernal que rodeaba el coche, los bancales alfileteados de viñedos y sin apenas árboles, y el reloj del

salpicadero que marcaba las doce del mediodía, Estrella recordó que había sido su sentimentalismo lo que lo había fastidiado todo. Hubiera bastado con un ligero empujón —aprovechando el esfuerzo y la inercia al arrojar el cadáver del tipo aquel— para que la historia hubiese concluido con un final feliz: feliz para ella, claro; no para Susana. Pero tuvo que besarla antes de deshacerse de ella, sentir la tibieza de sus finos labios antes de arrojarla al fondo del aljibe y escuchar el cuerpo golpeando contra las paredes hasta estrellarse contra el fondo.

Cuando Susana notó el empujón y supo que detrás de ella únicamente la aguardaban el vacío y la noche y el golpe fatal después de casi veinte metros de caída, abrió los ojos como una posesa y agitó las manos en el aire buscando un asidero que no existía. No dijo nada: no le dio tiempo a más; pero sí a propinarle un arañazo brutal en el cuello, como si tras el beso quisiera que Estrella la recordase siempre que se mirase en el espejo o se pusiera un collar.

Se había tenido que dormir porque apenas recordaba nada más: la vuelta al coche, los dígitos verdes del reloj marcando las cuatro y veinticinco de la madrugada, las maniobras para salir de allí lo antes posible y volver de nuevo al camino de tierra. Luego se había sentido muy mal: mareada y cansada, como si toda la tensión, el agotamiento y los remordimientos le hubieran sobrevenido de golpe, sin avisar. Recordó que había detenido el coche para respirar hondo, para llorar, porque ya no podía más y notaba que, de no desahogarse, iba a estallar como un globo que se ha hinchado demasiado y el ligero roce de una uña lo hace reventar.

¿Y ahora qué? Miró el teléfono y comprobó que había recibido dos llamadas y que tan profundamente había dormido que ni siquiera las había escuchado. ¿Cuántas horas? Demasiadas como para no enfadarse si se ponía a calcularlas. La jefa estaría nerviosa, y no era para menos. Abrió el buzón de voz y las palabras que había debido oír unas horas antes volvieron del pasado:

—Estrella, cariño. ¿Cómo ha ido todo? —La voz femenina rezumaba nerviosismo y miedo—. Llámame tan pronto como puedas. —Hubo un momento de duda, pero la voz continuó—. El pueblo está todo movilizado. Ten cuidado. Dicen que uno de los muertos de Reata es tu Rafael… Un beso, amor. ¡Y no te olvides de

llamar!

No iba a hacerlo, por el momento. Su amiga tendría que esperar. Primero quería cerciorarse de que la herida del cuello no era grave.

¡Rafael! Menudo imbécil: lo había engañado durante todos aquellos años y no se había enterado de la misa la mitad, o nada. Aunque lo cierto es que casi nadie se había enterado de nada: ni el idiota de Rafael ni el cretino de Alfonso, dándoselas de conquistador y jactándose de ser más macho que su hermano —¡menudo par de gilipollas los dos Abellán!—, ni siquiera la engreída de Susana, con gestos de niña bien, pero más desesperada por sentir un buen orgasmo que un Robinsón en su isla… Todo había salido bastante bien. No totalmente, claro, porque ¿de dónde coño había aparecido el tipo que habían matado aquella noche? Si la cosa se había embrollado no era ni culpa de ella ni de su amiga. El plan era sencillo, aunque lento: acaparar todo el dinero que se pudiera y volar de Pinoso y de Biar, esconderse lo más lejos posible, en otro país quizás. Aunque igual de cálido o más, por supuesto: para pasar frío no habría hecho falta devanarse los sesos, ni salir de Cuba, ni soportar los torpes embates de Rafael (primero), de Alfonso (después), ni fingir (aunque no siempre) entre los brazos pálidos de Susana. Y el plan era tan bueno porque la gasolina que lo hacía funcionar era la mezcla de un combustible inagotable: el sexo y el placer. Y ella era dueña y señora de un cuerpazo que parecía tener grabado esos dos sustantivos en cada milímetro de su piel.

El ingenuo de Alfonso había colaborado para mantener lejos a Rafael aprovechando su engreimiento: ¿que el tonto de su hermano se ha hecho un lío con el ordenador? Allá que se va él a Reata a arreglar lo que no tenía ya solución. Ella nunca pensó que el idiota fuera a pegarse un tiro cuando se enteró del engaño, pero tampoco podía predecirlo todo. La niña rica de Susana no se había pensado dos veces deshacerse de su marido, aunque, mientras dejaba ya los caminos de tierra y accedía a la carretera, Estrella no recordaba cuándo ni por qué habían decidido eliminar al pedazo de pan de Jaime. Claro que, a lo mejor, había sido idea exclusivamente de Susana y ella la había dejado hacer. Si la rubia quería pringarse de mierda hasta la cintura o más arriba, a ella ni le iba ni le venía; era su antigua jefa la única que le había importado y todos los demás se podían ir a tomar por el saco.

Tuvo que parar en la cuneta, porque la tirantez del cuello era insoportable y, además, había comenzado a sangrar de nuevo. Mientras se limpiaba la herida con un pañuelo de papel, cogió el teléfono y marcó. Tardaron casi medio minuto en responder:

—¿Sí?, ¿quién?

—¿Tuli, mi amol?

—¿Sí? —La voz sonaba cubierta de sueño y legañas, muy distante, como si, en lugar de en Elda, estuviera a mano derecha de Sebastopol.

—Soy Estrella, mi amol.

—¡Oye! ¿Qué te pasó?

—Nesesito velte ahora mismito.

—Estoy en casa… Dolmía polque ayel tuve gualdia en el hospital y he salío hase naa, esta mañana.

—Entonses voy p’allá…

26

Paula marcó en el ábaco su quinta carambola consecutiva mientras Tito, más encandilado por las posturas provocativas de su cuerpo que por su juego, estaba a punto de tener una erección. El reloj de Coca-Cola
de La Luna señalaba las siete y media de la tarde y se hacía la hora de ir a cenar. A las dos había terminado su turno y habían quedado en verse después de comer; el dichoso lío de Reata y de Biar los mantenía en vilo.

Se encontraban solos en el local, los parroquianos de diario llegarían más tarde, tras la cena. La Merche, desde la barra, ordenando los vasos que extraía del lavavajillas, no quitaba ojo a la pareja y, de cuando en cuando, sonreía, imaginando su conversación.

—Esta la voy a hacer de espaldas, a la remanguillé —dijo la sargento colocando el taco por encima de su trasero e inclinándose sobre el tapete verde, guardando milagrosamente el equilibrio con sus talones.

Tito se le acercó.

—Así, como estás ahora —le hablaba al oído, muy quedamente —, te la estaría clavando toda la tarde.

Paula, a causa de una estruendosa carcajada, cayó de espaldas sobre la mesa, soltó el taco y desbarató la jugada.

—Se lo voy a contar a Marieta en cuanto la vea —atacó Paula sin poder poner freno a la risa.

—Y yo también —respondió Tito uniéndose al jolgorio.

La entrada del sargento Cuerdas con un número de los civiles interrumpió la conversación. Los agentes del orden se saludaron, en la distancia, con un leve gesto de la mano.

—¡La jodida de la Merche! —dijo Tito en voz baja a Paula—. A

esos no les cobra nunca el café y a nosotros hasta los mondadientes.

—Siempre ha habido clases, Tito.

—¿Clases? Eso es el miedo inconsciente, ancestral, que tiene el pueblo a la Benemérita. Y no es cuestión del franquismo de los cojones ni de la guerra. ¡Quiá! La cosa viene de mucho antes. Estoy por decirte que en la época de Tartessos ya estaban estos aquí gorroneando.

Paula se quedó observando fijamente a su compañero.

—Recuérdame que te diga una cosa luego, cuando vayamos para casa.

Guardaron los tacos y colocaron las tizas en el casillero. Mientras Paula entraba al lavabo, Tito se limitó a limpiarse los dedos en las culeras de sus vaqueros y pagó a la Merche las dos cervezas.

—¿Alguna novedad, sargento? —preguntó a Cuerdas, por decir algo.

Este negó con la cabeza mientras sorbía su café caliente. Se pasó una servilleta de papel por los labios y, cuando la Merche entró discretamente en la cocina, murmuró:

—Tan solo lo de Biar. ¿Están al corriente?

—Desde luego.

—Pues eso es todo, que sepamos. A nosotros nos han mandado peinar el vecindario rural. Pero nadie sabe ni ha visto nada. Y no creo que sea por miedo, ya me entiende. —Sin saber muy bien la razón, siempre se trataban de usted—. Sospecho que los asesinaron a la hora de comer, más o menos; lo digo porque esa era una de las preguntas que venía en el cuestionario que nos mandaron. Y claro, lloviendo, como estaba a esas horas, ¿quién podía ir por ahí?

—A lo mejor es cosa de los rusos.

—Sí, o de los serbios. Paramilitares de esos que están ocupando silenciosamente este país. Se les fue la mano y la liaron.

Paula, que había salido del aseo, se sumó al grupo.

—Se le saluda, sargento.

El aludido hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué, nos vamos? —preguntó a Tito.

Salieron del bar subiéndose las solapas de sus cazadoras para resguardarse de las ráfagas secas de frío que bajaban de la sierra del Carche.

—A ese no le hagas ni caso —dijo Paula mientras caminaban por la acera, arrimándose mucho a las fachadas para evitar el viento helado—. El tío miente más que respira.

Tito Lozano dio un respingo.

—¿De qué estás hablando?

La sargento sonrió.

—Esta mañana eras tú quien fardaba de tener información recién salida del horno. Ahora soy yo la que te está pisando la guitarra. —Se detuvieron junto a la fachada de la CAM. A Paula no le gustaba caminar y hablar al mismo tiempo—. Tienen ya un sospechoso sin identificar. Un tipo desconocido que el sábado caminaba solo por la carretera, bajo la lluvia, hacia Reata. Solo y sin paraguas. Según han podido averiguar por las declaraciones de algunos testigos, el individuo no parecía un vagabundo, pero tampoco un marqués. Lo sé por Ana, la de Roque Lobatón. Salió de la casa para llevar la ropa a la lavadora, en el garaje, cuando vio al tipo. Más cerca de los sesenta que de los cincuenta; uno sesenta y cinco de altura, más o menos; ancho de espaldas; sin embargo, no pudo verle la cara porque andaba ya subiendo la cuesta. Le llamó la atención porque el individuo parecía ir hablando solo y no hacía el más mínimo esfuerzo por guarecerse de la lluvia bajo un árbol o en cualquier porche.

El guardia invirtió unos segundos en aprehender la información y sumarla a lo que ya sabía. No le gustó el resultado: lejos de clarificar las cosas, las enturbiaba más. Recordó las palabras de su amiga unos minutos antes, en el bar.

—¿Eso es lo que me querías decir ahí dentro? —preguntó.

—No. Es otra cosa. Te pago la última: una caña en el bar del mercado, allí podremos hablar tranquilos.

Entraron en el edificio circular que ocupaba el centro de la plaza de Colón y pidieron dos cervezas a Jesús, el dueño del bar, que atendía a otros parroquianos. Se sentaron alrededor de una de las muchas mesas vacías, pegadas a la pared.

—Te noto preocupada —dijo Tito.

—Estoy preocupada. La otra noche hice una tontería. Bueno, creo que hice dos tonterías.

El policía guardó silencio.

—La primera no debía contártela: fue una gilipollez. Me enrollé

un rato con Elenita Molina. Punto en boca. No me gustaría que se enterase la Merche, porque supuestamente tenía que haber ido a su casa. Le dije que tuvimos una reunión urgente por lo de los muertos. ¿Tú me cubres?

—¡Coño! No vas a dejar a una viva. Cuéntame el truco.

—No estoy para bromas, Tito. Estoy muy cabreada conmigo misma. Pero en fin: hecho está y ya no hay vuelta atrás. La segunda es que esa noche, me parece a mí, no cumplí con mi deber por culpa de esa pájara. Debí haber trincado al Florito y llamarte para haberle hecho un careo.

—¿Al Florito?

—Sí. Me lo encontré en La Luna y tuvimos unas palabras amistosas. Tuve una conversación con él y me la acabas de recordar cuando, en La Luna, has dicho esa frase sobre la Guardia Civil.

—¿Qué frase?

—No lo sé. Una cosa que no sonaba a ti, para nada: lo del miedo ancestral o algo parecido.

—Pues es de un servidor. ¿O crees que soy analfabeto? —Estaba molesto por la insinuación.

—Sé que no lo eres. Pero aun así no parecía cosa tuya. Eso es todo.

—¿Y qué tiene que ver lo que yo he dicho hace un momento con el Florito?

—Tampoco lo sé a ciencia cierta. Es una intuición. El Florito dijo dos o tres frases en latín.

Tito, que en ese momento estaba dando un sorbo a su cerveza, a punto estuvo de escupirla.

—¿En latín?

—Sí, unos topicazos, frases hechas, cosas que no me extrañarían en la boca de otra persona. Pero me mosquearon en la del inepto de mi primo. Sabía, por ejemplo, quién era Virgilio.

—¿Y quién coño es el tal Virgilio?

—¿Te das cuenta? Eso es lo que quiero decir. Y, además, hay otra cosa. Cuando se largaba, con dos cubatas de más en el cuerpo, se me acercó con disimulo y me hizo entender que sabía algo sobre el asunto de Reata.

—¿Y…?

—¿Y? ¡Pues que me fui con Elenita!

—La cagaste.
—Ya lo sé. Por eso estoy mal y por eso te lo cuento.
Un momento de silencio en el que los dos aprovecharon para tomar otro sorbo de sus cervezas. Tito miró a través del ventanal. Ana, la de Tomás Fiambre, sacaba la bolsa de basura y la dejaba junto al portal. «Muy pronto —pensó el policía— los gatos la van a despanzurrar y luego la calle apestará toda la semana».
—¿Creíste al Florito? —preguntó—. A él siempre le gustó mucho fardar y hacerse el interesante.
—Pues lo creí, Tito; por eso estoy peor. Y cada vez que lo pienso, más enferma me pongo. El Florito soltando latinajos nada más salir de chirona: no me cuadra. Después me insinúa que sabe algo. ¿Con quién estuvo el Florito año y pico en la trena?
—Eso puede tener remedio.
Paula no respondió inmediatamente. Terminó la cerveza y se entretuvo pasando los dedos por el círculo húmedo que el vaso había dibujado en la mesa de mármol. Levantó la cabeza y miró fijamente a su subordinado.
—¿Cuándo quieres que le hagamos una visita al hospital? —preguntó al fin.
Tito miró su reloj, bebió de un trago la media cerveza que le quedaba y sacó el móvil.
—¿A quién llamas ahora?
—A mi mujer. Que no me espere a cenar. Vamos a Elda ya, cagando leches porque, si no me quito el reconcomio esta noche, no voy a poder dormir.

27

El Florito, embutido en el camisón del hospital, con la pierna en cabestrillo sobre un taburete y la barba de tres días, parecía un huésped de Auschwitz, por mucho que tratase de adoptar una postura digna en el sillón. Nada más verles entrar en la habitación, cerró el tomo de *Mortadelo y Filemón* que estaba leyendo y se quedó mirándoles con la boca abierta.

—Sorpresa —dijo Paula levantando la mano a modo de saludo, mientras dejaba sobre la cama una caja de zapatos sellada con papel de celofán—. Son perusas que te envía la Merche.

—Yo te iba a regalar una botella de JB —añadió Tito—, pero me han dicho que las ratas de hospital son abstemias.

El Florito, sin cerrar la boca, pasó la mirada de uno a otro como si se hallase ante un par de aparecidos, mientras los dos agentes dejaban caer sus posaderas sobre el borde del lecho e imitaban su gesto de alelado.

—¡Joder, joder, joder! —recitó el camello pasándose la mano por la frente—. ¿Qué es lo que pasa, tíos?

—Como pasar, no pasa nada —se adelantó Tito—. Que aquí mi jefa dice que sabes latín y hemos venido a comprobarlo para darte un diploma.

—Os cambio el diploma por un Marlboro —respondió el Florito tratando de coger el bastón que reposaba sobre el radiador—. Si me echáis una mano, sé de un lugar donde podemos echar unas caladas.

—Ni se te ocurra moverte. Y deja ahí ese trasto —dijo Tito arrebatándole el bastón—. Qué curioso, con empuñadura de rosca y seguro que con un huequecito para guardar las pastillas o un par de chinas.

El policía hizo ademán de quitar la empuñadura y, metiéndose

con rapidez la mano en el bolsillo, sacó un par de papelinas que puso ante los ojos impasibles de Paula.

—¡Caramba, sargento, mire lo que tenemos aquí: las chuletas para el examen de latín! ¡¡Se te ha caído el pelo, Florito!!

—¡Hostia, Tito, te estás pasando! Prima, no consientas…

—Me ha llamado prima, ¡dale en el hígado, Tito!

—¡No, no, no! Lo retiro, Paula, digo, sargento. No me jodáis, que estoy limpio, con la condicional…

—Pues vamos a ver cómo va tu latín.

—¿Qué latín?

—*Si vis pacem, para bellum* —añadió Paula.

El Florito volvió a abrir la boca y miró a los dos agentes sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Traduce, coño!

—¿Haz el amor y no la guerra? —balbuceó el drogata.

Paula soltó una carcajada y Tito la miró asombrado, tratando de descubrir dónde estaba la gracia.

—Mira, Floro, deja el latín. Hablemos de lo que me dijiste la otra noche en La Luna. Y no te enrolles con el cuento de que no te acuerdas, de que estabas coloqueta y todas esas cosas. Aquí hay dos papelinas con jaco y se te han caído del tebeo. La condicional se va a la mierda. ¿Está claro, pringao? En el pueblo hay dos muertos y dijiste que sabías algo. La Merche está dispuesta a confirmarlo. Así que canta o lo vas a pasar muy mal.

El camello bajó los ojos e intentó rascarse la pierna por la juntura de la escayola.

—No puedo —dijo con un hilo de voz.

—Claro que puedes. Puedes y debes.

—No puedo, de verdad. No sé nada. Además, estoy cagao, ¿sabes? ¡Cagao!

Paula se dio cuenta de que el Florito, ahora, no mentía. Aprovechó la ocasión.

—Soy tu prima, Floro, para un caso así soy tu prima. Y Tito, mi íntimo. A ti no te toca nadie si Tito y yo no queremos. El lío es muy gordo para dejarte sin protección.

Por unos instantes, solo se escuchó el ruido chirriante de una camilla atravesando el pasillo de la planta. La temperatura de la habitación pareció subir varios grados de golpe y Floro se puso a

boquear como si le faltase el aire, moviendo la cabeza de un lado a otro con desesperación.

—Necesito fumar —dijo.

Los dos policías se miraron. Avanzaron hacia el lisiado, le ofrecieron el bastón y lo ayudaron a incorporarse para dejarlo junto a la ventana, donde pudo apoyarse en el alféizar. Tito abrió un pequeño resquicio por donde entró el frío de la noche. Ahora podría pegar unas caladas sin contaminar el ambiente o hacer saltar una alarma. Le puso a Floro un cigarrillo en los labios y le dio lumbre. Lo pensó mejor y se guardó el paquete en el bolsillo. El muchacho dio dos intensas chupadas al Marlboro.

—Me mareo —dijo—, quiero sentarme. Por favor, llevadme al sillón.

—Desde luego a dar por el culo no hay quien te gane, Florito. ¡Qué asco de enfermo!

De nuevo sentado, con el rostro más blanco que su camisón, el Florito volvió a abrir exageradamente la boca mirando hacia la ventana, tratando de atrapar una vaharada de aire fresco. Paula entró en el cuarto de baño y regresó con una toalla empapada que comenzó a pasar por la frente del muchacho. Pasaron unos minutos.

—Floro, no tenemos toda la noche —advirtió Paula, tratando de dar un tono maternal a sus palabras.

Floro asintió con la cabeza.

—El Libros —musitó.

—¿Qué? —inquirió Tito.

—El Libros, un tío del talego. No estoy seguro. Solo sé que se la tenía jurá al escritor ese que vivía en Reata. Cuando supo que yo era del pueblo, me tomó bajo su protección y me colocó en la biblioteca. El Libros era el encargao y un mandamás de cojones, allí en la trena. Cada dos por tres me hacía preguntas sobre el tal Alfonso Abellán: que si esto, que si lo de más allá. Y siempre añadiendo que era un cabrón, un hijoputa. Sobre todo los domingos, cuando leía los artículos que escribía el tío en el periódico, y que me explicaba de pe a pa para que viese lo arrogante que era el menda. Había jurao que le iba a partir la sesera.

—¿Y…? —lo animó Tito.

—Pues que el Libros salió de Fontcalent dos o tres días antes de

las muertes de Reata. ¿Os parece poco?

—Sí, Floro —añadió Paula insistiendo en su tono afectuoso—, poco.

—¡Y una mierda! Vosotros no conocéis al Libros. Yo estoy cagao, cagao, porque si le echan el guante va a saber, al momento, quién es el chivato. Y ese no estaba en la trena por robar carteras, era convicto de asesinato, ¿sabéis? Y allí dentro ni los moros, ni los tanos, ni los rumanos se atrevían a mirarle a los ojos cuando se le iba el tarro. Y si allí dentro era el jodío amo, ya podéis imaginaros cómo lo consiguió.

—A base de meter hostias —dijo Tito.

El Florito hizo una mueca que pareció una sonrisa. Pero era más un gesto de amargura por no saber explicar con claridad lo que sentía.

—El Libros no era de esos. No es un cachas. Tampoco un alfeñique o un blandengue. Un día sí; un día le dijo a un colega, que estaba preso por haber degollao a una fulana, que no tocase los artículos del Abellán que guardaba en unas carpetas. El fulano se llevó las manos a los huevos y siguió palpando las hojas como si tal cosa. Entonces el Libros agarró una enciclopedia, la más gorda, se volvió hacia el jerulo y le partió los huesos de la mano. Después, con el canto del libro, le abrió la cabeza, como si tal cosa. ¿Y qué pasó? Pues nada. Absolutamente nada. Los Carrascosa y sus gitanos se encargaron de sacar el fardo de la biblioteca, limpiaron la sangre y el Libros continuó dando su clase como si tal cosa.

—¿Su clase?

—Sí, el Libros daba clase a sus protegíos y a otros voluntarios.

—¿Qué tipo de clases?

—Lecciones de casi todo: de novelas, de historia, de cine, de un montón de cosas —miró a ambos con cara de incredulidad—. ¿Por qué coño creéis que le llamaban el Libros?

—Y a ti, de repente, te dio por sacarte el bachillerato, ¿no? —preguntó Tito intentando recuperar su papel de poli malo.

—A mí el Libros me salvó de estar tomando por el culo o de chupársela a medio talego. Me sacó del patio cuando supo que era del Pinoso. Ya os lo he dicho. Me trasladaron a su celda. A partir de ese momento me convertí en invisible para las mafias y los broncas.

El Florito se movió inquieto. Le picaba la pierna escayolada.

Paula lo azuzó:

—Sigue, Floro.

—El Libros no era de esa clase de gente. Ni tíos, ni alcohol, ni drogas, nada de nada. Solo la biblioteca. Leer, escribir, soltar rollos. Para mí que le faltaba un tornillo más gordo que el puño.

—¿Y por qué era intocable?

—No lo sé. Debió de pasar algo, al principio, cuando entró en el talego. Ni idea. Solo sé que daba consejos. Hablaba con este, con el otro. Sacaba de apuros a ciertas personas. Se llevaba muy bien con los capos y con los funcionarios y no se bajaba los pantalones ni delante del director. Os repito que era el puto amo. Y, además, estaba lo de las clases. Había tíos que querían estudiar, ya sabéis, aprovechar las vacaciones pagadas en lugar de matarse a pajas, fumar canutos o volverse majaras. El Libros era un buen maestro.

—Una especie de Teresa de Calcuta con pijama a rayas, ¡no te digo! ¡Lo que hay que oír! —apuntó Tito.

El Florito hizo un gesto a Paula como queriéndole indicar que su colega no se enteraba de nada.

—He dicho que tenía sus cosas. Era más raro que un perro verde. Le gustaba meter rollos, hacerse el sabio, pero el tío decía que no preparaba a nadie para sacar títulos. Cuando alguien le iba con ese cuento, el Libros lo mandaba a tomar po’l saco, porque decía que el saber… —Floro se detuvo unos instantes, tratando de buscar la palabra adecuada—. No lo sé, no le gustaban los títulos, decía que te hacían gilipollas, que…

—¿Te convertían en una herramienta del sistema? —intervino Paula.

—Algo así: en un lameculos, en un abusón. Eso es: en explotador de los débiles, en un chulo y un fardón.

—¿Por eso odiaba a Alfonso Abellán? —terció Tito.

—Ni lo dudes.

—Pero ¿por qué? ¿Porque era profesor universitario? ¿Porque era escritor? —preguntó Paula.

—Seguro.

Paula negó con la cabeza. Había algo que todavía no cuadraba, que se le escapaba por entre los dedos como un puñado de arena.

—¿No odiaba a otros profesores, a otros escritores?

—Bueno, a algunos, claro. Se cagaba en ese Camilo José Cela.

—¿Le caía tan mal como Abellán?

El Florito se paró a pensar.

—No tanto —respondió, tratando de hacer un esfuerzo por recordar algo.

—Había otra cosa, ¿no es cierto? —apuntó Paula.

—Siempre lo pensé. Algo tendría que haber…, pero ni zorra idea. A lo mejor se conocían de antes de que entrase en el talego.

—¿Y de qué iba la cosa cuando te preguntaba por Abellán?

—De todo, ya os lo he dicho. Que cómo era, dónde vivía, si estaba casado. Detalles, tíos, muchos detalles. Si hacía putadas a la gente, si tenía amigos, enemigos…

—Y tú le dabas carnaza.

—Oye, poli, tú habrías hecho lo mismo. Yo no conocía tanto al Abellán ese como para contarle su vida. Sabía que era del pueblo, que su familia tenía muchas pelas, que había estudiado en Madrid y que era un señoritingo de mierda. Pero yo no hablé con él en mi vida. Lo veía pasear por el campo en vacaciones, alguna vez en un bar o en el casino. Y eso es todo. Si el Libros quería que le dijese que era un cabrón, se lo decía y él se quedaba contento y yo también.

—¿Y te dijo que pensaba matarle?

—¿Decírmelo? Cada minuto. «Cuando salga de la trena, me lo cargo», repetía todos los días, a todas horas. Creo que hasta en sueños lo decía.

—Y a pesar de saber eso, seguías dándole cancha.

—Pensaba que tardaría mucho en salir.

Hubo una pausa. Llegaba desde el pasillo el ir y venir de médicos, enfermeras y pacientes.

—¿Me vais a proteger?

—¿Cuál era el verdadero nombre del Libros?

—González. Yo le llamaba señor González, porque así me lo ordenó. Pero no sé más. La gente le llamaba Libros.

Paula se puso en pie, cogió el tebeo de *Mortadelo y Filemón* y se puso a hojearlo. Pero su cabeza estaba en otro sitio. Cruzó una mirada con Tito y este levantó las posaderas de la cama e hizo ademán de estirar las piernas mientras Paula le ponía el cómic en sus manos.

—Floro, estaremos en contacto. De momento será mejor que te quedes mudo y no repitas a nadie esta historia. Mañana, si es posible, mandamos que te lleven al pueblo.

—Sí —insistió Tito, entregándole el cómic—. Has suspendido el examen de latín, pero si te aprendes el *Mortadelo* lo mismo te puedes presentar en la universidad al de mayores de veinticinco años.

Floro volvió a abrir la boca, pero en esta ocasión mostró hasta las amígdalas.

—¿Qué te pasa, sonao? —preguntó el policía.

—Eso último que has dicho —balbuceó el Floro.

—¿Lo de mayores de veinticinco años? —se apresuró a decir Paula.

—Sí, eso era lo que más jodía al Libros. Se le ponían ojos de demonio cuando alguien mentaba ese rollo.

Martes, 4 de febrero

28

Fue lo último que escuché ese lunes… cuyas horas se hundieron en un túnel, tan oscuro que borró todo atisbo de memoria. Solo en una ocasión, inmerso en ese tiempo sin fronteras, recordé medio verso de san Juan de la Cruz: «entreme donde no supe…»; y volví a sumirme en un letargo de olvido, en una muerte (¿por qué no decirlo así?) cerebral.

Desperté con la lengua de madera y un torbellino en el estómago que me hizo echar medio litro de jugos gástricos con sabor a medicina. Eran las seis de la mañana. Por el bar, en una penumbra silenciosa plagada de botellas, colillas y restos de comida, parecían haber pasado las tropas de Atila. Debí de beber dos botellas o más de agua fresca antes de comprender que los hunos siempre saqueaban y que, después de la batalla, se imponía el inventario. La pasta del cinturón estaba intacta. Faltaba la mitad de los euros de los bolsillos. Una cosa estaba clara: se habían tragado lo del negocio y esperaban más. Aún tenían una mínima mierda de respeto al Libros. Un respeto fingido que se iría por el sumidero cuando concluyese el asunto de Biar. No habían querido ni liquidarme ni cabrearme del todo. «Un adelanto, Libros, hemos pillado un adelanto a cuenta», seguro que habían dicho los futuros muertos. El móvil continuaba en mi bolsillo vivito y coleando: o eran unos burros o me consideraban un gilipollas total.

Salí a la parte trasera del bar, cogí la pipa de debajo del asiento del tractor. La bolsa de deporte seguía intacta y en el mismo sitio.

No podía perder más tiempo y, bien surtido de agua mineral, me colé en la habitación del Genares, que parecía estar tranquilo, aunque continuaba empapando de sudor la sábana. Los muy cabrones ni siquiera se habían molestado en cumplir con las tareas mínimas del servicio de habitaciones. Bebí un buen trago y arrimé

la botella a los labios del lisiado, que despertó súbitamente del sopor y se agarró a ella como un niño biafreño al pecho de su madre. Traté de incorporarlo y, sin dejar de beber, atragantándose, lanzó un gruñido que me hizo temer por el sueño de los colegas. Pero debían de estar bien fritos. Bebimos ambos un rato largo, hasta saciarnos. Luego, el Genares abrió los ojos y me miró:

—Libros, tío, amigo, tienes que sacarme de aquí. —Asía con fuerza mi mano, como si alguien lo estuviera tironeando desde el otro lado—. Me muero.

—No te mueres, leches. Estás bastante jodido, eso es todo. Necesitas un médico. No hables fuerte.

—A esos cabrones les importo una mierda. Los he escuchado. Creían que estaba dormido y pretenden deshacerse de mí. Y de ti, Libros, quieren tu pasta. Hablaron mucho de tu pasta. Sácame de esta pocilga.

—Necesito ayuda, Genares, no sé manejar el buga.

—Los míos, Libros, los míos… Llama a los míos.

—¿Los tuyos?

—Los míos: el Yayo Carrascosa, mis primos, en La Tafalera, en Elda. Les cortan los cojones a esos dos y al chuloputas del curandero…, ¡por mis hijos!

—¿Tienen teléfono?

—¡Coño, pues claro que tienen teléfono!

—El número, ¡va!

—¿Qué número?

—El de los iguales de ayer, ¡no te jode! El del teléfono de tus primos.

Abrió más los ojos —yo a esas alturas no creía que tal cosa fuera posible, pero lo fue— y me miró como si lo estuvieran empalando.

—¡No lo sé, no lo sé!

—No grites, coño. Algún número: de tu abuela, de tu novia, de quien sea.

El Genares volvió a beber de la botella con los ojos abiertos como platos, sudando a mares. Se atragantó. Tosió. Me dieron ganas de meterle un revés.

—Los Chulapos, tío, un bareto, al lado de casa, donde se junta toda la basca.

—El número.

—No lo sé, pijo. En la guía, tiene que estar en la guía.

—¿Y de dónde saco yo una guía, pedazo de burro?

—Libros, tú eres el cerebro. ¡Píntala, píntala! Si me sacas de aquí, el Yayo te cubre de oro.

Cabía una posibilidad. Detrás de la barra, junto a la caja registradora, había un teléfono fijo. Miré al Genares con mala leche, me llevé el índice a los labios y salí al pasillo dejando la puerta entornada. Pasé al estercolero del bar y ¡bingo!, de nuevo la suerte volvía a sonreírme. Allí estaba la guía, en una estantería, bajo unas vinagreras y dos servilleteros. El bolígrafo estaba dentro de un vaso, junto a unas llaves y un montón de céntimos de euro. Elda. Bar-Cervecería Los Chulapos. Ese era.

El Genares había vomitado. Tenía arcadas. Lloraba de dolor.

—Me muero, Libros, me muero.

—No te mueres. Tengo el número. ¿Con quién hablo? ¿Qué digo?

—Pregunta por Carlos el Pelavivos. Es el dueño, primo segundo de mi parienta. Le cuentas lo que pasa, que me muero, que llame al Yayo.

Llamé. Pit, pit, pit. Medio minuto, un minuto. Ni flores. Siete menos cuarto de la mañana. ¿Es que Los Chulapos no madrugaban para dar el desayuno a la laboriosa tribu de los Carrascosa?

—¿Qué pasa?

—Que tu gente está sobándola, eso pasa. Tendremos que esperar. Escúchame bien, Genares, abre bien las orejas y no me jorobes el plan. Aguanta lo que puedas y no te desesperes. Quieres salir de esta, ¿verdad? Procuraré que te metan otro chute de morfina. Tenemos que esperar a que se despierten y el asunto va a ser complicado. Así que paciencia, macho, mucha paciencia. ¿Me escuchas? Por mis muertos que sales de aquí. Si se acercan antes por aquí, el agua te la traje yo, escuché cómo te quejabas y entré hecho un zombi, como sonao, te di las botellas y me largué. ¿De acuerdo?

A lo mejor le había dicho mucho en muy poco tiempo —nunca el Genares había sido muy ligero de ideas—, porque tardó casi medio año en responder.

—De acuerdo.

Entre las nueve y las once se abrieron y cerraron puertas; sonó y

dejó de sonar la cisterna del váter en más de cinco ocasiones, se escucharon arcadas y comenzó un desfile hacia la puerta del bar. Taconazos de puta, voces aguardentosas y susurros. Un par de coches pusieron el motor en marcha y se alejaron por el camino de gravilla.

Tuve tiempo, más que de sobra, para pensar en la manera de salir de allí con mando en tropa. Me falló el jodido Socio. No contestó al teléfono. Socio, voy para allá dondequiera que pares, hay pasta por un tubo y estoy dispuesto a repartirla. Me cargué al Abellán. Agua pasada. Era increíble, no había vuelto a pensar en aquel chulo que me había destrozado la vida con aquella malintencionada pregunta sobre la Carta Magna de Inglaterra. Sin aquella gilipollez, el Lute a mi lado sería hoy un abogaducho de oficio. Me lo volví a quitar de la cabeza. Ahora solo tenía que dejarme llevar por este torbellino. Nada está escrito. Solo yo escribía mi existencia. Hasta de un tornado sale una vaca volando, aterriza en un pastizal de las montañas y se convierte en un toro bravo que vive libre y feliz, entre las cumbres.

A las once y cuarto salí a la puerta del bar. Esta vez sí pude hablar con Carlos el Pelavivos. Media hora más tarde, como le indiqué, volví a llamar y se puso el Yayo. Me presenté y le conté la historia, con algún añadido y alguna omisión. Cuando le dije que el Bolas y un tal Paco se querían ventilar a su sobrino, el Yayo se cagó en toda la corte celestial. Quiso saber dónde estábamos y venir volando. Le dije que nones. Se podían cargar al Genares. Yo me ocupaba de dejarlo todo lo vivito y coleando que pudiera en La Tafalera, en la puerta de Los Chulapos, sin montar numeritos ni llanteras familiares, porque nos jugábamos el tipo. Principalmente yo. La pasma debía de ir con todas las moscas de un vertedero en verano tras la oreja. Lo raro es que no hubiesen llamado a filas hasta a sus jubilados y patrullasen las carreteras en Seat 600. Les di, a partir de ese momento, tres horas de plazo para devolverles al pariente. Solo le puse una condición y el Yayo no lo dudó.

—Tranquilo, no hay problema. Eso es cosa nuestra —dijo, y ya no hablamos más.

Tras coger la pasta del tractor, quité el seguro a la pipa y me convertí en el botones del Hotel Palace abriendo puertas.

—¡El desayuno, señores!

El Bolas salió cagando leches de su cubículo, sin atreverse a pedir un cruasán. Le bastó con ver la pipa. El Luciano hizo lo propio. Tras la última puerta roncaba Paco. Hice pasar a los dos mendas a la *suite* del Stallone. Abrí la mesita de noche y saqué una automática con el cargador puesto.

—Cantadle «Las mañanitas» —dije apuntándoles con la pistola—, y nada más abra los ojos, que le inyecte calmante al Genares.

El Paco emitió un fuerte resoplido, cambió de postura y continuó babeando sobre la almohada.

—Puedo hacerlo yo —balbuceó el Luciano—. El material lo tiene ahí, en el armario.

—No te equivoques de material porque te quedas sin sesos.

Abrió un armatoste con el espejo rajado y sacó una caja metálica, como aquellas que llevaban los practicantes cuando el Festival de Benidorm estaba de moda.

—¡Andando, los dos!

El Luciano trabajó como un profesional mientras el Genares lloraba y nos miraba como si estuviese en Marte. El Bolas estaba en Saturno. Pero Saturno eran sus pies, ya que no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

—Tío, Libros —balbuceó—, no te lo tomes así. Fue idea del Paco. Íbamos con lo puesto, necesitábamos comprar algo de ropa en Elche para ponernos a tu altura en lo del negocio. Y se le ocurrió dormirte para no discutir. Ya ves que solo cogimos un poco de guita y te dejamos la pipa.

—¿La pipa, gilipollas?, ¿me dejasteis la pipa? ¡Y un huevo sabíais vosotros dónde estaba la pipa!

—¡¿Eh, qué pasa, cacho cabrón?!

La voz era la de Paco, el mazas, que se había sacado de la chistera un bate de béisbol y se apoyaba en la pared del pasillo, como un curda en su farola. El Bolas se hizo a un lado. Miró al Paco y me miró a mí. Repitió dos veces más la operación, como si estuviera en un partido del Roland Garros. Paco avanzó lentamente levantando la porra.

—¡Tira ese trasto, viejales, o te parto el cráneo! —bramó el macarra.

—Bolas, dime una cosa —le pregunté—. ¿Desde cuándo hablan los muertos?

Y ¡pumba! Me bastó con alargar el brazo y apretar el gatillo. Le partí la frente. Retronó todo el local. Me salpicó —la costumbre— la sangre antes de que el tipo se desplomase como un muñeco contra la pila de cajas de cerveza. El humo casi me hizo estornudar. Me restregué varias veces la nariz. Tendría que acostumbrarme a estos nuevos gajes del oficio.

—No quiero rollos ni putas explicaciones. Vamos a salir ya de aquí. Lo hecho, hecho está, y si seguís vivos es porque no sé conducir y os necesito para el negocio. Ya lo sabéis. Pero antes tenemos que llevar al Genares con su familia. No podemos cargarlo hasta Biar con nosotros. Y menos dejar que se muera. Es un colega del trullo, ¿no? Lo dejamos en La Tafalera con el Yayo y salimos zumbando. Ya está todo hablado.

Antes de subir al buga, vi en el almanaque que era martes. Y me entró el mal rollo de los días en blanco: el tiempo no tiene viaje de regreso. Aunque el que más y el que menos estaba sudando, lo cierto es que el campo estaba, todavía, con manchas de nieve. Y el cielo no prometía nada bueno.

29

Desde la carretera de Raspaig, apenas dos kilómetros fuera de su jurisdicción, Pinoso, bajo el Cabezo, entre las viñas, semejaba una postal navideña con su campanario y todo. Tito salió del coche a fumarse un cigarrillo y contempló el paisaje sin poder evitar un escalofrío. Hacía una rasca del carajo. «¿Llamaría Quevedo? —pensó el policía— ¿o se habría marcado un farol y tendrían que recordarle el asunto?». Paula no tardó en abandonar el coche para hacerle compañía. Se situó a su lado, al borde del ribazo, le cogió, sin mediar palabra, el cigarrillo y se lo llevó a los labios.

—Ese no llama. ¿Te fías de él? —preguntó Tito.

—¿De Quevedo? Como de mi padre. Es un tipo cabal. Antes de que solicitase el traslado a Prisiones hicimos juntos muchas rondas. Estaba por mis huesos.

Tito le arrebató el Marlboro.

—Trae, jodía. ¿Por tus huesos? Y tú qué, ¿le seguías el rollo?

—La verdad es que me gustaba.

—No me vaciles.

—Hay tíos que me gustan, cateto, que eres un cateto.

—¿A qué hora te dijo?

—A partir de las diez y media o las once.

—Y son las once menos cuarto.

—Llamará. Volvamos al coche, que me quedo pajarito.

Pasaron otros quince minutos. Paula, arrebujada en el asiento del conductor, se puso a pensar en lo extraña que era la vida. Recordó la visita que, a eso de las siete y media de la mañana, le había cursado don Esmeraldo Canicio, el corredor de fincas. Un tipo raro, vecino de su calle desde que podía recordar, soltero, sesentón, con fama de usurero y de estar forrado gracias, sobre todo, a las comisiones que obtenía apalabrando la venta de tierras y casas. Más

limpio que una patena, sin líos en su haber, codeándose siempre con la flor y nata del pueblo; pero más sospechoso que Islero, en lo referente a haberse cargado a Manolete, en todo cuanto olía a tráfico de influencias con algún director que otro de las Cajas locales y con el secretario del Ayuntamiento. Resultaba curioso. Vecinos de toda la vida y no sabía ni una palabra sobre el individuo, quien por su parte daba por segura una amistad de siglos por el mero hecho, sin duda, de haberla visto jugar, de niña, a la comba con las amiguitas de la calle. «Paulita», le había dicho. Y «Paulita» no la había llamado, jamás, ni su madre. «Perdona que te interrumpa a estas horas —dijo don Esmeraldo—, pero deseaba comentarte un asuntillo antes de que entrases de servicio. Te lo debo por amistad y porque estoy un poco preocupado». Y entonces, el muy pringoso, con muy buenos modales, soltó cuanto ya había declarado, «por civismo, sentido de la responsabilidad y propia iniciativa» a la Guardia Civil, a saber: que, desde hacía cosa de dos meses, era el nuevo propietario legal de Reata, de los bancales de su contorno norte y de la cantera de mármol que Alfonso Abellán había heredado de su familia. Dos millones de euros tenían la culpa. Las propiedades no lo valían, y menos con el asunto de la crisis, pero era un tema medio sentimental: en otros tiempos, la finca había pertenecido a los Canicio, y Abellán, casi de la familia, andaba necesitado de dinero porque pensaba prejubilarse en la universidad para dedicarse a viajar y a escribir. Pedro Mataix, el notario, tenía los documentos de la transacción. La mitad del pago se hizo en efectivo y, claro, alguien podía haberse enterado de la existencia del dinero. Por amistad, afecto, y por ser autoridad, se lo comentaba rogándole, en lo posible, discreción. Aunque sabiendo lo que son los pueblos…, pues eso.

Extraña vida la de los pueblos, sí señor, donde todo lo superficial solía saberse, y lo profundo, lo mollar de las pasiones y los enredos, permanecía en el fondo de un pozo hasta que, como en el caso de Reata, los pecados y los cadáveres salían a la luz pública con su cola de historias sórdidas e inesperadas. Siete mil habitantes y cada casa era un mundo de sorpresas o un misterio tras la puerta de la calle. Para muestra, un botón, *este* botón: ¿qué demonios sabía ella del tal Alfonso Abellán, si exceptuamos que era un señorito de la localidad, con estancias periódicas y largas ausencias? Centenares

de veces se había cruzado con él desde que iba a la escuela. Un figurón, un tipo engreído y distante, que solo confraternizaba con los de su clase. De Reata al Casino, del Casino a casa de los Valdés; de allí, a la casa del alcalde de turno, o a la de sus amistades de la calle Mayor. Poeta oficial del pueblo y pregonero de honor un año, durante las fiestas; articulista en el diario de la capital y catedrático de Historia en la universidad. Con fama de duro. Los chavales, en el pueblo, se acojonaban solo de pensar que podía pillarlos en la selectividad. Pero aparte de estos detalles *vox populi*, ¿qué sabía ella en realidad sobre el individuo? ¿Tenía su corazoncito? ¿Había cortejado en su juventud a las mozas del pueblo? ¿A su madre, tal vez, antes de que conociese a Manolo el Turco, su señor padre? ¿Qué vida llevaba en la ciudad?

El timbre del manos libres de Paula la sacó de sus cavilaciones y una voz saludó a la sargento anunciándole las buenas noticias de su gestión. Estaban de suerte: Quevedo había conseguido una copia del expediente que los agentes de Pinoso le habían solicitado la noche anterior, nada más abandonar el hospital de Elda.

—José González Caturla —dijo la voz—. El alias se lo pusieron aquí, en prisión: el Libros. Nacido en 1954. Voy al grano y luego te envío el informe por fax. Huérfano desde los ocho años porque a su padre, empleado de banca, se lo cepilló un tranvía. Lo crio la madre, que se dedicaba al servicio doméstico. Estudios hasta sexto de bachiller en el Colegio de los Jesuitas de Alicante, como becario. Muy buenas calificaciones. El tío era un cerebrito. Según testigos del sumario, la Compañía intentó captarlo para sus filas, pero al chaval no le tiraban las sotanas, porque abandonó los estudios para entrar a trabajar de aprendiz en una imprenta. Hizo de todo. A ver —se escuchó el crujido de unos papeles—: dependiente en una ferretería, camarero, portero de noche en el Carlton, representante de una fábrica de embutidos, administrativo en una empresa exportadora de tomates. Este fue el empleo que más le duró. Como ves, los trabajos le duraban poco debido, al parecer, a su carácter algo hosco e introvertido. —Hubo una pausa—. Hay más: socio del Cineclub Chaplin, de la biblioteca de Benalúa, suscriptor del Círculo de Lectores… Y limpio. Sin antecedentes hasta el asesinato.

—¿Ideas políticas? —preguntó Paula.

—Nada. No consta afiliación a ningún partido ni sindicato.

—¿Faldas?

—Tampoco. Un misógino. Algunas amistades esporádicas en los trabajos, que declararon para la defensa. Poco más. Apenas salía o se relacionaba. Abstemio. Un caso. Iba para santo pero, como al Dante aquel, se le presentó la tentación a mitad del camino.

—¿Y la madre?

—Las labores domésticas a domicilio, que te he dicho. Lo dejó por un tiempo. Después del crimen volvió a la faena hasta 1985, cuando murió de un infarto. El interno salió al entierro.

—¿El homicidio?

—Una salvajada. Se cargó a un antiguo condiscípulo, el director de un banco. En su propio despacho. Le machacó el cráneo con un pisapapeles, una bola de cristal recuerdo de no sé dónde, y zurró a media empresa. No se aclararon las causas. Se declaró culpable y le salieron treinta años, que se quedaron en quince por buena conducta. Aquí, en el talego, llevaba la biblioteca, colaboró en cosas de teatro para los internos, fundó una especie de cineclub que se fue al carajo por culpa de los presos extranjeros. Nada de líos que llegasen a trascender. Actuó incluso de mediador en un motín, apaciguando el rebaño.

—Tengo entendido que intentó cursar estudios universitarios.

—A ver —nuevo crujido de papeles—, sí. Consta un permiso para presentarse al examen de mayores de veinticinco años en la Facultad de Filosofía de Alicante, en el 84. Pero la cosa no debió prosperar. Es raro.

—Raro, ¿por qué?

—Lo conocí personalmente durante el año pasado. El tipo era un sabihondo, ya te lo he dicho, e internos más brutos que un arado se han licenciado aprovechando las vacaciones pagadas por el Estado, algunos en más de una especialidad. En Derecho Penal el tío era una máquina, pude comprobarlo a lo largo de varias conversaciones.

—¿Y qué jeta tiene el elemento?

—Te envío una foto. Bajito, un metro sesenta y tres. Enjuto pero fuerte, puro nervio.

—No te lo puedes imaginar.

—¿Y eso?

—Si está metido en lo de Pinoso, desde luego, no es una flor de

lis.

—Pues agárrate.

—Me agarro.

—Al pedirle el domicilio estable para lo de la condicional, dijo no tener ninguno, de momento. Al insistirle, dio la dirección de Florentino Albert Mira, ¿te suena? Calle de San Pedro, n.º 36, Pinoso. Tu pueblo, encanto.

—¡La hostia! —exclamó Tito.

—¿Estás con alguien?

—Con Tito Lozano, un colega. No te preocupes.

—Paula, esto es confidencial…

—Lo sé, Quevedo. Y te lo agradezco un montón. Estoy deseando pegarle una ojeada a la foto del tío. Y ya sabes, hoy por mí, mañana por ti. Escucha, prenda, a ver si nos vemos pronto y nos comemos un arroz a banda en La Dársena, ¿te hace?

—Me encantaría.

—Con gamba roja. Te lo debo.

—No me debes nada.

—Sí. Un besazo.

Tito se abrazó a sí mismo, cerró los ojos y dio un profundo beso al aire. Paula lo miró de soslayo mientras ponía el automóvil en marcha.

—¡Qué tonto eres!

—Ya lo sé. ¿Y ahora qué ordena mi sargento?

—Ahora tenemos que sacar al Florito del hospital.

—¿Y llevarlo a su casa para que se lo cargue el Libros?

—Tengo que pensarlo.

El coche hizo un extraño sobre el hielo de la carretera, Paula levantó el pie del acelerador y, con un suave movimiento de volante, logró salir de aquella pequeña trampa que el invierno había puesto sobre las tierras de Pinoso para deslizarse pausadamente por la recta que descendía hasta el pueblo. Tito no pudo evitar echar una mirada hacia la izquierda, a Reata, cuyos tejados lucían todavía la blancura de la nieve. Pensó en el profesor. La verdad —se dijo— es que no sabían nada sobre el individuo, fuese el suyo, o no, uno de los cadáveres calcinados en el pozo. Y eso que era del pueblo. ¿Y si el tío se había cargado a su hermano y al otro colega y se había dado el piro a las Bahamas con la pasta de

don Esmeraldo?

—Podemos sacarlo esta tarde, a primera hora —dijo Paula—, pero antes vamos al retén a conocer la jeta que tiene el Libros.

30

Si se pone a llover cuando pasemos por el Arenda Golf, donde el Socio me hizo la jugarreta de dejarme tirado en aquel barrizal, todo saldrá bien. Era un juego antiguo: si camino sin pisar raya hasta la escuela, los curas no me preguntarán; o si el primer interno que entre devuelve un libro, mañana nos llega el lote solicitado a Bibliotecas de la Consellería. Sin embargo, en esta ocasión, hice trampa: ya estaba lloviznando. Uno no tiene que jugárselo todo a una carta, ¿verdad? Existía más de un noventa por ciento de posibilidades para que, en tres kilómetros escasos, al ascender El Portichol, arreciase la lluvia. Tras El Portichol aparecerían el valle del Vinalopó y los cerros de Petrer.

Los dos tarados, en la parte delantera del coche, callados como muertos, obraban con extrema prudencia, sabedores de que el menda tenía la pipa en la mano y golpeaba con ella, de cuando en cuando, sobre el respaldo de sus asientos.

El Genares, apoyando su cabeza en mi hombro, murmuró algo.

—¿Qué dices?

Esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Me has alegrado el día, Libros —murmuró.

Yo también sonreí. Total, a lo mejor el tío no llegaba a Elda, así que no se perdía nada con intentar hacerle la vida agradable al mamón.

—¿Te acuerdas, eh, borde?

—Me acuerdo. Tu cineclub, Libros, los sábados en la trena.

—Ya te hincharás a ver cine cuando te cures.

—Pero no estarás tú pa explicarlo.

Joder, el Genares se había puesto sentimental y consiguió halagarme. Hasta en el mismo infierno podía existir la vida. Retazos de vida en la trena, por ejemplo, en medio de su rutina y

mezquindad. ¿Y al Socio? ¿Cuál sería la película preferida de ese cabrón? *El silencio del samurái*, seguro, de Jean Pierre Melville. Le encajaba como un guante con su cara de palo, serio, sin decir ni mu, estirado como si le hubieran metido el palo de una escoba por el culo. ¿O era *El silencio de un hombre*? Tanta locura me estaba ya desequilibrando.

El silencio de La Tafalera, bajo el aguanieve, era más impresionante por inusual. Ni un alma por las callejuelas formadas por casamatas y construcciones heterogéneas, con sus fachadas sin enlucir, los toscos ladrillos y bloques de hormigón a la vista; el paisaje urbano del barrio deprimido de la ciudad, ceñido a la margen izquierda del río Vinalopó, ahora canalizado, sin las junqueras y matorrales de adelfas, sin las charcas inmundas que se engolfaban, a ambas orillas, y servían para hacer la colada, darse un chapuzón la chiquillería o traer el cólera unos siglos atrás. Por lo menos, algo había cambiado para mejor, pero los habitantes ya no se dedicaban a la estañería y el afilado, al trapicheo de la hojalata, los cambalaches del trapero y los chanchullos de mercadillo. Ahora esta forma de vida, en buena parte, había dado paso a otro negocio, solapado por antiguas tapaderas: la venta de droga y electrodomésticos sin factura del proveedor, ni veinte segundos de garantía.

Todo salió a la perfección. Al menos hasta que estuvimos dentro de Los Chulapos, cuya puerta metálica, bajada, se alzó nada más aparcar el vehículo, como si pudieran vernos desde el interior con un visor de rayos X. ¡Toma ya! ¡Otra peli!: *El hombre con rayos X en los ojos*, con Ray Milland.

—Id saliendo —dije mientras el Yayo, Bruno y el Manteca, a quienes conocía del talego, atravesaron la puerta del local, seguidos de otros cuatro tipos serios y silenciosos.

—Vosotros no moverse de ahí —dijo el Yayo a los suyos, limpiándose los mocos y las lágrimas que no podía reprimir—. ¿Aónde está mi criatura, Libros?

Le señalé el asiento trasero del buga mientras me estrechaba solemnemente la mano y procedía a un abrazo.

—Gracias, Libros —musitó a mi oído—. Te debo una mu grande.

El Bolas y Luciano, de pie, entre el coche y la tasca, miraban hacia esta última con el miedo pintado en el rostro.

—Vosotros dos —les ordenó—, tirar pa dentro. ¡Mi chico, mi chico! —volvió a lamentarse el viejo mientras se sorbía los mocos.

Durante unos minutos, mientras el gitano, con medio cuerpo metido en el auto, hablaba entre gemidos con su sobrino, me quedé solo en la calle, de espaldas al bar, intentando, inútilmente, escuchar la conversación de los dos parientes. Después, el Yayo sacó su voluminosa humanidad del vehículo, volvió a sonarse con estruendo entre convulsos suspiros y, como si hubiese pulsado un resorte, dos de los tipos emergieron del local. Uno portaba una jeringa y el otro una cubitera con hielo y unos paños. Semejaban un sacerdote egipcio y su acólito.

—Sígueme —me dijo el Yayo—. Ya ves, he cumplío: ni un alma ni un testigo.

—Era por su bien —advertí—. A estas horas es raro que no nos estén buscando hasta los infantiles de la Guardia Civil.

—Lo sé, Libros. A mí no me ties que decir lo que yo ya me güelo. Está mu malico mi chico, ¿verdá? —Aquello era más una afirmación que una pregunta. Asentí y él continuó— ¿De qué va la cosa?

—Es tema para un traumatólogo, Yayo, alguien que sepa también de cirugía. Pero yo no soy experto.

—Tú sabes de to, Libros. Pero el Yayo tie mucho mundo y ha pensao en to. El hombro y la clavíncula, ¿dices?

Entramos en Los Chulapos, un local amplio y destartalado, con suelo de cemento verde y barra de azulejos que alternaban este color con el blanco; olor a café, a retrete y a aguardiente. Nada que envidiar a El Rifirrafe. Este último, en lo que respecta a suciedad y pringue adherido al mobiliario, se merecía solo una medalla de bronce en comparación con el tugurio de La Tafalera.

—¿Un café? —preguntó el gitano cuando hubimos tomado asiento.

Negué con la cabeza. Bruno, el Manteca y los otros tipos estaban en el extremo más alejado de la barra, ante una cortina rayada de arpillera que debía de dar a la cocina. Convidaban al Bolas y hablaban del frío y de la nieve. Luciano, en el extremo opuesto, se encontraba solo y parecía meditar en torno al líquido dorado de una copa de licor.

—En el hospital —el Yayo parecía también meditar más que

hablar— tenemos un taurmalótogo de esos. Un buen tío, fetén. Un cliente nuestro, de fumeque, nada de mercancía dura. Nos debe unos favores. Y sabe de operaciones. Está to arreglao, bueno…, lo que tenga arreglo, claro.

—¿Entonces? —pregunté mirando al Bolas.

—Lo tuyo también. Pero mi criatura me ha dicho una cosa, Libros: que te andes con mucho cuidao con el Luciano: es más malo que el sebo… y paece que te la tie jurá.

—De eso ya me ocupo yo —dije palpando la pipa que llevaba en la chupa—. Por el momento lo necesito.

—Ya, tu negocio.

—Mi negocio, sí.

—Mira, yo podría hacerme cargo del Luciano y darte a ese, al Bruno, ya le conoces, los tie mu bien puestos; conduce fetén. Además, te tie ley.

—Gracias, Yayo, pero el Bruno no se merece el premio que tiene mi negocio.

—Entiendo. —Hubo una pausa—. Hay algo más…

—Usted dirá.

—Ahora vendrá la bulancia con el médico. Yo no puedo ir, cantaría demasiao que me viesen en el hospital. Tú vas bien mudao, vas guapo, Libros, y ties labia. Le ties que explicar mu clarita la cosa al matasanos. Te acompañará el Pijo, que es mu legante y no es de por aquí. Después de la cura me traen al Genarico a la casa y tú te podrás ir a lo tuyo.

—¿Y mi buga y el Luciano?

—Tu buga está más quemao que la pipa un indio. Me lo queo yo y te doy un Morris que está ahí fuera. El Luciano irá detrás de vosotros con el Bruno pa que no haga tonterías y le dé por pirarse.

—Está usted en todo.

—Y ahora ponle la pipa en los riñones al Luciano. Que no se mueva.

El Yayo se puso en pie y apenas si me dio tiempo para sujetar al Luciano. El Bolas, con cara de sorpresa, solo alcanzó a gritar:

—¡Hijos de…!

Y ya está. Intentó parar un chorro de sangre que le salía por el cuello mientras los cuatro tipos remataban la faena cosiéndole a navajazos. Su gesto final fue agarrarse a la cortina de arpillera y

caer envuelto en ella dentro de la cocina. Salió por el foro, el tío, como si me hubiese regalado con una escena del *Tito Andrónico* de Shakespeare.

El Luciano me miró y noté el miedo en el blanco de los ojos.

—Tranqui, el único muerto aquí era él —le mentí.

Salieron de la cocina el Pelavivos y una furcia, en plan monosabios, con sendos cubos de agua y dos fregonas para limpiar la sangre. Un trabajo fino, medido, profesional.

31

—No me gusta naa, cariño. Y, además, tienes una cara horrible. Se te ha hinchao. Con lo bonita que tú eres, mi amol.

Estrella levantó más el cuello para que su amiga Tuli pudiera trabajar mejor. Estaban en el cuarto de baño. La noche había sido un tormento: un cúmulo de sueños fragmentarios repletos de rostros y de voces, sin conexión ninguna, como si los remordimientos hubieran aprovechado la oscuridad para mostrarse todos de golpe.

Se había despertado de madrugada, con la frente cubierta de brasas que eran gotas de sudor que la quemaban al resbalar por sus sienes y sus mejillas. Al intentar incorporarse, el cuarto había comenzado a girar como una noria y una mano invisible le había quitado la seguridad de la cama. Menos mal que su amiga Tuli había escuchado el golpe del cuerpo al caer: la había encontrado inconsciente a los pies del lecho y, con la habilidad que confiere la experiencia, la había devuelto a la cama.

—Ahora no se me mueva, mi amol. Esto le va a dolel…

Tuli retiró el vendaje y sus labios dibujaron un gesto de disgusto. La herida no tenía buen aspecto. Las gasas se habían pintado del rojo de la sangre y del blanco desvaído del pus. Las arrojó a la papelera. Desde la tarde del día anterior, cuando Estrella la había despertado, Tuli le había cambiado ya los vendajes tres veces; demasiado para tratarse de un simple arañazo.

—¿Te escuese mucho?

—Sí.

—¿Puedes doblal el cuello, cariño?

Estrella lo intentó y lanzó un gritito agudo. Los ojos se le humedecieron. La maldita Susana no había querido irse sin dejarle un recuerdo. Los tres arañazos se dibujaban en el cuello como un feo collar de rubíes.

Tuli le puso la mano en la frente y la retiró enseguida. Tenía fiebre, quizás no mucha, pero sí la suficiente para saber que la herida se había infectado y que, dada la localización, necesitaba algo más que agua limpia, gasas y alcohol.

—Ahora te tienes que venil conmigo, mi amol.

—¿Pa dónde?

—Pa’l hospital, allí tengo con qué curalte mejol. Además —consultó el reloj de su muñeca—, entro de gualdia dentro de una hora.

—Bien, pero antes tengo que hasel una llamadita… ¿vale?

32

—¿Has cogido el arma? —preguntó Paula.

—¿De paisano? Ni loco.

Tito redujo a tercera y tomó la curva.

—Eres bobo. ¿No has visto el careto del tío?

—Claro que la he cogido, ingenua. No me quito esos ojos de la cabeza; clavaditos a los del actor aquel que salía en una película de la tele y, desde arriba de una torre, decía que era el amo del mundo.

—Cagney. James Cagney, pero con la boca de Bela Lugosi. Con esa pinta nos raja al Florito en menos que canta un gallo. Está que se caga por la pata abajo… y no es para menos.

A la altura de Monóvar, el Audi 3 conducido por Tito divisó un retén de la Guardia Civil, situado en el arcén de salida de una rotonda: un *jeep* con los colores e insignia del cuerpo. Aunque no vestían uniforme ni estaban de servicio, Tito tuvo la idea de aminorar la marcha y frenar ante el vehículo de la Benemérita. A Paula no se le ocurrió protestar. La sargento había adivinado las intenciones de su compañero, porque ambos estaban hasta las mismísimas narices de la tomadura de pelo de que eran objeto por parte de los picoletos. Esa misma mañana, a la hora de hablar con el sargento Cuerdas y mostrarle la ficha del Libros, el guardia civil se había limitado a observar los documentos y luego se los había devuelto con un gesto afirmativo.

—No sé si van por ahí los tiros. Paramilitares del Este —insinuó—. Eso es lo que dicen en Alicante. Un grupo bien organizado, con ramificaciones. En Biar han armado un lío de la hostia, tan fuerte como el de aquí o más.

Y punto en boca. Se fue luego por las ramas hablando del mucho trabajo que se les acumulaba, de un desplazamiento a Sax, esa

tarde, donde tenían que cubrir la protección del embajador de Arabia Saudí, que acudía con todo su séquito a las fiestas de Moros y Cristianos. Y se llevó la mano a la gorra, a modo de saludo, dando por concluida la conversación.

Después, desde las oficinas del Ayuntamiento, habían intentado hablar con el gordo Tolín, obteniendo la callada por respuesta, tanto en su casa, donde nadie cogió el teléfono, como en la sede municipal, que se limitó a repetir que tenían órdenes muy estrictas y no podían decir palabra sobre la desaparición de Jaime Barceló.

Paula, por su cuenta y riesgo, llamó a una amiga de Merche que había regentado una discoteca cuando, no muchos años atrás, a media juventud de la provincia le dio por bailar bakalao en las salas de la carretera y a ponerse hasta el culo de tripis y cubatas. La mujer —que se llamaba Berta— no sabía una palabra de nada que no fuese del dominio público.

—Mira chati, un movidón de la hostia —había comentado—. Está el pueblo lleno de los vuestros, de los civiles y de la secreta. Pero en concreto, nada de nada. Sangre sí ha corrido, seguro, porque las sirenas de las ambulancias no han parado de armar jaleo. —Hizo una pausa—. ¿Y a la Merche, cómo le va? Aquí se la echa de menos, la verdad. Me han dicho que su bar se ha puesto de moda.

—A la Merche le va todo viento en popa. Chao, Berta.

Descorazonados por el silencio general, fijaron la mirada en la carretera, maldiciendo al sargento Cuerdas. La mañana había pasado gestionando el papeleo para sacar al Florito del hospital de Elda, enviando un fax a la gerencia con la solicitud del alta médica, un certificado de don Lorenzo Rico, el médico, en el que se responsabilizaba de sus cuidados sanitarios, y llamando, personalmente, al Floro para que a las cuatro y cuarto estuviese en el vestíbulo de urgencias de la planta baja.

—A las cuatro y cuarto en punto, Floro, ni un minuto más ni uno menos —había ordenado Paula. Pero podían ser unos cuantos minutos más si los civiles del control se enrollaban.

Paula fue la primera en descender del Audi con la placa por delante para evitar malentendidos. Tito hizo lo propio, abandonando el volante, casi a cámara lenta. La prudencia gestual estaba justificada, ya que el número que estaba plantado junto al *jeep* llevaba el fusil ametrallador pegado al pecho, mientras que su

superior, con idéntica cara de hacer amigos, apoyaba la mano teatralmente sobre la culata de su pistola. Lo mejor de la pareja es que no eran de Pinoso.

—A sus órdenes —dijo el guardia de la pistola, tras echar una ojeada a la placa de Paula—. ¿Qué se les ofrece?

—Nada oficial, pero mucho particular.

—Usted dirá.

—Vamos camino del hospital de Elda para custodiar a un presunto implicado en las muertes de Pinoso. Y, al verles a ustedes, sabiendo también el lío que se ha montado en Biar, se nos ha ocurrido informarnos sobre el control de carreteras y si podemos tener problemas para el traslado.

—La cuestión es que nosotros estamos fuera del asunto y queremos obrar con la mayor cautela posible —añadió Tito.

Lo del jabón de la «cautela» pareció agradar al picoleto que llevaba la voz cantante.

—Tenemos orden de no dar información.

—Lo entiendo —apuntó Paula—, sabemos lo que significa el cumplimiento del deber. Solo queríamos colaborar. Imaginen que nos encontramos un lío más adelante.

—¿Un lío?

—Ustedes sabrán. Van muy equipados. No creo que vayan así para poner multas de tráfico.

Los dos números cruzaron una mirada de complicidad y esbozaron una sonrisa de suficiencia. El de la pistola se dirigió al *jeep* y extrajo algo del salpicadero que puso delante de las narices de Paula. Era una foto.

—Si se topan con esta individua, deben avisar al primer puesto de guardia que encuentren.

—Estrella Esperanza Girón Antúnez —leyó Paula. Se detuvo unos segundos más para mirar aquel rostro saludable y hermoso, de labios gruesos y apariencia inocente. Y no pudo evitar un escalofrío.

—Es cubana y está implicada, directa o indirectamente, en la muerte de Alfonso Abellán Sanchis. Lo encontraron más tieso que una mojama en un hotel de Alicante. Y se habían inscrito los dos en la habitación.

—Estaremos al tanto, no se preocupen.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tito nada más regresar al

vehículo mientras le quitaba la foto de las manos—. ¡Joder, vaya bombón! ¡Menudo día llevamos: la bella y la bestia!

33

Cuando llegamos al hospital, el cirujano, a quien puse al cabo de la calle sin entrar en otros detalles, ya se había empleado, con un enfermero, en la herida del Genares. El Pijo y yo no quitamos ojo al enfermo, cuidándome, al mismo tiempo, de controlar al Morris, que nos había venido siguiendo y que aparcó tras la ambulancia.

—Lo intervendré esta noche en la casa del Yayo —dijo el médico —. Tal y como está el patio no podemos arriesgarnos a meterlo en el quirófano. En diez minutos, cuando acabe de prepararlo, la ambulancia lo devolverá a casa; ustedes pueden bajar ya.

—Yo me quedo —dijo el Pijo—, y me vuelvo con él.

—Como guste, pero sea prudente, no se deje ver, o mejor, póngase esa bata verde.

—Yo me largo, señores —dije, recogiendo la bolsa de viaje—. Ha sido un placer. Hasta la vista, Genares —añadí, seguro de que el colega estaría soñando con la mona de Pascua.

Al bajar del vehículo, me acerqué al Morris con la intención de indicar al Bruno que el asunto había concluido y que asumía el mando, pero no pude articular palabra: de una ranchera roja, que ya conocía, salía la buenorra de la cubana, agarrando su mochila. Parecía sangrar por el cuello, aunque con la mano izquierda intentaba presionar la herida. Una enfermera gordita, de los mismos lares de ultramar, llegaba a la carrera, la ayudaba a bajar y la introducía en Urgencias.

—Bruno, media hora, necesito media hora por lo menos, tengo un asunto que no puede esperar. Contrólame al amigo. Sin él no tengo negocio.

El Luciano esbozó una sonrisa. Parecía más tranquilo o, a lo mejor, era que el tío se había quedado paralítico a causa del miedo.

—Como mandes —respondió el Bruno.

Fue cosa de veinte minutos de espera en un pasillo. Ojeé la prensa. Habían encontrado a los dos fiambres en el pozo de Pinoso y ya los habían identificado: dos vecinos de Biar que nadie sabía muy bien por qué leches habían sido asesinados y medio carbonizados en Pinoso. El periodista estaba más perdido que un indio en el Polo Sur, al menda se le iba la olla lanzando elucubraciones a cada cual más absurda: que si la mafia rusa o serbia, que si cuestión de drogas o trata de blancas…, ¡de negras, macho! El tío no se enteraba de una mierda, pero eso, claro, nunca un periodista lo iba a admitir.

Nada sobre el Socio: debía de andar suelto. De lo otro, nada de nada, todavía: ni del Abellán en el hotel de Alicante ni de El Rifirrafe; no iban a ser adivinos los periodistas. Sin embargo, la visita del embajador de Arabia Saudí a las fiestas de Moros y Cristianos de Sax ocupaba toda una página. ¡Viva el Nuevo Periodismo! Y que le dieran mucho por el culo a Truman Capote y a Talese.

Las chicas de las Antillas salieron de una de las consultas sin levantar la vista del suelo. La cubana, con un vendaje alrededor del cuello. La gorda la abrazaba, con amor, por la cintura. Iban hablando —sobre todo la enfermera; la otra se limitaba a asentir y sonreír algo forzada, como si pretendiese olvidarse de la herida—, pero con todo el pifostio que había montado en el vestíbulo no escuchaba nada. Les di unos diez metros de ventaja, entre el gentío, para comprobar que el mundo era un pañuelo. También cabía la posibilidad de que alguien estuviera empeñado en gastarme una broma pesada… ¿O era una puta trampa de la pasma? Demasiada sutileza por su parte. La pasma tampoco era Rappel.

En una silla de ruedas, con la pata tiesa, estaba nada más y nada menos que el baranda del Florito. Lo que son las cosas, me dije; el Floro nunca había tenido mucha suerte, la verdad, y ahora menos: acababa de entrar en una partida de ajedrez con trebejos de verdad y jaques de los que hacen pupa y sangre.

34

El Florito, sentado en una silla de ruedas, cubierto con una manta que le ocultaba hasta la mitad de la pierna en cabestrillo, estaba harto de aguardar en aquel vestíbulo atestado de enfermos, de parientes de enfermos, de amigos de enfermos, de amigos de los parientes de enfermos, de celadores, de mujeres de la limpieza y de niños que no paraban de correr de un lado a otro con el riesgo de volcar su carricoche y partirle la otra pierna. Y no estaba harto solo por el olor a humanidad, detergente o medicinas, por las conversaciones y gritos de la chiquillería que le estaban provocando dolor de cabeza, sino porque los capullos de los enfermeros le habían dejado allí a las cuatro menos veinte, y el reloj marcaba las cuatro y veinticinco. Ni siquiera la visión de una hermosa hembra, embutida, milagrosamente, en unos vaqueros y con un aparatoso vendaje en el cuello, le sirvió de alivio para los nervios. La tía era sudaca —a juzgar por los rasgos faciales y el color de la piel—, pero lo mismo daba que hubiera sido esquimal: de buena gana el Florito se la hubiese tirado con pierna rota o no.

Mientras mantenía los ojos clavados en las tetas de la caribeña y empezaba a notar una erección que quería tensar el pantalón, se le pasó el hastío y la impaciencia, de sopetón, como si le hubieran metido un chute de jaco de carreras y este hubiese esprintado por el hipódromo de su sangre hasta el cerebro. Se quedó lívido.

—Hola, Floro, esclavo, ¿cómo va ese latín? —preguntó el Libros.

—¡Hostia, Libros, amigo! —balbuceó el camello. Sintió que la minga se le encogía hasta la rabadilla y se le aflojaban los esfínteres.

Las desgracias nunca vienen solas, dice el refrán. Y el Floro columbró las figuras atléticas de Paula y Tito que se acercaban, por la explanada, hasta las puertas de cristal del hospital.

—Parece que hayas visto a un muerto, Floro —continuó el Libros.

—¿A un muerto? ¡Qué va! No jodas, colega…, amigacho.

—No jodo, Floro, pero podría, ya sabes, podría. ¿Has estado esquiando? Hay que tener más cuidado, hombre. —Hubo una pausa que al camello no le gustó nada—. Mira, ¿ves esto? —El Libros le puso ante los ojos una bolsa de viaje que, acto seguido y sin ningún miramiento, depositó con fuerza sobre los muslos del inválido—. Guárdamela como oro en paño. Te va el pellejo en el asunto. Y ya la recogeré, no te preocupes, Floro, solo tienes que protegerla como si fuese tu propia madre.

Dicho esto, el Libros se metió entre la multitud y desapareció por una puerta lateral que daba a la zona de ambulancias.

Paula y Tito se habían detenido ante la pierna escayolada, abriéndose paso a empellones entre los niños.

—Puntuales, Floro, cinco minutos de retraso —dijo Tito—. ¡Coño, colega, vaya bolsa de viaje que te marcas!

—Un regalo.

—¿Un regalo? —dijo Paula palpando el material e intentando abrir la cremallera—. Estás más blanco que una pared, Floro. Sí que es grave la cosa. ¿Y quién te quiere tanto para hacerte estos obsequios? ¿A que va a resultar que te has prometido a una enfermera?

—O a un enfermero —añadió Tito.

—¿Por qué no me tocas los huevos, macho? Mira, prima, la gente me aprecia.

—¿Prima? ¿A que te rompo la otra pierna? —Pero no pudo continuar con la amenaza. Miró el interior de la bolsa y estalló en una sonora carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tito.

—¿Será cabrón el pringao este? ¿Pues no ha mangado el papel higiénico de la habitación?

35

A Paula se le congeló la sonrisa en los labios a pesar del calor sofocante que reinaba en el vestíbulo. Golpeó compulsivamente la bolsa que el Florito tenía sobre sus muslos, sin pensar tan siquiera en el estado del herido, y no quiso dar crédito a lo que estaba viendo. Los peores presentimientos le bajaron del cerebro hasta el estómago y sintió arcadas, un atisbo de mareo. Tito la miró asombrado.

—Paula, ¿qué ocurre?

Pero fue el Florito quien contestó:

—¡Coño, la Merche! ¡Eh, Merche! —gritó.

—¡Cállate, cabrón! —bramó Paula mientras le tapaba la boca con la mano.

Tito se quedó con el brazo levantado en un intento de saludar a su amiga, paralizado ante el gesto de Paula imponiéndole silencio mientras echaba chispas por los ojos. La Merche, ajena a todo, deprisa, tropezando con el grupo que se apiñaba frente al puesto de revistas, se abrió paso hacia uno de los pasillos.

—¡No os mováis de aquí! —ordenó Paula, saliendo como un cohete tras los pasos de la otra.

Tito hizo ademán de detenerla, pero el Florito le puso la bolsa en la barriga, a modo de barrera.

—Quieto parao, Tito, que la Paula tiene muy mala hostia.

—Pero ¿qué pasa?

—¡Y yo qué sé, que está encoñá! ¿O es que no lo sabes?

—¿Era la Merche?

—Claro que era la Merche.

—¿Y qué hace aquí la Merche?

—Ni lo sé ni me importa. Pero esto está lleno de tías buenas. Por ahí mismo acaba de pasar, antes, una jaquetona sudaca que te

cagas. A lo mejor es el Día del Bollo y hay una orgía en la sala de trasplantes, ¿y si nos apuntamos?

—Calla, tarao, o te comes los pocos dientes que te quedan. Espérame aquí.

—Tito, por favor, no te vayas —lo agarró por la manga—, no me dejes, que aquí pasa algo muy raro, muy peligroso. Te lo juro.

—Lo que no acabo de entender es lo de Paula, ¿por qué ha salido así? ¿Una sudaca dices?

—Sí, buenísima, macho. Se ha largao por ahí, por donde se ha ido la Merche.

—Pues te vas a esperar aquí.

—¡Tito, ni te muevas! —Le agarró con más fuerza—. ¡Ni te muevas, por tu alma!

—¡Suéltame, imbécil!

—Si te dejo, ¿quién me protege? Tú estás aquí para que no me rompan el cráneo. Lo ha mandao la Paula. Lo suyo es cosa de mujeres, déjalas que se arreglen.

36

El asunto comenzó a desbordarme. Primero fue el ver salir a la cubana, después el tropezón con Florito y, para terminar, la aparición de la otra tipeja, mejor dicho, de las dos tipejas: la que subió al coche con la viuda de Rafa y lo puso en marcha, y la otra, que olía a pasma, a cuernos, o a las dos cosas a la vez; y que se quedó parada en la puerta de urgencias mientras veía cómo el vehículo salía a toda pastilla del aparcamiento con las dos chorbas. No sé si a cuernos, pero a chamusquina de la gorda sí que me olió la cosa. Sobre todo cuando la poli, o lo que fuese, se volvió sobre sus pasos, corrió unos diez metros, se lanzó sobre la enfermera gordita que había acompañado a la cubana y le puso una placa en las narices. Por instinto, me coloqué detrás de una ambulancia y escuché lo suficiente para darme cuenta de que había mucho mar de fondo en torno a la caribeña y, quién sabe, si al Socio, a sus muertos o a los míos; porque tantas coincidencias no podían darse, a no ser que mi suerte fuese asunto milagroso y el destino me estuviese dibujando el mapa del tesoro o el de mi vida. Y, fuese lo que fuese, ese mapa no llevaba a Biar. La cubana y su amiga, la conductora, no iban en esa dirección. Después de tres empellones y un amago de revés, la enfermera lo dijo muy claro:

—A Sas. Se van a Sas, y han cogío la ruta de La Torreta polque es la más rápida desde el hospital. —No había ahora ni «amol» ni «cariño» ni hostias en vinagre: la morenita las estaba pasando canutas—. En Sas están en fiestas —concluyó, como si eso lo aclarara todo. A mí me importaba bien poco, la verdad.

Esto último ya lo dijo entre lloriqueos, insistiendo en que no sabía más, que las dos eran amigas suyas, que había hecho el favor de procurarle una cura a la Estrella, porque tenía una herida muy fea en el cuello y le hacían falta unos puntos.

—A lo mejor… su marido —dudó.

Pero yo sabía que los esposos muertos no levantan la mano a la parienta, ni entran en el álbum de los maltratadores. Así que, mientras seguían los forcejeos y grititos, me escabullí y volví a la sala de espera, donde el Florito acababa de hacer un amigo —un tipo alto y cuadrado como un armario, y que no me gustaba una mierda—, aunque continuaba agarrado a mi bolsa como si fuese su hijo. En ese instante estuve a punto de perder los papeles, de aturrullarme, de cometer una tontería que echase todos mis planes por la cloaca, y dejar que el Socio se extraviase para siempre en unas fiestas de Moros y Cristianos. Respiré tres veces con mucha calma. Y puse en marcha el cerebro que, en cuestión de segundos, cogió el ritmo de una locomotora.

Si el Florito tenía agarrada la bolsa con tanto cariño, su acompañante, con más pinta de pasma que la de la placa, no sabía nada en torno a su contenido. Y si el Floro había echado una ojeada a su interior, no iba a soltar prenda. Además, algo me decía que al Florito lo estaban custodiando, protegiendo y no acosando: era un lisiado, un herido. Y hablaban como si fuesen de la familia. Y a la familia ya la tenía controlada: Florentino Albert Mira, calle San Pedro, número 36, Pinoso, Alicante. Valía la pena arriesgarse. Solo tendría que hacerle una visita y pronunciar el santo y seña: «Florito, suelta la prenda que ya estoy aquí». Al otro familiar, al Luciano, lo tenía controlado en el interior del Morris, en compañía del Bruno. Ya iba siendo hora de comenzar a darle su participación en el negocio. Así que me escabullí entre el personal, salí a la fría tarde embutido en la chupa y me dirigí al aparcamiento.

El Bruno, nada más verme, abrió la puerta del buga y me hizo el rendibú:

—¿Todo bien?

—De maravilla.

—¿Qué se hace, entonces…?

—Aquí mi Luciano se va a poner al volante y el menda a su lado para iniciar un viajecito que nos va a cambiar la vida.

El Bruno se apartó del Morris, me hizo una seña con la mirada y me susurró:

—Ojo con ese menda: me ha querido asociar para que te liquidase después de que nos contases el asunto que tenías entre

manos.

—Tranquilo, Bruno, me conozco el percal. Se te agradece el aviso.

—Bueno, pues ha sido un placer.

—Lo mismo digo: un abrazo al Yayo y ya os llamaré para saber cómo va el paciente.

—Libros, macho, eres un señor.

37

—¿Y ahorita, adónde, mi amol?

La Merche redujo a segunda para tomar la curva. Le había prometido un lugar cálido y tranquilo: sin bares, sin conocidos, sin nieve y sin hielo. Estaba harta de pasar frío.

—¿Vas a decilme ahora adónde vamos?

Bajo las ruedas, las placas de hielo crepitaron como un tronco en llamas.

—Ahora a Sax, ¿quieres? Encargué a mi hermana unas cosas y tengo que recogerlas. Luego… ¡sorpresa! —Hubo una pausa que Estrella aprovechó para contemplar la silueta del castillo a lo lejos, sobre las rocas escarpadas. El castillo de Biar, primero; el de Sax, ahora. Cerró los ojos. También estaba harta de castillos—. ¿Te duele?

Se encogió de hombros.

—Un poco. Solo cuando doblo el cuello.

Lo giró para mirar a la Merche, que mantenía la vista fija en la carretera, y le dolió.

—¿Y qué pasará ahorita con tu coche?

Merche se mostró indiferente.

—Un coche aparcado junto a un hospital no llama la atención. Puede estar una semana o dos. A lo mejor vuelvo a por él… o a lo mejor no. Ya pensaremos en eso más adelante, ¿no te parece?

La cubana asintió en silencio. ¿Qué carajo le importaba a ella un coche? Todo lo que realmente le importaba estaba ahora en el aquí: la Merche al volante, las maletas detrás, ella apoyada contra el cristal de la ventanilla, sintiendo el frío del exterior, buscándolo para atenuar de ese modo la fiebre que comenzaba a notar trepando por las sienes.

—Además —concluyó la otra—, este es mejor y más nuevo.

—Prométeme una cosa, mi amol.
—¿Sí?
—Que no haya castillo al lugal donde vayamos, ¿okey?

38

La cara de Paula era, más que un poema, un drama de Echegaray versificado por Juan Manuel de Prada. A Tito, todas las preguntas y reproches urdidos durante la espera se le diluyeron en el cerebro como un Alka-Seltzer en un vaso de sifón. Bastó con mirarla a los ojos, reparar en el rictus amargo de su boca y en el temblor que parecía sacudirla, a pesar de lo sofocante del ambiente, para callar y esperar órdenes. A Florito no se le ocurrió, ni siquiera, levantar la mirada de la bolsa cuando vio la jeta que traía la prima. Menos aún le pasó por la mente decir nada sobre el Libros, que podía estar controlando desde algún rincón. El miedo iba por barrios. Y en el barrio del Libros se podía localizar la calle Morgue, junto a la zona residencial donde vivían los polis.

—Nos largamos, Tito.

Tito se situó tras la silla de ruedas e hizo ademán de empujarla en dirección a la puerta de la calle.

—¡No! ¡Nos largamos tú y yo! ¡Y cagando leches!

—¿Y este?

—A este que un celador le llame un taxi y que se vaya al pueblo.

—Pero… no tengo pelas —balbuceó el Florito.

—¡Te jodes! Que te dejen en el retén del Ayuntamiento y que paguen la carrera allí. Dices que lo he mandado yo.

Tito trató de intervenir con una frase conciliadora, pero no tuvo tiempo.

—¡Es para hoy! ¡Vámonos de una puta vez! —gritó Paula mientras comenzaba a abrirse camino, a codazos entre el gentío, sin volver la vista atrás.

Tito la siguió mientras echaba una mirada de incomprensión al camello, por quien sintió algo parecido a la pena. Floro, mordiendo las asas de la bolsa, solo pudo escuchar las últimas palabras de

Paula: «La hemos cagado tío, la hemos jodido». Después, entre algunos cuerpos y cabezas, los vio desaparecer tras las puertas automáticas y perderse en el atardecer. Eran las seis menos cuarto de la tarde y aún quedaba claridad en el cielo, sobre el cerro de La Torreta.

39

—Ha dejado de nevar y comienza a escampar —dijo el Luciano—. A lo mejor hay hielo en La Torreta y este trasto nos gasta una mala pasada.

—Mejor que no: por tu salud y la mía —le respondí, poniéndole el cañón de la treinta y ocho en la oreja, desde el asiento trasero del Morris—. Un mal giro y te vuelo la cabeza, aunque nos despeñemos por el barranco.

—Libros, oye, que yo te tengo mucha ley. ¿A qué coño viene esto?

—No viene, Luciano, va… Mejor dicho, vamos camino de una auténtica vidorra.

La ascensión a La Torreta la hicimos casi pisando huevos. El firme no estaba en las condiciones idóneas para llevar a cabo una persecución. En la cima, era cierto, había hielo y escuchamos el crujido de sus láminas antes de pasar a circular por el centro de la carretera. Abajo, mientras el colega dibujaba las curvas con cautela, apareció el otro lado del valle: la mole escarpada del castillo de Sax sobre el roquedal, con sus torres y almenas iluminadas, al igual que la población, como homenaje a san Blas, el patrono de las fiestas de Moros y Cristianos. Pero el descenso se hizo eterno y no divisé una puta luz en la recta de la llanura que indicase el vehículo de las dos tiparracas. «Tiparracas», eso le había dicho al Luciano cuando comenzó, entre mentiras y excusas de mal pagador, a darle a la lengua sin parar, no sé si tratando de despistarme o para quitarse el canguelo que llevaba encima.

—Seguimos a dos tiparracas que llevan billetes hasta en las bragas. Ese es el negocio, el encargo que me dio mi socio en el hospital.

—¿Lo conozco?

—Mi socio no trata con escoria. Y perdona, tío, si te das por aludido. Mi socio solo hace trabajos finos, de gran calibre y mucha pasta. Y, además, nunca se mancha las manos.

—¿Un cerebro? Como tú, Libros, todo coco —dijo el muy pelota.

—Yo no le llego ni a la suela de los zapatos, capullo. Pero tenemos algo en común, ¿sabes? Somos dos «letraheridos», si entiendes lo que quiero decir.

—Ni jota, macho.

—Tampoco te hace falta. Tú limítate a cumplir órdenes y piensa únicamente en lo que puedes hacer en Marbella con un fajo de cien mil euros.

La propuesta debió de tranquilizarlo porque se puso mucho más meloso y volvió al rollo de cuánto me apreciaba, de lo hijo de puta que había sido el Bolas y de cómo el macarra del Paco, allí en El Rifirrafe, había organizado lo de dormirme y tomar un adelanto de la pasta a cuenta del negocio. Él, por supuesto, no se enteró de nada hasta que me vio, drogata perdido, caer sobre la mesa. Intentó disuadirles a la hora de aligerarme las alforjas, pero tuvo que seguirles la corriente, porque eran dos contra uno, y era él el único que no llevaba pipa con que defenderse. El Bolas se había ganado a pulso las cuchilladas, porque el asunto del Genares le importaba un huevo. No entraba en sus planes. El recuerdo del Bolas, con el chorro de sangre que lanzó tras la última embestida, pareció sedarle un poco más al muy ingenuo. Debió de pensar que si estaba todavía vivito y coleando era gracias a mí, que me tragaba sus embustes como si fueran pastillas de Juanola.

Mejor tigre confiado que carnero receloso, pensé, al cruzar ante el cuartel de la Guardia Civil, a la entrada misma de Sax, perpendicular a la carretera de circunvalación del pueblo, y que se veía atascada de vehículos aparcados bajo los primeros arcos luminosos. A las puertas de las Escuelas Públicas, tras aguardar a que un tipo vestido de moro, medio curda, sacase su coche, pudimos estacionar el Morris, salir a una tarde tan fría que arañaba las orejas y atisbar a un mogollón humano que, inmune al clima polar, llenaba las calles principales de la localidad, entre la música de las bandas, los disparos de arcabuz y un jolgorio etílico de muchos grados y decibelios. Fui el primero en descender del coche y, con la pipa en el bolsillo, cargada con tres balas —gilipollas de

mí, le había dejado la automática del Paco al Floro, junto a la pasta y el papel higiénico, en la bolsa de viaje—, invité a mi colega a que pegase una bocanada de aire, solo apropiado para pillar una pulmonía. El Luciano se estremeció, soltando una densa vaharada de vapor al cerrar la puerta y abrir la bocaza para preguntar:

—¿Y ahora qué?

Ahora lo teníamos jodido. ¿Cómo dar con las pájaras entre esa turbamulta? Por lo pronto, debíamos eliminar a todas las tías vestidas de moras, marruecas, turcas, cristianas, doñajimenas, o de lo que narices fuesen vestidas. Pero no era consuelo. El número de paisanas enfundadas en sus prendas de abrigo era considerable. Y, para más inri, el cerebro se me había congelado.

—Si estuvieses forrado de pasta y fueses una tía viajando con tu amiga, ¿adónde irías? —pregunté, por si sonaba la flauta. Pero no sonó, claro: el Luciano tenía de músico lo que el Schwarzenegger de violinista.

—¿A follar?

—A ti sí que te voy a poner mirando pa Cuenca como no carbures, so animal.

Dos tías con una o dos bolsas de viaje y alguna mochila, probablemente solas, entre el gentío. Pero ¿solas, por cuánto tiempo? Si habían decidido venir a Sax, con el botín a cuestas, no era, desde luego, para divertirse paseándolo. Tenían algún o alguna compinche, familiar o perrito que les ladrase.

Y el Socio sin dar señales de vida. ¿Dónde demonios se había metido el tío, si no andaba tras los pasos de la cubana?

Una descarga descomunal casi nos hace saltar los tímpanos, mientras una nube de pólvora y una salva de aplausos celebraba los disparos de una fila compuesta por seis moros, blandiendo sus arcabuces hacia los arcos luminosos. Empujé al Luciano con la mano asida a la pipa, dentro del bolsillo de la chupa. Pero no se movió. Se había quedado medio lelo observando la operación de carga de los arcabuces: un tipo, con una cantimplora metálica, echaba una medida de pólvora en la boca del arma de cada uno de los sarracenos. Acto seguido, estos colocaban un pistón de cobre en el percutor del artilugio, que se cargaba echándolo hacia atrás, como los antiguos revólveres de las películas del Oeste. Se apretaba el gatillo y ¡pumba!: una descarga ensordecedora de pólvora, tan

inocente como un petardo fallero. Inocente si uno no echaba, junto a la pólvora, un poco de metralla, claro, un puñado de guijarros o de clavos. Volví a meterle al colega la punta de la pipa en los riñones.

—Vamos.

—¿Adónde? —contestó el zumbado.

—No lo sé. Por el momento, a un bar. Al mejor bar que veamos, o a un casino, si es que en este pueblo hay un puto casino.

—¿Y si se han ido a la feria? Allí hay una feria —dijo señalando al final de la avenida donde se divisaban las luces de una noria.

—Seguro que se han subido a una vagoneta y se han puesto a repartir la pasta como hermanitas de la caridad.

—A las tías les gustan las ferias.

—Y los cubatas, capullo. Y los cafés con leche para calentarse el coño.

—Libros, te estás poniendo guarro. Y ese no es tu estilo.

Me estaba poniendo de los nervios, que no era lo mismo, paranoico, sin recursos. Y eso no me gustaba un pelo. La idea de una cafetería de lujo, de un local donde alternasen los pijos y ricachones, no se me iba de la cabeza. Nos metimos en pleno mogollón festero, a través de una de las aceras de la calle principal, dándonos de codazos con el personal, intentando alejarnos lo más posible del centro de la calzada, donde las comparsas no cesaban de disparar y las bandas de música de dar la tabarra con los pasodobles que todo quisqui bailaba dando saltitos, por espíritu festero o por el frío. Cualquiera adivinaba. Tras caminar unos doscientos metros, que nos parecieron tres kilómetros, nos colamos en un bar que parecía reunir las condiciones dictadas por mi cerebro: el Constantinopla.

El calor del local se agradeció, como el aroma del café, incluso el tufo del alcohol, que siempre había detestado. Pero no vi lo que esperaba. El lugar, con una barra enorme, lujosamente decorado, compuesto por varios salones, apenas si estaba poblado por una docena de clientes, dispersos, sentados ante unos veladores: gente mayor, de aspecto respetable, con muchas fiestas en las costillas que, probablemente, no celebrarían más de cuatro o cinco días del santo en los próximos años. Me llevé al Luciano a una mesa situada en el salón del fondo e hice una seña al camarero.

—Dos cafés con leche y algo de comer. ¿Dos bollos? —pregunté al camata y a mi convidado, al mismo tiempo.

—Yo preferiría un «güisqui».

—Dos cafés con leche y dos bollos —insistí ignorando al Luciano.

—También tenemos magdalenas y almendrados —informó el solícito camata.

—¿Y cubanas? —solté lanzándome al espacio.

—¿Tías? ¿Se refiere usted a sudacas?

Asentí con la cabeza.

—Cantidad. Aquí hay ucranianas, húngaras, danesas, con decirle que tenemos hasta hindúes del Pakistán. Y en el puticlub de la carretera de Salinas…, ni le digo.

—No. No me refiero a eso. Hablo de familias, de una especie de colonia.

—Los americanos viven en el barrio de La Peña. Llegaron antes de la crisis, cuando había curro. ¿Busca usted a alguien en concreto?

—A una parienta lejana. Una mujer muy espectacular, ya sabe —tracé en el aire, con las manos, el contorno de una figura femenina—: guapa de morirse.

El tipo se puso gracioso.

—Si supiese de una cosa así, se lo iba a contar a usted…

Recogió el cenicero, pasó una bayeta por la superficie del velador y se fue a la barra a pedir las consumiciones. A los cinco minutos regresó con las tazas humeantes, dos magdalenas y unos polvorones que eran, aseguró, caseros, no de Estepa, sino del pueblo y regalo del establecimiento. Le di dos euros de propina.

—Muchas gracias, señores. Ah, se me olvidaba. La gente de Cuba, los ecuatorianos y toda esa gente suelen reunirse allá arriba, ya le digo, en La Peña; en un bareto que se llama El Tumbaíto, con mucha marcha. Se ponen ciegos a cubatas y mojitos.

Entonces la vi entrar…, mejor dicho: los vi entrar. Eran los pasmas del hospital y traían caras de pocos amigos. Por puro instinto, metí la cabeza bajo la mesa e hice ademán de buscar algo, al tiempo que el camarero preguntaba si podía ayudar. Desde allí, los observé avanzar unos metros hacia el interior del local. Echaron una ojeada a derecha e izquierda, miraron hacia nuestra mesa, la

única con clientes que había en la sala y, antes de que me levantase, dieron media vuelta para salir, de nuevo, a la calle.

—Tío, vámonos pitando.

—Pero… ¿y el café? —El Luciano no era más tonto porque no entrenaba.

Me quemé los hígados. Y el Luciano, el alma. Pero no rechistó. Apuré la taza como si fuese un faquir y di un puntapié a la silla del colega, que entendió el mensaje. Bueno, no entendió una mierda. Se limitó a cumplir órdenes sorbiendo la taza hasta las heces y, tras meterse un puñado de polvorones en el bolsillo, se puso en pie aguardando el objetivo de la misión.

—Un tío y una tía acaban de salir —le conté—. Pasma, seguro. No podemos perderlos de vista.

40

Tito se abstuvo de hacer preguntas. Conocía de sobra a Paula y la siguió a paso ligero hasta el automóvil. La observó abrir la puerta, quitar el seguro del asiento del acompañante, mirar en el salpicadero y, solo cuando pareció confirmar que cuanto buscaba se encontraba allí —la automática de reglamento—, lo dejó entrar.

Arrancó antes de que pudiese colocarse el cinturón de seguridad y, en tres maniobras, puso el morro del coche en la salida del aparcamiento del hospital, tomando la dirección de La Torreta y evitando la habitual de la autovía. «¡Buena tarde para tomar la ruta de La Torreta!», pensó el guardia. Pero se tragó la observación. En cambio, le echó valor al asunto, extrajo el paquete de Marlboro del bolsillo superior de su zamarra y encendió un cigarrillo. Algo tendría que decir la jefa sobre el particular.

—Pásame una calada —dijo ella.

—¿No quieres uno?

—No. Puede que haya hielo ahí arriba y no me gustaría que nos metiésemos una hostia.

La calada de Paula consumió un tercio del cigarrillo. Conque el asunto era grave: ya no había por qué callar.

—¿Se puede saber qué…?

—La tía. La cubana de la foto subió al coche con la Merche.

—¿Con la Merche? ¿La cubana? ¿Estás segura?

—Sí, coño, estoy segura.

—¿Llamamos al cuartelillo?

—Tito, por favor, no estamos de servicio. Esto es personal ¿sabes? Si no quieres venir, te bajo aquí mismo, te largas con el Florito y haces lo que mejor te parezca. Es asunto mío.

Aminoró la marcha e hizo ademán de frenar.

—Tira, Paula. Voy contigo adonde sea.

Al entrar en la tercera curva, camino de la cumbre, Paula le contó lo que había visto y oído en el aparcamiento de urgencias.

—A mí me sonaba la cara de la tía. Me dio una especie de pálpito cuando miré la foto, pero no logré situarla; como si la hubiese conocido de algo: en una película cutre o en un mal rollo. Pero se me encogió el estómago. Cuando la vi con la Merche, la calé.

—Si quieres que te sea sincero, a mí su rostro también me pareció familiar. No es una tontería, pero pensé en Sarita Montiel cuando era joven y cantaba cuplés.

—No me extraña; es posible que tú llegases a conocerla.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Hace ocho o diez años. ¿Te acuerdas de las noches en Biar, aquellos sábados cuando la ruta del bakalao y todo aquel movidón?

—Joder, si me acuerdo… Estuvimos a punto de echarnos a perder.

—En el bar de la Merche, Tito. Era camata, o recogía vasos, o estaba de putón verbenero buscando pringaos. No lo sé. Pero trabajaba allí.

Desde la cima de La Torreta divisaron la línea del horizonte ardiente de febrero. Luces atmosféricas rojizas fundiéndose con las luminarias festivas de la población, abajo, todavía lejanas en la llanura. A pesar de que el termómetro marcaba dos grados de temperatura en el exterior, la ligera claridad por el oeste, a las seis y veinte de la tarde, era un atisbo de primavera que a Paula, en lugar de ofrecerle la sensación de optimismo de otros años, le dolió en el centro del pecho. La próxima primavera ya no sería igual, ni las lilas de abril en el patio ni, era probable, el resto de su vida. La imagen de la Merche ayudando a aquella tipa a subir a su coche era un borrón maligno que ensuciaba las páginas del futuro y se filtraba por el resto del calendario, con la misma textura de dolor que ahora sentía. Nunca pensó que la relación fuera óptima, que pudiese ser eterna y dichosa como en un cuento de hadas. Pero tampoco imaginó una súbita ruptura, un salto tan brutal en el vacío impulsado por la zarpa de la traición que estaba golpeándola. ¿Quién demonios era, en realidad, la Merche? ¿Qué se había estado cociendo en su cerebro, en su corazón, durante más de tres años? ¿Cuánto tiempo se podía vivir dentro de una mentira,

emponzoñándose en ella? Pero ¿acaso ella no la había engañado también, no había sucumbido a la vanidosa tentación con Elenita Molina hacía tan solo unos días?

—¿Crees que las dos están metidas en el lío de Reata? —preguntó Tito.

—En el de Reata, en el de Biar… No lo sé. Pero esto no me gusta ni un pelo. —Sintió que un nudo se instalaba en su garganta y tuvo unas ganas enormes de echarse a llorar, pero se contuvo tragándose una oleada de amargura.

Al entrar en el pueblo tropezaron con una comparsa al completo del bando cristiano que disparaba sus arcabuces, precediendo a la imagen de san Blas, en andas, meciéndose sobre un lecho de flores, rodeado por unos jacintos luminosos, mientras la banda de música ejecutaba una pieza sacra, solemne. Se desviaron por una callejuela solitaria, aparcaron sobre la acera y descendieron del coche asegurándose de guardar bien las pistolas debajo de sus cazadoras.

—Primero vamos al Constantinopla —explicó Paula—: la Merche trabajó allí y es el sitio de reunión de la crema del pueblo. Nos pilla más cerca. Pero es probable que haya ido a casa de su madre. No tengo ni idea de lo que puede estar haciendo en compañía de la morena.

—¿Sabes dónde vive?

—No exactamente… Por el barrio de La Peña. Pero aquello no es Manhattan.

Les costó cosa de un cuarto de hora abrirse paso en plena Gran Vía hasta el Constantinopla. Paula sabía que existían pocas posibilidades de encontrarlas allí a esas horas, cuando el espectáculo, a pesar de la helada, estaba en la calle; y tampoco después, en el momento en que, una vez finalizada la procesión y los desfiles, comparsistas, amigos y espectadores se encerrasen en los cuartelillos para guarecerse del frío y continuar dando buena cuenta de los tragos y las viandas que solían acompañar al baile y las anécdotas de la jornada hasta bien entrado el amanecer. Pero todo era posible. Aún quedaba más de una hora —calculó— para que el santo entrase en la iglesia parroquial, volteasen las campanas y los capitanes de los bandos moro y cristiano hiciesen ondear sus banderas al compás del himno nacional, anunciando el inicio de los «refrescos»: una curiosa manera de llamar a las comilonas

invernales que tenían lugar en los cuartelillos. Entonces las calles quedarían desiertas y la fiesta continuaría en cualquier lugar cerrado donde se pudiese dar rienda suelta al jolgorio y desenfreno que permitían los límites de la camaradería y la amistad.

Empujó la puerta del local y entró seguida de Tito, que no las tenía todas consigo. Lo reconoció al instante, como por arte de magia, sentado en el salón del fondo, entre el camarero y otro individuo. Se hizo la loca, al tiempo que trataba de impedir el temblor que sacudía sus piernas. Por si le quedaba alguna duda, lo vio agacharse, burdamente, bajo la mesa, haciendo ademán de buscar algo. Paula desvió la mirada a derecha e izquierda, barriendo la superficie del local, tratando de evitar cualquier tipo de emoción. Se dio la vuelta: ellas no estaban allí. Tito se limitó a seguirla en silencio fuera del bar.

—Está ahí —dijo Paula nada más sentir el pellizco del frío.

—¿Quién?

—El tipo ese del informe que nos mandaron los de prisiones, el profe del Florito.

—¿Estás segura?

—Como que me llamo Paula.

—¿Y qué hacemos?

—No lo sé. Son dos.

—Ahora sí hay que pedir ayuda, acercarnos al cuartel de la Guardia Civil.

—¿Tienes el móvil?

—No.

—Allí abajo, detrás de la procesión del santo, va un sargento con tres números. Me acerco a toda leche y tú controlas aquí, por si se largan.

—¿Y si lo hacen?

—Inventas.

41

Una tarde de invierno de mucho frío, junto al brasero, en un piso destartalado de Alicante —donde se cobija eternamente la primavera, según contó algún idiota—, mi madre me dijo:

—Cuando hace este helor que llega del mar y se mete en los huesos, a mí no me sale bien la tortilla y tú te equivocas en las cuentas. Todo lo que tienes de listo, lo tienes de vulnerable, chico: te pierden las circunstancias.

Mi madre debía creerse Ortega.

Y yo no sabía sobreponerme. No al frío —¡pobre mujer!—, sino a cuanto no comprendía: la soledad y la tristeza de aquellos años cincuenta que, a semejanza de una clueca tísica, empollaba niños miserables, enanos radioescuchas y futbolistas de asfalto y callejón. Y ahora me envolvía el frío más jodido de mi vida, junto a las circunstancias de un siglo XXI, en plenas y enloquecidas saturnales, lleno de descerebrados y estúpidos, enmarañando una simple suma de decimales, cuyos sumandos no sabía colocar correctamente. La trena, en última instancia, me había descolocado para siempre.

Recordé un tebeo, uno de aquellos cuadernos apaisados de la editorial Maga, no sé si de la serie «Apache» o de «Sigur, el vikingo». Se titulaba, de eso estoy seguro, *La vorágine* y era la primera vez que leía esa palabra, ilustrada por un torbellino de agua que arrastraba al héroe hacia las profundidades oceánicas.

La vorágine la empezó el gilipollas de la pasma que nos estaba aguardando tras la puerta del Constantinopla. Aunque tampoco hay que negar que el borde del Luciano, que debió pillar un tenedor de la mesa al llevarse consigo los polvorones, puso su granito de arena. El poli me echó la mano encima, yo arrojé al Luciano contra su corpachón y, antes de que pudiese abrirme paso entre los espectadores que miraban a los arcabuceros, mientras ambos caían

al suelo entre el alborozo y la risa de la gente que debió creerles curdas, ¡pumba!, se escuchó un petardazo seco. ¡Cataplam! Bramaron los arcabuces.

Al colarme entre la multitud y la humareda de pólvora a base de codazos y empellones, volví la vista atrás, escuché un grito que no era de alegría y se me quedó la imagen del Luciano alargando la mano del tenedor contra la jeta del poli. Un revuelo de cojones. Los comparsistas alzaron sus armas, bailando a los sones de *Paquito, el Chocolatero*. Un moro, al atravesar la calzada, me dio en la cabeza con el arcabuz. Se cagó en mis muertos y, trastabillando de dolor, fui a parar a la acera opuesta, donde la muchedumbre me acogió como a un niño indefenso que acabasen de sacar de un encierro de los Sanfermines.

—¡Pero, hombre, qué hace usted! —exclamó alguien.

—¿A quién se le ocurre? —masculló una señora.

—¡El forastero, coño, que se aparte del desfile que lo van a desgraciar! —advirtió el líder de una pandilla de treintañeros que olía a sangría y a berberechos de lata.

Me ayudó a sentarme en el alféizar de una ventana enrejada y luego me olvidó. Comprendí que se levantaba un abismo: una colosal vorágine, acústica y humana, entre mi acera y aquella en la que había quedado el loco del Luciano y el jodido poli. En un santiamén se había fraguado un torbellino, remedo de la Reconquista, utilizando las armas del sitio de Niebla y amenizado por un griterío que hubiera sido la envidia de Wagner para musicar el Infierno de Dante. Todavía hubo otra descarga de arcabuces antes de que me encaramase a la reja y otease el otro lado de la laguna Estigia: la puerta del Constantinopla. La mejilla del poli ensartada por el tenedor; su brazo, firme, descendiendo desde lo alto con la pistola en la mano hasta alcanzar la horizontal. Un fogonazo. Más gritos. Lo que había sido la cabeza del Luciano estallando como una granada vomitando sangre por la boca, tiñendo de rojo abrigos de pieles y melenas recién salidas de la peluquería. Y, de nuevo, el estribillo de *Paquito, el Chocolatero*. Risas y aplausos. Un grito histérico. Otro. Un breve paréntesis de silencio que hiela más que la noche y parece que va a enquistarse al otro lado de la calle, jodiendo la fiesta. Y de nuevo la música, con otro viejo pasodoble que entonan todos los treintañeros:

No te puedo querer,
porque no sientes lo que yo siento.
No te puedo querer,
apártate de mis pensamientos.

Y secunda la multitud.

No me queda más salida que la claraboya, como dijo Dick Turpin echando mano a su florete —otro chiste carcelario— y, con la espalda pegada a la pared, me voy acercando hasta la esquina más próxima que, casualmente, da a un callejón mal iluminado, ajeno al estruendo festero, donde brilla tan solo un letrero luminoso: Teatro Cervantes. Y acelero el paso para perderme en su oscuridad, dejando atrás la vorágine: el dolor del poli, la cabeza en flor del Luciano y los arcabuceros de los cojones.

Echo mano a la pipa, por si las moscas, y me adentro en la penumbra hasta dar con otra calleja perpendicular, pina, mal empedrada, que solo puede conducir al barrio alto del pueblo. Me apoyo en la esquina para filtrar, entre los dientes, el aire frío que me piden los pulmones y que ha convertido en hielo el agua de un antiguo abrevadero: «Ayuntamiento de Sax, 1945», reza la inscripción.

—¡Eh, Libros! —Escucho unos diez metros atrás.

Me vuelvo empuñando la treinta y ocho.

—Tranqui, Libros, soy amigo. Me manda el Yayo.

42

Paula se dio cuenta de que había calculado mal la distancia. La imagen de san Blas, balanceándose sobre su trono, precediendo a las autoridades y a las fuerzas de orden público, se encontraba mucho más lejos de lo que había previsto. Para llegar cuanto antes a los guardias debía colarse entre los arcabuceros, meterse en la calzada y correr agachada para salvaguardar los tímpanos y evitar que le hicieran el pelo chamusquina. A la altura de la plaza Mayor, donde la barrera de espectadores perdía densidad ante el cortejo, se metió en plena guerrilla, aprovechando un intervalo entre una salva de truenos y la operación de carga de los trabucos. Sintió el picor de la pólvora en las fosas nasales, su ascensión hasta casi herirle el cerebro. Estornudó varias veces sin dejar de correr a ciegas, debido al escozor de los ojos; tropezó, cayó de rodillas y se alzó, para descubrir que la calle se estrechaba y no quedaba otro remedio que meterse de nuevo entre los espectadores de la acera y avanzar como pudiese. De este modo, al llegar a una encrucijada, descubrió a las dos mujeres, cargadas con sus maletas, ascender por una solitaria cuesta camino del barrio de La Peña. Se apoyó en la esquina. Aprovechó para tomar resuello, toser y tratar de expulsar el humo que le ardía en la garganta.

Por unos instantes, la turbación ante el dilema que se le planteaba la mantuvo inmóvil, agachada, sin dejar de mirar de reojo a la Merche y a la cubana. «¡Que se las arregle el Tito como pueda!», se dijo. La sudaca tenía una orden de búsqueda y captura. No podía perderle la pista bajo ningún concepto. ¿Acaso no era policía? Memeces: ¿a quién quería engañar? Lo que más deseaba era trincar a la puta de la Merche y hacerle saber que de ella no se reía nadie. Y menos una desgraciada a la que había protegido, primero del camello de su marido, después de las lenguas viperinas

del pueblo, llenándole La Luna de clientes y su lecho de amor; haciendo que la respetaran y cubriendo su mierda de pasado con una capa de silencio. Ni Guardia Civil ni hostias. Ella se bastaba para capturar a la sospechosa y cantarle las cuarenta a su amante. Echó mano a la automática extrayéndola de la funda sobaquera. Pegándose a la pared, comenzó a caminar con cautela, con la pistola en la mano. ¿No iban moros y cristianos armados hasta los dientes? A ver quién coño se atrevía a decirle algo, a fijarse simplemente en su Bereta.

Cuando las dos mujeres doblaron hacia la derecha, perdiéndose en una solitaria calleja, Paula ya tenía en la cabeza el plano del lugar. Al menos el del itinerario que llevaba a casa de la Merche. El pasadizo que habían tomado, después otro callejón perpendicular con escalones y, al final, la corredera de la Ermita, uno de cuyos lados albergaba viviendas horadadas en la roca. En una de esas casas, Merche y ella se habían amado, a lo largo de una semana, hacía más de dos años.

Aunque trataba de no perder los nervios, al doblar la primera esquina estuvo a punto de echárseles encima. Se ocultó instintivamente en un portal. Escuchó el resuello de las dos mujeres. ¿Se estaban riendo? No. Por lo menos que no hubiese cachondeo. Las mataba allí mismo. Lo cierto es que no había concebido ningún plan y debía obrar con prudencia o con lógica. Ninguno de los dos posibles recursos lograba tranquilizarla. La prudencia era imposible: salirles al paso y fingir un encuentro casual le parecía una solemne imbecilidad. La lógica, tal y como estaba el patio, no le proporcionaba ninguna conclusión satisfactoria. Si la Merche andaba en compañía de Estrella, la ausencia de complicidad en lo que demonios anduviese metida esta última era del todo improbable.

Miró hacia el callejón y las vio entrar en la corredera de la Ermita, por donde transitaba un grupo de festeros que anunciaba el inicio de otro sector de algarabía. Metió la pistola en el bolsillo y avanzó unos metros hasta poder observar sin ser vista. Las dos mujeres se habían detenido, intercambiaron algunas palabras, se obsequiaron con un breve beso en los labios y Merche, cargando con todos los bultos, se dirigió hacia la izquierda mientras la cubana tomaba la dirección contraria.

Al llegar a la misma encrucijada, Paula supo que su amiga caminaba hacia su casa y Estrella, por las razones que fuesen, optaba por meterse en un tugurio llamado El Tumbaíto. Era lo mejor que le podía ocurrir; primero haría una visita a la amiga, luego ya vendría la segunda parte: cumplir con su deber.

A la cubana, antes de entrar en el tugurio, al echar una última mirada a su acompañante, no le gustó ni la facha ni las maneras de aquella tipa embutida en una cazadora de cuero que evidentemente seguía a Merche. No tardó más de unos segundos en saber de quién se trataba, antes de que un cristiano almogávar, borracho, con el arcabuz en bandolera, la cogiese por la cintura y le pusiese un vaso de *whisky* en los labios.

—Bebe, prenda, que estás más buena que el pan.

43

Era el Bruno. Pero parecía otro Bruno. A la luz de la farola descubro que se ha cambiado de ropa y luce un elegante abrigo oscuro, entre cuyas solapas levantadas no puede ocultar una corbata azul que le da el aire de un ejecutivo. ¿Se ha peinado con brillantina? Lo cierto es que el tipo me mira con una sonrisa franca, mostrando una dentadura tan blanca y traicionera como la de Burt Lancaster en *Veracruz*.

—Me dijo el viejo que no te perdiese de vista. Simple precaución. Te quiere, Libros. No se fiaba del Luciano, ni de la suerte de tu negocio.

—¿Mi negocio?

—Sí, menudo follón. Ahí detrás. El Luciano va camino de la morgue y el madero está echando espumarajos por la boca con un tenedor clavado en la mejilla.

Como si su crónica requiriese una música de fondo, se escucha el aullido de una ambulancia. Me duele tanto todo el cuerpo, estoy tan helado, que no me parece mal la imagen de una confortable camilla conduciéndome hasta la sala de un quirófano mientras aparece, en la pantalla, el rótulo tranquilizador del *The End*.

—A mí no me hace falta ayuda de ninguna clase —le digo al Bruno mostrándole la pipa.

—Me lo imagino, pero yo me limito a cumplir órdenes.

—Pues declárate insumiso, colega, porque aquí se separa el duelo: tú a Boston y yo a California.

Levanto la treinta y ocho y apunto a la frente del colega para ir bajando el cañón lentamente hasta sus pies, midiéndole la estatura de la muerte. Pero el jodido no se inmuta. Agacha un poco la cabeza y la mueve lentamente, de un lado a otro, como no dando crédito a la situación o recriminando mi actitud.

—Libros, Libros…

—¿Qué?

—Puedo ayudarte más de lo que supones. Sé dónde están las tías que estás buscando.

44

A la Merche no le dio tiempo a cerrar la puerta. Estaba dejando las maletas en la entrada de la casucha cuando sintió un fuerte golpe en su espalda y salió despedida, tropezando con las valijas, hasta ir a parar bajo la mesa, aterrizando de cabeza contra una de sus patas. Aturdida, movida por el instinto, se revolvió como un gato, y al descubrir a Paula se dejó vencer por el mareo, apoyando la nuca en el suelo.

—No te lo esperabas, ¿verdad?

La Merche trató de esbozar una sonrisa mientras se llevaba la mano a la frente. Pensó que el chichón no le iba a favorecer nada.

—Casi me matas —dijo sin tratar de incorporarse, abriendo los ojos de par en par al descubrir la pistola de la otra.

—¿Qué coño está pasando?

—¿Pasando?

—Sí. Levanta, zorra. Levanta y mírame a los ojos.

—¿Vas a matarme?

—Eso depende, aunque te lo mereces: vas con una furcia que es una criminal. Eres su cómplice y, además, me has estado engañando.

—Eso es lo que te duele, ¿no? A la reina, a la vacililla del pistolón, a la chulita del pueblo lo que le duelen son los cuernos.

Paula le soltó un puntapié en la cadera.

—¡Levanta de una puta vez!

La Merche, tras ahogar un grito de dolor, comenzó a incorporarse lentamente y, gateando, fue avanzando hacia un desvencijado sofá hasta notar un brusco impulso desde la correa de su pantalón que la depositó, casi de rodillas, sobre los fríos y húmedos cojines que olían a una mezcla de guisos y fritangas. Tardó casi un minuto en acomodarse, sin dejar de palparse la

frente, pensando de dónde demonios había surgido Paula.

—Escucha… —musitó Merche.

—¡No! Escucha tú: ¿desde cuándo me llevas engañando con esa zorra?, ¿desde siempre?, ¿desde que te libré del canalla de tu marido?

—Las cosas no son tan sencillas como parecen.

—Desde luego, nada sencillas. Mando al trullo al drogadicto que te jodía. Me meto en abogados para conseguirte el divorcio. Te avalo los préstamos de La Luna. Te doy mi vida y me juego ser el hazmerreír de Pinoso; y sueño… —Las palabras comenzaban a enredarse entre sus cuerdas vocales—, y sueño un futuro…

—No me jodas, Paula. Tú eres un coño de mal asiento, un pendón con uniforme que me ha engañado con todo cuanto se meneaba bajo unas faldas. ¿Te crees el John Wayne de Pinoso City protegiendo a la putilla del salón?

Paula le propinó un puntapié en la espinilla y la otra no pudo evitar un grito.

—¡Vas a tener que matarme, tía! ¡Si vuelves a pegarme, será mejor que utilices la pistola porque pienso estrangularte!

—¡Claro que voy a matarte! ¿Desde cuándo estás liada con la recogevasos, con la comemierdas de la cubana?

—¡Desde que se me pasó por el chocho! Además, es mucho mejor que tú…

Unos sollozos profundos interrumpieron la frase de la Merche. Paula no daba crédito a cuanto estaba escuchando. De pronto sintió que el pecho se le partía en dos y notó el calor de las lágrimas, como pavesas, resbalar por sus mejillas hasta amargarle los labios. Una sed terrible se apoderó de su garganta, y avanzó hasta el fregadero para servirse un vaso de agua sin dejar de vigilar a su amante que, hipando, balbuceaba una salmodia de insultos y lamentos relativos a su existencia; a la existencia de una Merche resentida que decía aborrecer la esclavitud de la barra, el baboseo de los parroquianos, un futuro plagado de hipotecas y facturas en un poblacho triste, mediocre y frío.

—Una mierda, eso es lo que he sido siempre, y no quiero más mierda a mi alrededor. ¡Tengo derecho a algo mejor! —acabó gritando como una fiera herida.

Un poso de ternura, brotando desde el estómago, nubló la

cabeza de Paula, que se giró hacia su amiga con la intención de abrazarla. Fue, en ese instante, cuando escuchó a su espalda:

—Claro que sí, mi amol, tienes too el derecho del mundo a sel felís.

Pero no pudo darse la vuelta debido al frío que sintió en la nuca. El frío de un objeto extraño que no tardó en adivinar con los ojos de la memoria.

—Es un alcabús, tía. Lo tengo calgao con las astillas de un vaso de *whisky*. Muévete y te dejo paralítica pa toa la vida, si es que no te vuelo los sesos. Nena, deja de lloral y quítale la pistola.

45

Las palabras del Bruno me dejan a cuadros. O estoy soñando o el menda es un adivino y yo un gilipollas que no se entera de la película. A lo mejor todo es producto del frío y del cansancio, y esto no es más que una pesadilla pegajosa, como un relato de Chandler, y resulta que me han drogado y estoy en el camastro de un sótano oscuro, soñando esta historia, escuchando los planes de mis torturadores.

—¿No conocerás también a mi socio? —le digo.

—Ni idea. Solo a las tías. Una es mi exmujer. La otra, una pieza de cuidado: Estrella, la cubana; trabajaba para mí en Biar, en un *pub* que llevábamos la parienta y yo.

—Lo del Yayo es mentira.

—A medias. El Yayo te aprecia, Libros. Y yo no le gastaría una jugarreta por nada del mundo. Me alivió la vida en el trullo y ahora me da de comer.

—No carburo, colega, explícate mejor.

Me lo explica. En el hospital vio a las dos tías y alucinó en colores, máxime conociendo a la cubana. Por si faltaba algo, descubrió también a la poli, una tipeja de cuidado, bollera por más señas, que se encargó de meterle en la trena y de robarle la esposa. Sospechó que algo gordo se llevaban entre manos y decidió seguirme.

—Sobre todo cuando vi que ibas tras ellas y le dejabas el equipaje al Florito.

—¿Conoces al Floro?

—¿Y quién no? Fue camello del Yayo hasta que lo metieron en Fontcalent: se encargaba de hacer de correo entre La Tafalera y Pinoso, algún que otro trapicheo al por menor.

«El mundo es un pañuelo», estoy a punto de decirle al Bruno,

pero un pañuelo lleno de mocos y gargajos. La jodida caribeña. No termino de aclararme, pero puestos a salir de los misterios del infierno en que se están convirtiendo estos días, mejor echar una ojeada a sus calderas. Lo cierto es que estoy en el culo de la vorágine y mi futuro es de luto riguroso. Por unos instantes siento deseo de acabar con todo, hasta con el Bruno, y tomarme unas vacaciones. Lo peor del asunto es que, muerto el perro, el mierda aquel del Abellán, se acabó la rabia; y me falta gasolina.

—¿Y cómo sabes dónde paran?

—En casa de mi ex. No se me ocurre otro lugar. Tres calles más arriba, cerca de la ermita del santo. ¿Cuál es tu plan?

—Yo no tengo ningún plan. Hago lo que manda mi socio. —A mentir no hay quien me gane.

—Tú dirás…

—De momento solo quiero echar una parrafada con la cubana.

—Hay pasta de por medio, ¿verdad, Libros?

—No tardarás en saberlo. Echa a andar.

—Te advierto de que esas son de cuidado. No pierdas de vista la herramienta. Yo voy bien servido —me dice palpándose el bolsillo del abrigo.

—Si no me asustan los tíos, ¿crees que voy a echarme a temblar ante tres marujas? Tengo una bala para cada una. —Lo malo, pienso, es eso: que solo me quedan tres balas en la treinta y ocho.

46

La Merche se levantó del sofá y tendió con firmeza la mano para que Paula le entregase la pistola: lo único que recibió fue un fogonazo y un impacto de metralla de cristal en el rostro que salpicó de sangre la cara de la policía y la fotografía de los abuelos colgada de la pared.

Unos segundos: el tiempo que tardó Paula en agacharse bruscamente, propinar un codazo a la cubana y apretar esta el gatillo del arcabuz que arrojó su carga de vidrio sobre la Merche. La cubana, empujada por el retroceso del arma, cayó de espaldas sobre la mesa y Paula no tuvo más que volverse, como si estuviese haciendo prácticas ante el espejo, flexionando las piernas abiertas, sujetando la Bereta con las dos manos y abrir fuego sobre el corazón de Estrella un par de veces. Lo suficiente para hacerle brotar un surtidor rojo en el pecho y mandarla al otro mundo, con los ojos abiertos, mirando, incrédula, a la única bombilla de la lámpara que pendía sobre el comedor.

La Merche, gimiendo entre convulsiones, comenzó a desangrarse por la yugular. Y Paula se convirtió en una suerte de mecánico robot intentando cortarle la hemorragia. Primero, con uno de los mugrientos cojines del sofá; después, tratando de obturar el profundo corte con sus propias manos. La mirada de la Merche no expresaba nada, salvo la sorpresa de la muerte. Se revolvió sobre sí misma en busca de otro remedio que no supo o pudo encontrar. Volvió a poner sus manos sobre la herida hasta que los ojos en blanco de la Merche y un último espasmo que la dejó inmóvil la devolvió a la realidad, y lo único que hizo la policía fue gritar, con todas sus fuerzas, el nombre de su amante para mantenerla despierta, para evitar que se fuese. En ese instante, el tiempo se detuvo en el reloj de su conciencia; un tiempo infinitesimal que se

hizo eterno y la sumió en un trallazo de indecisiones. Merche aún estaba caliente. La besó en la boca y sintió un leve aliento mezclado con el sabor de la sangre, un indicio de vida. Si el comedor fuese un quirófano podría salvarse. Si ella pudiese avisar a un cirujano existiría otra posibilidad. Si se cauterizaba la herida y le proporcionaban una rápida transfusión de su propia sangre, la Merche podía dejar de caer en el pozo donde se estaba precipitando con una velocidad de vértigo. Se sintió terriblemente inútil, un fardo humano habitado por el resentimiento y la maldad. Ante esa lúcida certeza, acabó por rendirse sobre el cuerpo de la muerta.

Escuchó voces, pero su dolor le impedía apreciar de dónde procedían o si eran una señal de su locura. De no haber recibido un golpe brutal en los riñones, que la hizo separarse del cadáver de su amiga, seguido de un par de patadas en el pecho al intentar levantarse, tal vez se hubiese quedado dormida junto a la otra, buscando el contagio de la muerte. Desde el suelo, mientras buscaba su pistola, vio gente en el pequeño habitáculo. Era el canalla del Bruno, que no paraba de lanzarle maldiciones. El Bruno y una especie de fantasma, viejo y malencarado, de facciones frías e implacables que llevaba, también, un revólver en la mano. ¿Dónde narices se había metido el Tito?

47

Ante la visión de ese cuadro esperpéntico que me recuerda el chusco desenlace de *La venganza de don Mendo* y, no sé por qué, la cocina de mi madre —solo faltan la *Enciclopedia Álvarez* y mi cuaderno pautado con las divisiones a medio hacer en el lugar que ocupa la cabeza de la cubana, convertida en un proyecto de zombi—, comprendo que todo ha terminado y que ya no pinto nada en esta ni en ninguna otra historia. Por eso, cuando el Bruno, hecho una furia, descalabra con el cañón de su pipa a la tipa de la pasma y la deja sin sentido; al ver cómo la arrastra, cogiéndola de una pierna, y la lleva hasta la habitación del fondo, le quita las botas e intenta arrancarle los pantalones, diciendo que se la va a follar viva, como ella hizo con su Merche, apenas si reacciono y me dejo caer sobre una de las sillas, vencido. Porque ya no albergo ninguna excitación. Simplemente, el futuro se ha fundido en negro y me siento tranquilo, en paz conmigo mismo. Y los jadeos, las exclamaciones del Bruno, cuanto ocurre en el cuchitril del fondo me importa, como dijo Red Butler, «simplemente un comino». Echo de menos, incluso, el frío de la noche.

Sin necesidad de moverme de la silla, abro la cremallera de una de las bolsas y descubro la pasta, la palpo: ¡la hostia! Pelas suficientes para vivir sin dar golpe el resto de mis días, en el caso, improbable, de que tuviese ganas de hacerlo y supiese la manera de llevarlo a cabo. En las otras maletas solo hay ropa. Y escarbo entre las bragas suaves, los sostenes, las medias y las faldas, todos esos jodidos fetiches perfumados que hacen que el personal se ponga como se ha puesto el Bruno con el guiñapo ensangrentado de la poli. ¡Pobre Bruno, vaya mierda le espera! Así que le dejo un par de fajos de billetes sobre el careto cerúleo de la cubana, para que pague el entierro de la parienta y se compre un buga nuevo, y me

largo de la casa.

Me largo sin hacer puto caso al disparo que acabo de escuchar en el cuarto del fondo. A estas alturas… ¿a mí qué?

El helor de la noche ya no me incomoda. Me entran ganas de subir al castillo y echar una ojeada al panorama: las luces, el personal convertido en hormiguitas, danzando al son de las campanas y la música, espantándose con los truenos.

Un cristiano almogávar, hasta el culo, apoyado en la pared de una tasca, mascullando que le han mangado el arcabuz, insiste en invitarme a un *whisky*.

—¿Y por qué no a un café con leche?

Me mira de arriba abajo, como si fuese un marciano, y se parte el culo de la risa. Me coge por la manga.

—Espere usted, maestro —balbucea, y se cuela en el tugurio.

Un café con leche calentito, gasolina para subir al castillo. Al cabo de unos minutos, el curda aparece por la puerta del local portándome lo que queda del brebaje que ha derramado, en parte sobre el vaso de plástico, en parte sobre su mano enguantada, que huele a pólvora.

—Buen provecho, maestro.

—Se agradece, amigo.

Al final de la calle voy a parar a la plaza engalanada de la ermita del santo, con las altas gradas de cemento, a la izquierda, que dan acceso al abrupto roquedal, casi una pared sobre la que se alza la fortaleza, surcada por una moderna pasarela en zigzag tan funcional como anacrónica. Es en ese instante, después de mirar a las alturas, al reparar en un grupo de moros y cristianos alegremente hermanados caminando hacia mí, que se detiene para mirar algo que está ocurriendo a mis espaldas, cuando me vuelvo y descubro el objeto de su atención. A unos ciento cincuenta metros, alguien, agitando los brazos, corriendo con dificultad, como si estuviese saltando charcos, mientras trata de ponerse la chupa, avanza en mi dirección. Y no hace falta ser un lince para reconocer a la poli, para darse cuenta de que esgrime una pistola y de que sus gritos, ininteligibles, amortiguados por el volteo de campanas y la música, pretenden darme el alto, o que los moros y cristianos, ahora pasmados, le echen una mano. ¡Joder con la novia de Terminator! Y, dirigiéndome a las gradas, comienzo a subirlas como un mono.

Apenas si he pisado la pared de roca, sin aire en los pulmones, escucho un ruido seco a mis espaldas y una lluvia de esquirlas que ha saltado a dos metros por encima de mi cabeza. La noche no se va a limitar a la audición de un concierto de cohetes y campanas: el colofón de san Blas va a ser un tiroteo. Miro hacia abajo, hacia la plaza, y allí está la tipa que acaba de dispararme: una figura ensangrentada, descalza, de torpes movimientos, que intenta plantarse con firmeza en el suelo y amartilla el arma con sus dos manos para, ¡pumba!, mandarme otro balazo que cruza invisible el aire frío y estalla, en esta ocasión, más cerca, contra una roca cuyos guijarros han golpeado las perneras de mi pantalón. No me queda otro remedio que acelerar la subida para alcanzar la pasarela y ponerme a cubierto de su puntería. Lo malo del asunto es la bolsa de la pasta que me impide trepar con facilidad, sacar la treinta y ocho y jugar a *Duelo al sol* en plena noche de febrero. Pero ¿para qué mierda quiero yo la pasta?

Alcanzo la pasarela y echo una mirada a mi perseguidora. No ha llegado aún a las gradas porque un grupo de gente, salido de la ermita, parece increparla o trata de disuadirla. Y la Terminator se revuelve, exhibe el arma, logra que el círculo de festeros devotos se ensanche. Camina de espaldas hacia la grada, que salva apoyándose con el culo para trepar. Entonces el estruendo de las sirenas, la irrupción en la plaza de dos automóviles y varias motos de los picoletos la paraliza; se queda quieta como una estatua de sal elaborada en el mar Rojo al tiempo que los guardias corren hacia ella y dispersan a los curiosos.

Sopla un viento helado que me humedece los ojos. Se va a demorar esto de mi *Duelo en la alta sierra*. Asciendo, no obstante, unos cuatro tramos más de la pasarela y la plaza se convierte en un pequeño cuadrilátero plagado de seres diminutos, pendientes de este menda. Y ahora sí, a pesar de que la panorámica es hermosa —todo el pueblo iluminado hasta la orilla del río Vinalopó—, y que la gélida noche se ha llenado de estrellas, dejo la bolsa en el suelo, saco la pipa y me convenzo de que no se puede resistir mucho con tres balas.

48

Tito, con aparatoso emplaste de algodón y esparadrapo en la mejilla, abrazaba a una Paula sollozante, con el aspecto de haber caído en el barreño de un matadero, sin dejar de acariciar su cabeza y de musitar frases de calma y consuelo. Dos sanitarios probaron, inútilmente, a arrebatar a Paula de los brazos de Tito, la cual se aferraba al cuerpo de su compañero, hundiendo la cabeza contra su pecho hasta causarle dolor.

—No tiene nada, no tiene nada —repetía una y otra vez el guardia—, solo un golpe, detrás, en la cabeza.

Sin soltarla, Tito permitió que los enfermeros le limpiasen la herida y le practicasen una cura de urgencia. La mujer tenía la mirada perdida en las luces que dibujaban el contorno del castillo, pero su mente estaba en la masacre perpetrada en la casa de al lado: en la sangre y el olor a pólvora, en la apariencia de muñecos desmadejados que tenían Merche, la cubana y el individuo que había muerto de un disparo que le entró por una oreja y le salió por la sien contraria.

Paula y Tito se dejaron acompañar hasta una de las ambulancias aparcadas junto a El Tumbaíto. Una vez dentro, escucharon el ruido de las motos de sus compañeros al ponerse en marcha y luego la ambulancia arrancó.

—Tito, tengo que preguntarte una cosa.

—Tú dirás.

—¿Desde cuándo me engañaba la Merche?

—No lo sé. A la gente no acabamos de conocerla nunca. Lo dicen en las películas…

—Tito, otra cosa.

—¿…?

—¿Llevas la pistola?

—No, me la requisaron allá abajo. ¿Por qué?
—Porque cuando te la devuelvan quiero que me pegues un tiro.

49

Estoy en la cima del mundo. Si alguien me hubiese dicho que iba a terminar como el psicópata de *Al rojo vivo*, le hubiese partido el cráneo porque, sin la menor duda, esto va a finalizar mucho peor. Y eso ocurrirá dentro de unos instantes, cuando los picoletos que ascienden por las rocas, armados hasta los dientes, se pongan a disparar. Ahí suben, con sus fusiles automáticos, sus cascos, sus chalecos antibalas, jugando a los comandos. Seguro que llevan hasta las gafas de visión nocturna y que alguno de ellos, al descubrir los billetes de cien euros que revolotean a su alrededor, ha perdido la concentración y está dudando entre el cumplimiento del deber o conseguir una paga extra en concepto de riesgo. Hace unos minutos, cuando solté la pasta de la bolsa y los billetes comenzaron a volar, uno de ellos se descuidó, alzó la mano para alcanzar cien pavos y me ofreció un blanco perfecto. Tres balas contra todo este ejército. Vaya mierda. Si al menos no armasen tanto jaleo con el megáfono de los cojones, gritando mi nombre e invitándome a bajar con los brazos en alto. Si supiera que pueden escucharme, a lo mejor incluso les soltaba un discurso, me rendía y mañana dormía tranquilamente en el talego. Aquí no hay silla eléctrica, machotes. Además, estoy bien parapetado en este abrigo de la pared que todavía no ha sido barrido por la luz de sus reflectores. ¡Menuda profesionalidad! A estos valientes quisiera verlos yo frente a un locatis de Kansas City bien provisto: con un *bazooka* de los que venden en los supermercados, una caja de granadas y el muestrario completo de la Asociación de Amigos del Rifle, con sus pegatinas de Charlton Heston.

Ahora sí. Ahora el haz de luz me ha pillado en bragas, seguro. Lo sé porque me ha cegado, por los gritos que han soltado tres o cuatro estrategas. Y por los disparos: ¡plac, plac, plac! Han cosido la

pared a balazos y me han llenado de polvo la cabellera. Silencio. Se ha hecho un silencio absoluto. Esto debe de formar parte de un plan psicológico para que se me aflojen los tornillos y salga volando del nido del cuco. Han desenchufado hasta el altavoz, los muy cabrones, y los oigo, incluso, arrastrarse. Si asomo la mano y les meto un tiro, me fríen vivo. Mejor me reservo la artillería para cuando vengan a rematarme, y así, mañana, cuando el Socio lea la prensa, se entere de que el Sabio, con dos cojones, se llevó por delante a un par de funcionarios vestidos de verde.

El Socio, lo había olvidado. Meto la mano en el bolsillo y agarro el móvil. Pulso el nombre de Rafael, el primer fiambre. Y suena el timbre: una, dos, tres, cuatro, cinco, diez veces. Nasti de nasti. Y en eso que vuelven los hombres de Harrelson. ¡Plac-plac! ¡Plac-plac! ¡Plac-plac! Disparan a pares y me encojo como una liebre, hasta que noto una quemazón aguda en el pie izquierdo que me ha obligado a pegar un grito. De rebote, cabrones, me habéis dado de rebote. Y, de nuevo, otra descarga. No tengo más remedio que cubrirme los ojos con el brazo para evitar las esquirlas de roca que pueden sacarme un ojo. Pero ahora me toca a mí. Es mi turno, porque un gilipollas, arrastrándose en plan serpiente, intenta llevarse la medalla del mérito al valor. ¡Pumba! He fallado. Pero ese no vuelve. Al menos por el momento. Se ha retirado como accionado por un muelle y ha desaparecido de mi vista, en la cornisa. Más silencio, que se rompe a causa del ronroneo del megáfono y la voz del locutor, la estrella de la radiodifusión picoleta, conminándome, de nuevo, a que tire el arma y baje con los brazos en alto. Y un huevo. ¡Pumba!, disparo al aire, al tuntún. ¡Qué leches! No me acojonáis, imbéciles: antes la muerte que fallecer de aburrimiento sin un Alfonsito Abellán que llevarme al huerto.

Y, otra vez, el gran silencio: el silencio del Polo Norte, porque estoy más congelado que los mostachos de *Nanuck, el esquimal*. Y si no fuese por el dolor, la calentura que hace palpitar mi pie, creería que me he convertido en un bloque de hielo.

Este silencio está durando demasiado. Mala cosa. Miro el reloj. El minutero recorre los sesenta segundos más largos del mundo a paso de tortuga. No me gusta esta calma, prefiero, mil veces, la traca. Mi madriguera debe de ser la hostia porque no saben por dónde cogerme. Otro minuto eterno. Y otro. ¿O es el mismo y no he

reparado bien en la saeta? Y arrecia el temporal. ¡Madre mía, qué temporal! Una galerna de disparos: ¡Plac-plac! ¡Plac-plac! ¡Plac-plac! ¡Plac-plac! ¡Plac-plac!

… La jodiste, Zavalita. Ahora sí. Otra vez de rebote; pero me han vuelto a dar y bien dado: en la barriga. Muerte lenta pero segura. Voy a desangrarme como un cerdo y ni siquiera la helada —¿a cuántos grados bajo cero estaremos?— podrá congelar el derrame que corre muslos abajo, por las piernas, como si me hubiese meado encima. Aunque no duele mucho, al menos no tanto como me imaginaba. Y si tardan en llegar, seguro que me duermo y palmo. Aunque no quiero. Tengo que coger la treinta y ocho para darles el último susto. Lo intento y lo que atrapo es el móvil. Pulso: Rafael. Y el cacharrito se pone a temblar. Escucho un murmullo. Me lo llevo a la oreja.

—¿Sí?

—¿Socio?

—¿Eres tú, Salomón?

Me coge la risa floja: el cabrón del Socio.

—¿Dónde estás, Socio? Te oigo mal.

La voz parece venir envuelta por el viento, como un susurro sorteando los matorrales, las hojas secas de alguna alameda.

—En Comala.

—No me jodas, Socio. Estás muerto.

—¿Y qué pensabas?

—Frito, que estás frito, tío.

—Y tan frito. ¿Escuchas los mariachis? Están cantando *La golondrina*. Voy a cenar con Pedro Páramo.

—¡Qué suerte, cabrón! ¿Y cómo es Comala?

—¿Recuerdas el jardín del Abellán?

—Claro que me acuerdo.

—Añádele un lecho de niebla, raseando por el suelo. Y fuegos fatuos, un caballo blanco perdido, la luz de una cantina.

—¿Y los muertos? ¿Están los muertos?

—No falta ninguno, Sabio. Aquí están todos.

—¡Joder!

Repito muchas veces más lo de joder, riéndome por lo bajini, muy a gusto; y noto que la voz del Socio se pierde, regresa, va y viene entre ráfagas de viento. Me está contando algo, pero no le

entiendo porque sus palabras se apagan o diluyen al caer en alguna charca donde han orinado los caballos. Apenas si recuerdo lo que ha contado. Debe de ser que los muertos no tenemos memoria.

50

—¿Dónde vamos?

El Florito estaba sentado en una postura no muy cómoda, con la pierna escayolada sobre el asiento y la espalda apoyada contra la puerta del coche. Había escuchado la pregunta del taxista pero no tenía prisa en contestar: la carrera la iba a pagar el ayuntamiento. Abrió la cremallera de la bolsa de deporte. Si lo que le había dado el Libros era media docena de rollos de papel higiénico, entonces es que el menda estaba más pirado que un cohete.

—¡Oiga, oiga! ¿Dónde quiere que lo lleve? —Tampoco el taxista parecía muy nervioso: el taxímetro había comenzado a contar unos minutos antes. Ante el mutismo del cliente, el hombre se encogió de hombros.

Floro cerró y abrió los ojos para cerciorarse de que no era un sueño: por entre el blanco del papel higiénico se adivinaban los fajos de billetes, el color violeta y verde de los cien y doscientos euros. Y no había pocos ni eran delgados. Miró hacia delante y solo encontró la nuca del taxista y los ojos de este que lo observaban reflejados en el espejo retrovisor.

—Bueno, diga algo… ¿Dónde vamos?

Volvió a mirar el interior de la bolsa de deporte. A vuelapluma calculó más de diez fajos, de cien y de doscientos euros… Cuatro mil, ocho mil, doce mil…, quince o veinte mil euros. Muchos más, seguro. Nunca se le habían dado bien los números; bueno, ni el latín, ni la historia…, ni nada de nada. Tragó saliva, cerró de nuevo la cremallera y se abrazó a la bolsa como si fuera una furcia que no le hubiera cobrado por una noche de desenfreno.

—¿Se decide ya? ¿Vamos a casa?

Floro negó con la cabeza, se repantigó en el asiento, notó que la escayola ya casi ni le molestaba y en su boca desdentada se dibujó

una sonrisa de palmo.

—No, a casa no… ¡Que le den! Vamos más al sur.